



**LUIS  
GOYCOOLEA  
WALTON  
S. J.**



LUIS GOYCOOLEA WALTON

DE LA

COMPañÍA DE JESÚS

---

EDICIÓN DE 1500 EJEMPLARES

---

De venta en el *Establecimiento  
Tipográfico* de D. José Casamajó,  
Regomir, 13.—(España) Barcelona.  
Precio de 1 ejemplar. . . 2 ptas.

Para pedidos de 100 ó más  
ejemplares se hará un 25 por 100  
de descuento.

*Barcelona, Febrero 1907.*

LUÍS GOYCOOLEA WALTON, S. J.

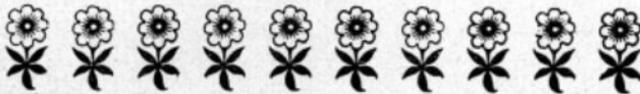


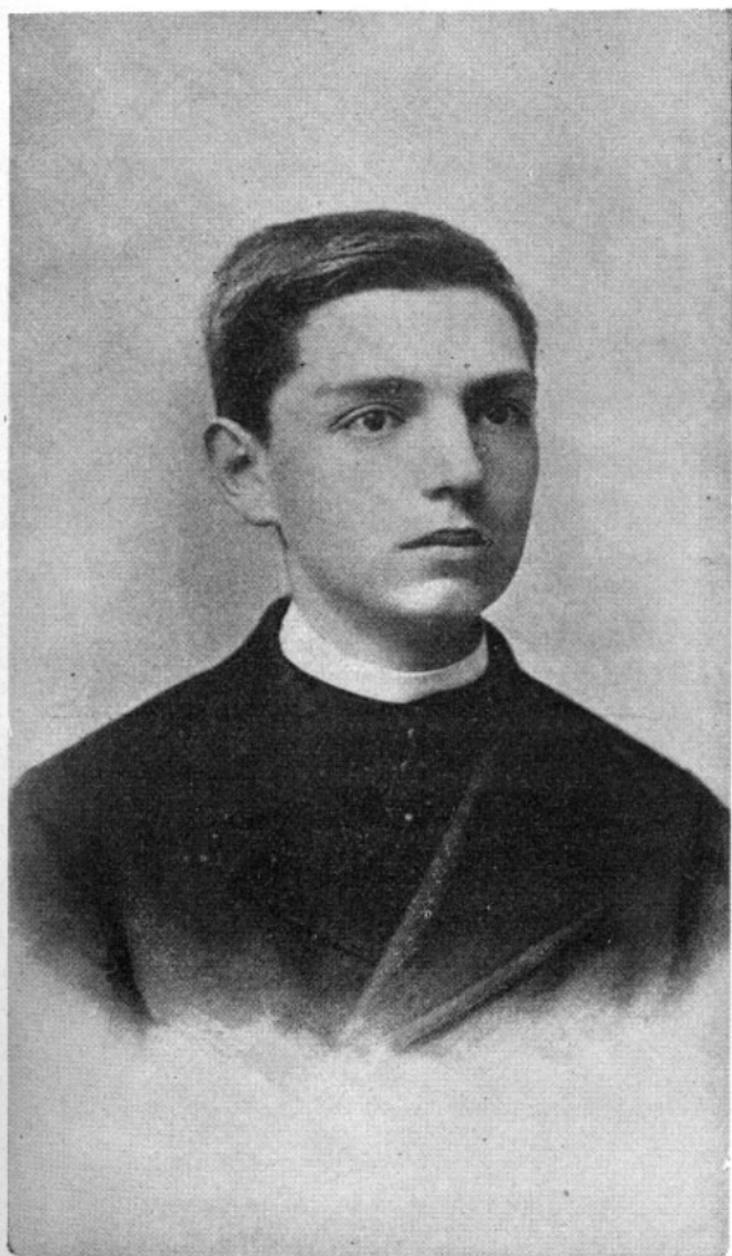
Luis Goycoolea  
Walton

\* \* \* DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS \* \* \*



Por: Padre Fernando Vivas,  
S. J.





## INTRODUCCIÓN

**A**BUNDAN por la gracia de Dios en la Compañía de Jesús las verdaderas y sólidas virtudes, y ésta es precisamente la causa del odio singular que le profesan los enemigos de Jesucristo y de su santa Iglesia. ¡Cuántos nombres nos vienen ahora al pensamiento de hermanos nuestros en religión, á quienes hemos visto y conocido, y que merecen ser propuestos al mundo como dechados de perfección cristiana! Bajaron al sepulcro, ó mejor, subieron al cielo á gozar el premio de sus victorias, y presto sus hazañas quedarán olvidadas para siempre acá en la tierra, relegadas á los archivos ó conservadas á lo más por tradición dentro de las moradas de los hijos Loyola. No siempre el soldado en el campo de batalla puede ocuparse en cantar las glorias de los héroes que sucumben á su

*lado; ni siempre el campeón de la mayor gloria de Dios, empeñado en los combates de la causa de Jesucristo, puede desamparar los puestos que defiende, ó alzar la mano de la siega, cuando blanquean en torno suyo abundantes mieses, que sus fuerzas no alcanzan á recoger, para dar á su corazón el placer de regalarse en perpetuar los triunfos de los que fueron sus hermanos, unidos á él por el dulcísimo lazo de la caridad de Cristo. Y pues nos brinda la divina providencia con semejante dicha, ponemos manos á la obra de derramar por el mundo el celestial perfume de la vida de uno de nuestros carísimos hermanos, trasladado al paraíso de la gloria en edad temprana, y antes que pudiese percibir la Compañía de Jesús los ópimos frutos que de él se prometía. Es él Luis Goycoolea Walton.*

*Que la SSma. Virgen y Madre de Dios, de quien era Luis hijo fidelísimo, y en cuyos brazos descansa ya feliz, se digne echar su bendición sobre las mal trazadas páginas de este libro.*

*31 de Julio de 1905, fiesta de nuestro santo Padre Ignacio.*

## CAPÍTULO PRIMERO

Infancia de Luis. — Bondad natural. — Inocencia de vida. — Estudios en el siglo.

**E**L 26 de Septiembre de 1871, nació Luis en Santiago, capital de la república chilena. Fueron sus padres D. Luis Goycoolea y D.<sup>a</sup> Irene Walton, señores no menos distinguidos por su linaje que por sus cristianas virtudes. Nueve hijos les concedió el cielo y entre ellos era Luis el primogénito. Bautizado éste á los dos días de nacido, le pusieron por nombre Luis Narciso del Carmen. Tuvo por padrinos á D. Narciso Goycoolea, y á su abuela materna D.<sup>a</sup> Andrea Rosa Díaz de Walton, la cual quiso tenerle á su lado desde la tierna infancia. Era su nieto mimado, pero nunca abusó de tan ventajosa posición. Veamos como se expresa sobre este particular, su prima la Srta. Rosa Jaraquemada, en carta dirigida al P. Fernando Vives desde Santiago, á 3 de Marzo de 1905.

„Como mi Mamita, dice, lo quería con delirio, lo traje chiquito á su lado, y no se lo entregaba á sus padres, y él no se acostumbraba sino en casa de su Mamita. Era el niño más regalón; se le daba gusto en todo; pero nunca abusaba. Era tan aficionado á los juguetes, que tenía un cuarto separado para ellos, y con la prudencia que tuvo desde niño decía: *Mamita, ya no me compre más juguetes; pero lléveme á verlos á las vidrieras...*” „De chicos nos tenía mi Mamita á los dos en su pieza, que estaba dividida por una gran cortina”.

Siempre se distinguió Luis por su natural bondad y dulzura de carácter.

„En nuestros juegos de niños, dice su prima, á pesar de ser yo menor, más bien le dominaba á él; y cuando se sentía contrariado, se iba llorando, donde mi Mamita, en vez de hacerme algo...”

„¡Qué corazón tan bondadoso el de Lucho! ¡Cuántas veces me consolaba en mis penas!... ¡Qué caridad con el desvalido! ¡Cómo protegía á los niños pobres! No se conocía el orgullo en él. Tan afable con todos, tan sincero; tanto que se hacía querer”.

„Muy conocido era en nuestra sociedad, dice el P. Estanislao Soler, y lo amaban cuantos lo conocían, porque las bellas cualidades de su carácter, realzadas por aquella encantadora ingenuidad de alma con que á todos atraía sin violencia, y el claro talento con que Dios graciosamente lo había enri-

quecido, iban dejando por donde pasaba, el cariñoso recuerdo de su bondadoso corazón, como la suave brisa deja por los campos el perfume de las flores y la frescura de la mañana».

Tenemos á la vista dos recomendaciones de Luis para dos favorecidos suyos, que prueban la bondad de su corazón. Escribiendo á D.<sup>a</sup> Andrea, desde Córdoba (R. A.), á 26 de Marzo de 1897, le dice:

„Tengo un encarguito que hacerle á ella (Rosita) ó á V. y es, que si va á verme el niño R. M., que la Rosita conoce, le digan que hable con Elías Valdés, pues quedó arreglado el colocarlo en una beca en el patrocinio de San José; que él mismo se lo recuerde á Elías y apure sus cosas para que entre cuanto antes al colegio; que no olvide decirle á Elías que es él uno de los niños para quienes pedí nominalmente becas; el otro es A. M.»

El niño A. M. tiene historia curiosa y merece la mencionemos aquí. Citando el P. Miguel Barquero las palabras con que se la refirió el H. Goycoolea, dice: „Un día, me dijo, estando reunidos en casa varios miembros de mi familia, se nos presentó en la habitación un niño, que, saludándonos cortésmente, nos dijo: „Señores, ¿quieren que les cante alguna cosa? Como estábamos de conversación, tomé al niño y lo conduje al piano. Cantó y tenía una voz preciosa. Entonces le pregunté si sabía algo religioso. Respondióme que sí, y cantó con mucho

sentimiento una aria á la Virgen. Era el *Mes de las Flores*, y pareciéndome que aquella voz de ángel sonaría bien entre los obsequios que tributábamos á la Santísima Virgen en la iglesia del Seminario, arreglé una letra á la Inmaculada y dije al niño que la iba á cantar en el Seminario al domingo siguiente. Gustó tanto que le hube de traer porque cantase varias veces en el mes y aún después».

Otros favores debió á Luis el buen niño A. M., como fueron el llevarle consigo al catecismo de los seminaristas de Santiago; prepararle para la primera comunión; proporcionarle medios de proseguir sus estudios y labrarse, quizá, con el tiempo un brillante porvenir.

Ni son estos solamente los testimonios que conservamos de su bondad. En carta fecha en Veruela á 14 de Febrero de 1899, hallamos la siguiente recomendación para un *pobre roto*, catecúmeno suyo en la cárcel de Santiago:

»Yo tenía en la cárcel un ahijado, Pedro Alarcón, sujeto de unos 23 ó 25 años: fuí padrino de confirmación. Dicen que se acuerda mucho de mí. Ojalá averiguaran con el P. Soler donde está y le dieran alguna cosita de ropa que no necesiten, etc. Recomiéndelo en casa de mi mamá y que Dios se lo pague».

A esta bondad natural, añadía Luis el esmalte de la inocencia y pureza de costumbres, que nunca se desmintieron aún en los devaneos del mundo, ni en su trato, que era



muy buscado y ameno: pues, cómo dice el P. Juan B. Ferreres, «realzaba todas sus cualidades con una singular modestia y una cierta candorosa ingenuidad, que nos permitía ver en aquellos ojos serenos y en aquel corazón lleno de varoniles virtudes, los encantos que encierra la inocencia y la sencillez de los niños». «La intimidad con que nos criamos era muy grande, añade su prima. Muchas veces estábamos solos, pero no recuerdo haberle oído jamás una palabra, no digo inconveniente, ni palabra que no fuera de lo más delicado. Jamás una acción, una mirada que no fuera de lo más inocente».

Un condiscípulo suyo de primera enseñanza, el P. José Fr. Correa, se expresa así:

«En el tiempo que le traté en el colegio y más tarde cuando había terminado Luís el bachillerato, jamás noté en él la menor ligereza ó desenvoltura de palabras ó de hechos, en que tan fácilmente se suele incurrir en esa edad; antes lo hallé siempre el mismo: prudente, fino y comedido».

Un íntimo confidente de Luis, poseedor de todos sus secretos, amigo suyo inseparable en el siglo, é inseparable hermano en religión, que le cerró los ojos á su partida de este mundo, el P. Fernando Vives, dice, refiriéndose á los años de vida secular de nuestro hermano:

«El H. Goycoolea, era como San Luís Gonzaga: imponía con su presencia. Era hombre de cortar una conversación desho-

nesta, ó menos conveniente, con sólo presentarse. Eso que los jóvenes son á veces tan libres en sus conversaciones; sin embargo, delante del Hermano y de él nadie se atrevía á proseguir una conversación de esta laya».

«Lo que puedo decir delante de Dios en alabanza del H. Goycoolea, escribe el P. Jorge Fernández P., es que aún seglar no solamente me edificó por su piedad y obras de celo, sino que hicieron éstas impresión tan profunda en mi alma, que fueron el medio de que se valió Dios para inspirarme la vocación á la Compañía. El trato con Luis Goycoolea me la confirmó. Fuí con Luis al noviciado, hice con él los santos votos, y con él estudié letras en Veruela. Su conversación y ejemplo me han ayudado grandemente para no ir atrás en el divino servicio».

El Sr. Arzobispo de Santiago, Dr. don Mariano Casanova, en el informe que dió de Luis, como clérigo de su diócesis, dice lacónicamente:

Vida. — *Cristiana.*

Costumbres. — *Morales.*

Educación. — *Esmeradamente religiosa.*

Fama. — *Muy buena.*

El mismo Luís, tan parco en hablar de sí, y más de su vida de mundo, dijo en cierta ocasión hablando de los compañeros que había tenido en el siglo: «Aunque nos gustaba prender una vela á Dios y otra al diablo, yendo por la mañana á comulgar y por la noche al baile y al teatro: con todo, *estoy*

*cierto de que nunca nadie nos pilló ni en sitio menos conveniente ni en conversación que no fuese honesta».*

Como alumno de primera enseñanza ingresó Luis, siendo de diez años de edad, en el Colegio de la Sra. Magdalena Moffat, donde han empezado sus estudios tantos varones ilustres y distinguidos sabios de la nobleza chilena. No habrá entre los que hayan cursado en él, quien no se glorie de haber estado cuando pequeño en *«El Colegio de la Gringa»*, y no conserve éste como uno de sus más gratos recuerdos. Como tal lo tenía Luis: y siempre que se le consultaba sobre alguna palabra inglesa y no se le ocurrían razones, daba por última solución que así lo pronunciaba ó así lo entendía *la Gringa*. Nombre es éste, tan popular, que, confesamos ingenuamente, no haberle conocido hasta que lo hemos leído en las relaciones del P. Correa y de la Srta. Jaraquemada. *«Entró, dice ésta, en el Colegio de la señora Magdalena Moffat, haciéndose querer por su aplicación y conducta»:* y aquél, haciéndose eco del cariño que todos profesaban no menos á Luis que al colegio y á su buena directora, nos ha transmitido los siguientes pormenores: *«Había, dice, en la época de mi niñez, en Santiago de Chile, un afamado colegio de primeras letras, propiedad de una señora inglesa convertida, ferviente católica llamada Magdalena Moffat: vulgarmente se le conocía con el nombre de «El Colegio de*

*la Gringa*». Allí hizo Luis sus primeros estudios y allí también le conocí y traté íntimamente, como condiscípulo suyo, que fuí, en algunas clases, allá por los años del 81 al 83.

Recuerdo que su aplicación y su talento le hacían sobresalir entre los demás, siendo siempre el primero de su clase. En las distribuciones de premios de fin de curso, se llevaba la mayor parte de ellos, haciendo hermoso contraste con los aplausos que le prodigaban las personas asistentes al acto, la angelical modestia con que salía á recibirlos.

Su piedad, esa finura bondadosa y comedida que ya entonces formaba el tinte distintivo de su carácter; esa jovialidad prudente y moderada, el cumplimiento exacto de sus deberes de colegial, hacía de Luis un niño verdaderamente particular, á quien tanto la Directora y Maestros del Colegio, como los condiscípulos, le amábamos y venerábamos á la vez. Sí, á Lucho Goycoolea (que así le solíamos nombrar), le amábamos todos sin excepción: había llegado á ser un *fac totum* en el colegio; y más de una vez la famosa *„gringa,“* estando él ausente, nos lo proponía á los demás como modelo».

Entró en el Colegio de los SS. CC. el año de 1885, donde permaneció hasta fines de 1887, en que terminó el bachillerato. »Durante los tres años de su estancia en este Colegio como alumno interno, dice su Director el P. Vicente Monje, fué un ángel en sus cos-

tumbres y piedad. Constantemente obtuvo el premio de Religión, además de numerosos premios de Conducta, Gramática Castellana, Literatura, Historia, Filosofía... Por su reconocida piedad fué elegido por sus compañeros presidente de la Asociación de los SS. CC. Desde que ingresó al Colegio, á pesar de encontrarse en cursos superiores, con compañeros para él desconocidos, supo grangearse universales simpatías; porque su trato era tan llano y agradable que se ganaba desde el primer momento los corazones de todos. Con estas buenas cualidades adquirió gran ascendiente entre sus compañeros, que supo emplear para mantener la piedad y buen espíritu.

Luego notaron sus profesores la gran inclinación que tenía para las bellas letras, y sus composiciones literarias, sobre todo en verso, fueron muy celebradas. Cuando se organizó la Academia Literaria, sus compañeros lo escogieron también como presidente, á pesar de las protestas que sugería su modestia».

Indica el P. Monje que el fundador de esta Academia fué el R. P. Pablo Drinot, hoy obispo de Huánuco en el Perú, y luego prosigue: "Para dar una idea de su fecunda laboriosidad, sólo en un año presentó á la Academia diez composiciones poéticas, originales las más, y éstas son las mejores; otras imitando á Fr. Luís de León, á Lord Byron, á Musset. ¡Cuántas veces en las íntimas reuniones de amigos no se oyeron las sentidas

estrofas de Luis Goycoolea, siempre sonoras, llenas de vida y sentimiento!»

Despidióse Luis del Colegio para emprender la carrera de leyes en la Universidad del Estado, exceptuando sólo algunas materias que cursó en la Universidad Católica de Santiago, al principio con brío y entusiasmo; mas al fin le distrajerón otras ocupaciones incompatibles con los estudios, y si no los abandonó, tampoco les prestó la atención que merecían. Su natural abierto y entusiasta, los aplausos que se le prodigaban en todo género de fiestas sociales y literarias no se avenían bien con la asídua concentración que piden los estudios serios. Esto pudo perjudicar en algo su carrera, pero no á su espíritu, como después veremos. Porque, como dice el P. Estanislao Soler:

»El alma llena de luz y entusiasmo de Luis Goycoolea, no era, en verdad, para las sombras pequeñeces y miserias de esta tierra; y si, como la paloma que salió del arca, pasó algún tiempo revoloteando por el campo de este mundo, también es cierto que en él jamás halló terreno firme en que asentarse, y hubo de volver al arca con el corazón sano y fresco todavía, como del Señor lo había recibido».

## CAPÍTULO II

Energía.—Relaciones de Luis.—Entrada en el Seminario.—Vocación religiosa.

**E**RA de admiración, dice el P. Soler, hallar en alma tan bondadosa y complaciente, resoluciones tan firmes y decididas, que nunca se debilitaron, ni por la cansada demora del tiempo, ni por las dificultades que por el camino se le atravesaron.

Pero esa valentía no era la del espartano avezado á los combates materiales y al estrépito de las armas, sino la intrepidez del mártir, de naturaleza débil y agobiada por los achaques y enfermedades, más fuerte por la gracia, que levanta á los humildes.

No era, pues, su carácter lo que le hacía constante y enérgico, sino su conciencia.

Los estímulos de ésta habían adquirido extraordinario desarrollo y le impelían á obrar grandes cosas para servicio de Nuestro Señor. Apenas se lo permitió la ley, aceptó

con detrimento de sus estudios y negocios particulares, por creer que á ello le obligaba su deber, la alcaldía de San Bernardo, que desempeñó con acierto hasta que ingresó en el Seminario de Santiago. En cierta ocasión reprendió severamente á unos jóvenes, que se entretenían con una conversación impúdica, con evidente riesgo de ser maltratado por ellos, mas sin arredrarse, animado como estaba, por el celo de la gloria de Dios. Siendo ya religioso formulaba propósitos como éste: «No apoyaré jamás una proposición ó una idea contra el Instituto, las reglas ó las costumbres de la Compañía, ni siquiera por cortesía. Con prudencia, pero con independencia, saldré por ellas».

Como estos arranques de genio provenían de una piedad sincera, arraigada y profunda, aunque vagó desorientado en el mundo, jamás flaqueó en lo tocante á prácticas religiosas. «Una piedad sincera, dice el P. Vicente Monje, le servía de salvaguardia: y aunque lanzado en las fiestas mundanas, guardaba en su semblante cierta suave melancolía que se reflejaba muy bien en las numerosas poesías que compuso en ese tiempo. La frecuencia de Sacramentos y la adoración del Santísimo, fueron prácticas que no abandonó en esos años, en que vagaba sin acertar su vocación».

Lo mismo afirma el P. Estanislao Soler: «Entró en el mundo llevando en su alma tal temor de Dios y afición á las cosas de espíritu, que no dejó, sino tal vez aumentó, la

frecuencia de los Santos Sacramentos y las prácticas piadosas, que lo conservaron intacto en el torbellino de la sociedad».

„Fué joven de salón y en los salones descollaba por el conjunto de sus buenas y envidiables prendas, aunque aquello no satisfacía ni dejaba quieto su espíritu. Una voz interior, no lo molestaba, pero lo intranquilizaba diciéndole en secreto: *Esto no es para tí*; y al revés en las reuniones piadosas, en el ejercicio de la virtud y en el trato con personas religiosas, oía la misma voz, pero aprobándolo y diciéndole nuevamente: *Aquí estás bien*. Quizás por no haber tenido ocasión de tratar con personas que lo entendiesen, y sobre todo, porque Dios así lo permitió, Luis Goycoolea anduvo algunos años en el tráfago del mundo culto como sin brújula y descorazonado, aunque á las veces y pasajeraamente, no sentía turbaciones, abstraídos sus sentidos y quizás su fantasía y corazón también, por los encantos sensibles y los aplausos merecidos, pero aplausos de mundo».

„Dotado de tan bellas cualidades, añade la Srta. Jaraquemada, atraía las miradas y simpatías de muchas jóvenes; pero ese corazón para amar y para amar lo Infinito, volaba de flor en flor, hasta que se posó en la hermosa margarita de la vida religiosa, para terminar allí su preciosa existencia.

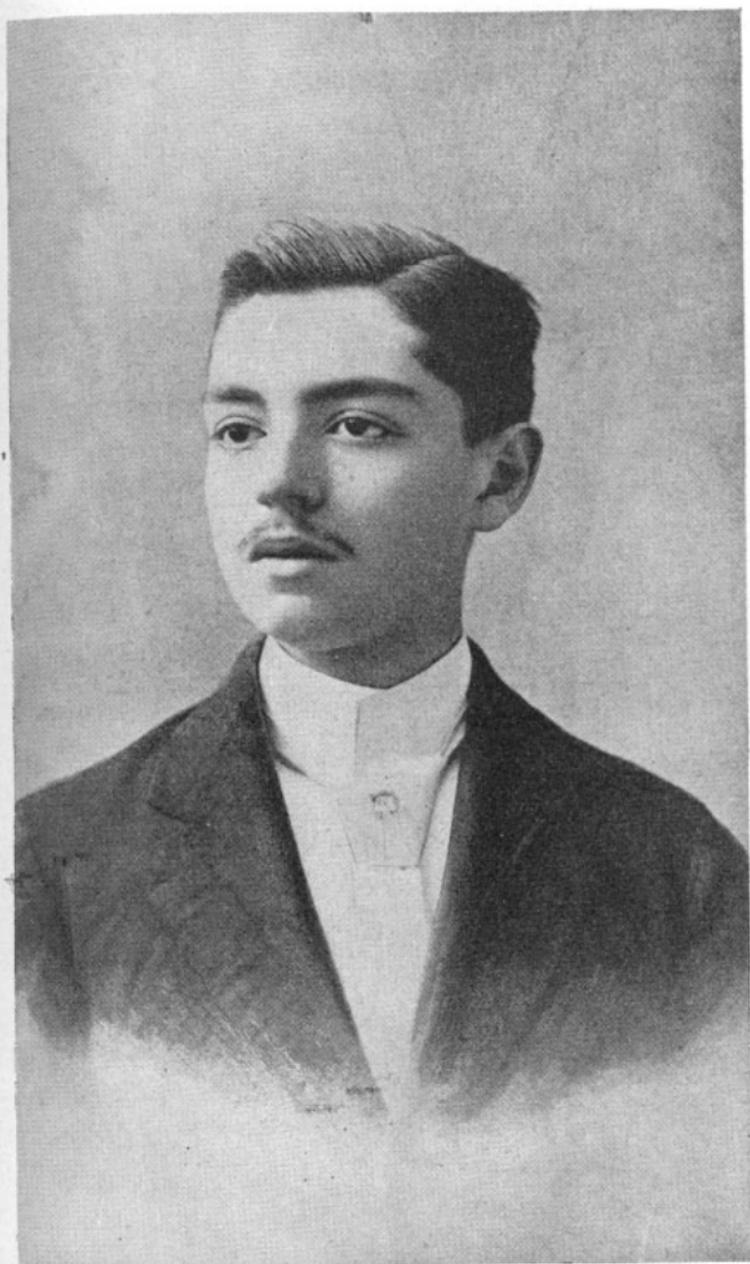
A la edad de 21 á 22 años más ó menos, estuvo de novio; pero los padres de Lucho

se opusieron tenazmente al matrimonio. Mucho sufrió y luchó largo tiempo, hasta que todo concluyó. Era tan bueno, tenía un temple de alma tan especial, y *un no sé qué*, que hacía presagiar que la religión sería su fin.

Recuerdo que estando él de novio, yo le decía: *tú vas á ser sacerdote y no clérigo, sino padre. Cállate la boca*, contestaba, *y no digas eso delante de tal persona*. No solamente yo se lo decía, sino una hermana muy santa, Sor Inés de las Pusas y creo el santo P. Fuhmato, capuchino.

Siendo joven de sociedad, tenía espíritu verdaderamente piadoso y místico. Cuando él tenía 20 años conocimos á un Padre de los sagrados Corazones, que estaba empapado en el espíritu eucarístico, y Lucho se penetraba de todo y comprendía bien la sublimidad del sacrificio. Parece que su alma se sentía atraída á aquello».

»Y siguió así la carrera forense, prosigue el P. Soler, sin entusiasmo y persuadido de que no sería abogado, y entraba en muchos trabajos de academias, fiestas de caridad y otros semejantes; porque allí sus facultades hallaban buen campo donde florecer y aún fructificar, y su piedad algo que no era corruptor. Mas cuando se callaban esos ruidos y morían esos aplausos y se hallaba á solas con su Dios, la misteriosa voz volvía á sonar misteriosamente, recordándole que allí no estaba bien y que debía buscar otros hori-



zontes de más espíritu y menos terrenal bullicio.

Y vuelta con esto á sus inquietudes y desconfianzas, y á veces, obscuridades cuando ya creía ver la luz.

En ese estado le conocí yo; con el corazón en parte desengañado, en parte con ilusiones; ya reflexionando como un anacoreta, ya mirando de frente y caminando hacia la felicidad que, como suprema, señala el mundo. Y en ese estado se alistó en la Congregación de la Inmaculada Concepción y San Luis Gonzaga, á que cobró cariño extraordinario; y donde, según él mismo significó varias veces, hallaba más sosegada paz su alma, y á la vez parecíale sonar más clara é imperiosa aquella secreta voz: *Esto es para tí*».

„Dios nuestro Señor, dice el P. Fernando Vives, no le daba tregua, y así en la noche, cuando agitado del bullicio del mundo se retiraba á descansar, sentía punzantes agujones de su conciencia que le reprendía no alguna grave falta, sino el cerrar la puerta á los repetidos llamamientos de la gracia; entonces Luis, como él mismo me lo refirió, acongojado se volvía á Jesucristo, y con lágrimas en los ojos *espérame, Señor*, le contestaba. *Dios me perdone*, decía, *el tiempo que resistí á la divina vocación y las gracias que desperdicié por mi cobardía en romper con los halagos del mundo*».

Estas angustias y las contradicciones que sobrevinieron, no podían menos de irle des-

pegando de las criaturas y uniéndole al Criador. Y á medida que su espíritu, con el continuo ejercicio del propio vencimiento hallaba mayor sosiego en su corazón y luz más definida en su entendimiento, los antiguos y ahora ya más débiles lazos del mundo en que se había ido enredando y entorpeciendo su alma, se rompían dejando libres las alas de la mente y corazón, que sin duda no habían sido criados para la mezquindad de este mundo. Por eso en poco tiempo adelantó mucho en esos días, adquirió más decisión y energía su corazón y pensó ya seriamente en el rumbo definitivo que había de darle á su vida. Sólo que su confesor el P. Estanislao Soler, queriendo que el espíritu de Luis jamás tuviera ninguna turbación en tan delicado asunto, le aconsejó é indujo á recogerse por ocho días á Ejercicios en la casa de San Juan Bautista. Y allá fué con otros amigos suyos, que participaban de sus mismos deseos, y fueron ayudados por el P. Soler, llamado aquel año á dar ese retiro á las 120 personas que, en los días de Semana Santa, se habían recogido para prepararse á la Comunión Pascual.

Allí la gracia de Dios se mostró más claramente á su alma, que vió entonces, y sin sombras, ser la voluntad de Dios que saliera del mundo para consagrarse á su servicio y al provecho del prójimo. Y no vió solamente que debía salir del mundo y para siempre abandonarlo, sino que su refugio había de

ser la religión; y lo hubiera realizado á no pedirle su director que aplazara su determinación por un año, que podía pasar en el Seminario, estudiando con su amigo Fernando Vives. Y como se lo aconsejaron así lo hizo.

Concluídos los Ejercicios, al volver á su casa, pasó una escena conmovedora que refiere la Srta. Jaraquemada, único testigo del hecho.

„Estábamos, dice, los dos en mi pieza, que yo le había cedido á él y abrió la cómoda, sacando de allí unos retratos preciosos de la novia, los que hizo jirones y botó en mi presencia; no sé si en ese momento destruyó también unas sentidas poesías que le había dirigido y eran preciosas. Este acto fué heroico y arrancó lágrimas de sus ojos”.

En el Seminario siguió madurando sus planes. Lo primero en que pensó, según refiere el P. Fernando Vives, fué en tomar el hábito del Carmelo; pero desistió de su intento porque claramente conoció que no era la voluntad del Señor. „Su bello ideal, añade el P. Vives, hubiera sido empezar desde luego á trabajar en la salvación de las almas, pero reservando para sí algún tiempo en que poder tratar á solas con su Dios en vida contemplativa. Mas no era este el camino por donde el Señor le guiaba. Vió que buscar en todo la mayor gloria de Dios, alargar sus estudios, diferir su ordenación, era el mayor sacrificio que podía ofrecerle y

se lo ofreció gustoso. La idea grande y sublime de hacer en todo lo que fuera mayor servicio divino, cautivó su inteligencia y llevó tras sí la voluntad, aunque el corazón resistía, porque no experimentaba la ternura y consuelos que apetecía. La lucha entre su corazón y su mente la condensó Luis en esta valiente frase: *Mi vocación no fué de corazón, sino de entendimiento*».

Como se ve, la obra de la vocación de Goycoolea fué lenta y laboriosa. Pocos hombres habrán reflexionado tanto como él sobre el estado que debía tomar; pocos también habrán amado más que él su vocación, ni experimentado en ella más hondas y dulces consolaciones, como diremos en los capítulos IV y XVIII de este libro al tratar de su amor á la vocación y del inefable consuelo que experimentó á la hora de la muerte por su fidelidad á la vocación y su perseverancia en la Compañía. Basten por ahora las siguientes cláusulas que escribió Luis á su hermana María, desde el Noviciado de Córdoba.

»Difícil es, dice, que tú puedas imaginarte la paz y alegría de corazón de que se goza en esta santa casa. ¡Qué diferencia tan grande hay en esto con la falsísima tranquilidad y contento de que creemos gozar antes de haber comenzado á conocer un tantico más de cerca las bondades de Nuestro Señor! En la sociedad con el mundo no se tiene nunca un solo día como estos tan llenos y felices, con la santa felicidad de pensar que en vez

de malgastar el tiempo, estamos cumpliendo la voluntad de Dios, en el lugar en que Dios quiere que estemos, sin más preocupación ni pena que ver lo mucho que hemos perdido antes de dedicarnos por completo á Él.

¡Ay! hermanita, ¡si pensáramos un momento con seriedad en nuestro verdadero interés, cuantos cambios felices no experimentaríamos! Si pensáramos en que 30 ó 40 años de vida aún tendremos, y después si no los aprovechamos para Dios serán absolutamente perdidos, nos animaríamos á trabajar exclusivamente en lo único que sirve; en la salvación y santificación nuestra y de los demás. En esto, pues, nosotros nos ocupamos aquí en la medida de nuestras fuerzas; y con la variedad de las distribuciones, la tranquilidad, y sobre todo, con la santa comunión y la oración se nos van los días sin sentirlos”.

### CAPÍTULO III

Caridad.—Obras de celo.—Amor al pobre.—Entrada en la Compañía.

**U**NA vez en el Seminario, despojóse de sus galas, vistió el traje talar, como quien marcha de frente hacia el sacrificio, ejercitándose desde luego en todo género de buenas obras.

Encargóse, con ánimo de vencerse, de repartir el pan á los pobres que venían diariamente á comer al Seminario. Cogía para ello dos canastas, y con ellas áuestas, recorría todas las mesas después de la comida é iba recogiendo uno por uno todos los trozos de pan que le parecían más presentables, y bien aderezados, distribuíalos entre los mendigos, con aquella fé con que servía Marta á Cristo Nuestro Señor.

Y no solo esto: porque tomó á su cargo y desempeñó con mucho esmero y gran celo una clase nocturna de obreros, una clase de caligrafía para los hijos de éstos, sacrificio nada vulgar para un joven de su índole, para un genio tan vivo como el suyo.

Por eso dice muy bien el P. Soler: "Si la vida de Luis Goycoolea en el siglo fué cristiana y edificante, la que llevó en el Seminario fué edificante y de apóstol, pero de apóstol con la palabra y con el ejemplo. Todavía se conserva en él por cuantos fueron testigos de su conducta, la memoria de sus ejemplos de piedad. Y fué aquel año de más fervor y celo, por cuanto vestido ya con traje talar, se consideraba más obligado á ser modelo y trabajar más directamente por la gloria de Dios, sobre todo, en los pobres hacia quienes sentía mayores aficiones entre todos aquellos con quienes trataba".

Este amor al obrero, este celo por el bien del pueblo, le indujo, ya antes de entrar en el Seminario, á tomar parte activa en el Círculo de Obreros de San Rafael. Se tomó el trabajo y la molestia de ensayar á hombres rudos, tan poco aptos de suyo, para presentarse en las tablas con la soltura y desenfado que piden actos de esta naturaleza. Su plan era dar animación al círculo; atraer obreros; dar á sus reuniones un tinte más social y culto del que antes tenían, con la idea de educar al pueblo y proporcionarle medios para que, elevando su nivel moral, conociese su propia dignidad: y apoyándose en sus propios derechos y reconociendo sus propios deberes, mejorara su posición social sin detrimento de la justicia y con ventaja del bien común y del particular del individuo.

Hubiera deseado que todos los párrocos

tuviesen en sus parroquias, escuelas nocturnas de obreros, escuelas parroquiales de niños y niñas; catecismos bien montados; clubs y patronatos donde reunir al pueblo; casas de ejercicios donde templar el ánimo de sus feligreses para las luchas de la vida y estimular su celo en pro de la Santa Iglesia, reuniéndoles en torno del Sacerdote para llevarlos á las urnas y á reivindicar los derechos de Jesucristo. „Mi plan sería, decía él mismo hablando de la cuestión obrera, ante todo formar al clero; y para esto se había de crear en cada Seminario una cátedra especial en que se explicase á fondo la cuestión social: pues de esta suerte, viéndose con suficiencia, se entusiasmarían los jóvenes seminaristas para conseguir por medios legales el triunfo de la Iglesia. De esta suerte los curas gozarían de gran influencia en el pueblo y serían estimados de todos”.

Por amor al pobre fué socio muy activo de las conferencias de San Vicente de Paul, y como tal, visitaba con celo y con amor á los pobres y á los enfermos; por este amor al pobre formó parte activa y fué director de la Sociedad protectora de estudiantes pobres, á los cuales se vestía, se les proporcionaba libros, y se les pagaba los gastos del colegio; por este amor al pobre y como fervoroso congregante de María Inmaculada, entregóse con toda su alma á las obras de piedad prácticas, iniciadas á la sazón por el P. Estanislao Soler, S. J., director de

la Congregación de Santiago: visitaba los domingos las cárceles de aquella capital, socorriendo con su dinero á los presos; logró la conversión de varios encarcelados, y halló industria para conseguir la libertad de más de un inocente injustamente acusado; por este amor al pobre y al desvalido, llevado hasta el heroísmo y madurado en su corazón con el transcurso del tiempo y perfeccionado con el asiduo ejercicio de la vida religiosa, pidió Luis hacia el fin de su vida partir al Extremo Oriente para entregarse en cuerpo y alma á la conversión y enseñanza de los *pobres indios*; y por el mismo amor se ofreció á pasar su vida en la leprosería de San Francisco de Borja. Decía al R. P. Antonio Iñesta, según lo refiere el P. Ferreres: «Padre, á mí este corazón me hará traición y moriré pronto: quiero hacer algún servicio á Dios Nuestro Señor el poco tiempo que he de vivir. No quiero volver jamás á América y me ofrezco para ir ó á las misiones de Filipinas, ó á servir á los leprosos». Este amor al pobre, finalmente, hizo de él un excelente catequista, como lo demostraremos más abajo, en capítulo aparte, por ser ésta la obra en que más brilló el celo de Luis y en que mayores muestras dió él de sí como varón apostólico.

En estas ocupaciones andaba Luis embebido, cuando, madurado ya el asunto de su vocación, partió para el Noviciado de la Compañía de Jesús en Córdoba (R. A.), en Marzo de 1897.

## CAPÍTULO IV

Llega al Noviciado.—Primera probación.—Es tentado y vence.—Amor á su vocación.

**D**E camino al Noviciado tuvo que sufrir mucho. Se colige cuanto debió padecer de las siguientes palabras del P. Soler en carta del 16 de Marzo 1897; en que recarga quizá los colores, pero... *cuando el río suena agua lleva.*

»Con que pensaste en morir y dejar tu pellejo en las Cuevas? La puna, vómitos, dolores de estómago, escalofríos, todas las dolencias de que tratan los libros; y sobre tantos infortunios, miedo y escrúpulos. ¡Vaya con el antiguo y resuelto alcalde de S. Bernardo!»

En primera probación arreció la tempestad. Llamamos primera probación en la Compañía de Jesús el espacio de unos ocho días, empleados en leer las bulas de aprobación y confirmación de la misma Compañía,

las reglas por que se gobierna, y el libro del examen, ó sea las condiciones necesarias para ser miembro de ella. Estos días los pasa el candidato á jesuita separado de los demás novicios, y acompañado únicamente por uno de éstos, que le va instruyendo en el orden y modo de proceder del noviciado.

Llegó á tal punto el desaliento de Luis en estos días de primera probación, que dudó seriamente de su vocación á la Compañía y hasta llegó á desear se le presentara el menor pretexto para poder decir con algún título al P. Maestro: «Padre, me voy». Dos días después de él (16 de Marzo), llegó al Noviciado su íntimo amigo, el P. Fernando Vives. Aquí se figuró él que había dado con un tesoro, que ya estaba en su mano el deseado título para dejar su vocación. Fué, pues, al Hermano y le preguntó como estaban en su casa con el diliberado deseo, como lo dijo después muchas veces sin percatarse de ello, de que le respondiese: «Todos están muy tristes, no pueden pasarlo sin tí; es un llanto general el que reina en tu casa», y presentándose al P. Maestro con estas nuevas, decirle: *Ya ve, Padre, que esto no puede pasar; es menester que yo me vaya á consolar á mi familia.*

Pero cuál no fué su desencanto, cuando el otro que sospechaba sus cavilaciones, le respondió muy fresco y sin manifestar que se daba cuenta de sus intenciones: «Todos están muy bien; todos te saludan»; y nada

más.—"Y mi mamita cómo está?" "Muy resignada. Yo seré la única, me dijo, que no podré ver á Lucho".

En primera probación enfermó de pura tristeza y melancolía. Llamaron al Médico y lo atendieron con la pródiga generosidad que se estila en la Compañía con los enfermos y más tratándose de un Superior como el P. Juan Cherta, de entrañas más que de madre, como lo reconocen cuantos han sido súbditos suyos en más de 20 años que lleva de superior. Siempre recordó el Hermano esta caridad del P. Cherta con gran fruición y cariño: y si esto le obligaba por una parte no le quitaba, por otra, sus terribles tentaciones.

Su fantasía era un cinematógrafo, en el cual se sucedían indefinidamente las imágenes de su Padre y de su Madre, de sus Hermanos, y de sus Hermanas, de su Abuela y de su Prima, y cuanto de más caro tenía en este mundo. Echaba de menos sus amigos y conocidos que tantas muestras de benevolencia y simpatía le habían dispensado. Parecíale que se arruinaba por momentos su salud, de suyo no muy robusta. Ni las fuerzas de mi cuerpo, se decía á sí mismo, ni los talentos y aptitudes de mi alma son á propósito para los ministerios propios de la Compañía de Jesús. No pensando en otra cosa de la mañana á la noche sino en servir á Dios, no cesaba un instante de discutir consigo mismo, si estaré en gracia, ó estaré en pecado.

Respecto de los temores por su salud, le responde el P. Soler en la carta antes citada:

»No vayas á creer que llegaste á madurez, y en consecuencia que puedes morirte á cualquier aire colado, ó en cualquiera vuelta de esquina. No, no: *longa tibi restat via*».

Siguió con intervalos de más ó menos violencia la agitación de su alma, después de agregado á los demás novicios. El peleaba como bueno, y llamaba en su auxilio al glorioso patriarca S. José y á la Santísima Virgen, y suplicaba á su divino capitán Jesús, que pronunciase otra vez un *tace, obmutesce*, que sosegase la mar alborotada de su corazón. Ni se olvidó de acudir, según costumbre, á su antiguo director espiritual, cuya carta no se hizo esperar mucho.

»Te escribí, dice el P. Soler á 22 de Abril; me contestaste; ahora vuélvote á contestar y es con intención: apróntate.

Pues me dijiste que andabas algo molesto por el malestar físico y algo turbado en tu espíritu; siempre Lucho. Yo en verdad, que no dí gran importancia ni á lo uno, ni á lo otro: no á lo primero, porque tú eres delicado de estómago, ni á lo otro, porque tus escrúpulos y delicadezas de estómago moral son análogas á las del físico, pasajeras, y mientras una dosis de consejos y pensamientos de Cristo llega á tu alma, para consolarla. Sé dócil y sirve á Cristo...

Recuerda mi última palabra en el tren: ¿Tiene Cristo los brazos todavía en la cruz...?



Con el auxilio de la gracia divina quedó triunfante el H. Goycoolea en este rudo combate, el primero y último con respecto á su vocación; la cual amaba después el Hermano con cariño, con pasión, y nos atrevemos á decir, con delirio. Imaginó primero que hacía él un favor á Dios entrando en la Compañía de Jesús, y después no hallaba suficiente gratitud en su corazón y en su alma para mostrarse reconocido á su Dios y Señor por el inmenso é incomparable beneficio de retenerlo en el seno de la misma Compañía.

Dios nuestro Señor suele consolar á sus escogidos en aquello mismo en qué más los prueba. Y de cuánto consoló á nuestro Luis en lo tocante á su vocación, nos dan fe sus apuntes espirituales por donde quiera que los abramos. No hay en ellos página en que no aparezcan huellas de su amor á la vocación; páginas tanto más dignas de crédito cuanto que Luis escribía en ellas para sí y para gozar á sus solas de los regalos que el Señor le hacía en la oración: y no tenía por consiguiente el menor motivo para velar en lo más mínimo ninguna de sus ideas.

Véase por ejemplo lo que escribía el día 8 de Julio de 1897, primero de la segunda semana del mes de ejercicios:

„Soberano Rey Jesús, Dios Eterno, Criador y Señor de cielos y tierra, yo, Luis Goycoolea, novicio de la Compañía de Jesús,

llamado por vuestra soberana Majestad, á acompañaros en la victoria de mis pasiones, con tal entrega de mi corazón, os protesto delante de la Santísima Virgen, vuestra bendita Madre y mi Señora, de los ángeles y santos, y en especial del señor S. José, mi santo Padre Ignacio, el santo de mi nombre y hermano mío S. Luis Gonzaga, y el santo Angel de mi guarda, que quiero firme y deliberadamente seguiros en vida y en muerte, como á mi Rey y Capitán, en la lucha que me proponéis hasta reinar con vos en el cielo; y he de darme tan por entero á vos, que *ansío* el día de remachar la entrega que de mí os hago con los perpetuos clavos de pobreza, castidad, y obediencia en la Compañía de Jesús».

El día 4 enumera el Hermano algunos de sus propósitos, y añade: «... espero en Dios que han de ser el camino de mi santificación en la Compañía, donde viviré considerándome el último de todos y el esclavo rendido del divino Corazón de Jesús Sacramentado, á quien quiero servir en vida y en muerte, y por quien con su divino favor, espero dar algún día mi sangre».

La meditación del nacimiento de nuestro divino Salvador en el pesebre de Belén, inundó el alma del H. Goycoolea de celestial consuelo y alegría. Oigámosle á él mismo: «¡Amo á Jesús! quiero amar á Jesús! Sea Jesús mi eterno, mi solo amor! Bendito sea Jesús mil veces! Jesús mío, vivir quiero con-

tigo, ser tu esclavito. Yo te serviré con inmenso amor, yo velaré junto á tu cuna, cuando duermas; yo posaré á tu lado, siempre pensando en tí. Deja, Jesús mío, que sea tu esclavito, negro y feo y enfermo: pero amante y fiel, me goce yo en contemplar tu rostro, y en poder alguna vez besar tus pies divinos. Para siempre seré tuyo!

Serviré de hoy en adelante á mi dueño, Jesús, en el constante fervor de los ejercicios espirituales... Guardaré, por amor suyo también, *con grande alegría y diligencia la más pequeña regla*». Así se expresaba el Hermano.

Es la vocación en la vida religiosa, lo que la fe para el cristiano. Como no se concibe un buen cristiano sin fe arraigada y firme, tampoco se concibe un buen religioso sin amor entrañable á su vocación.

Sin embargo, ni la fe es la virtud sobre la cual versan ordinariamente los propósitos de los cristianos, ni la vocación suele ser objeto de muchas resoluciones explícitas para el buen religioso: no de otra suerte que en los edificios, una vez echado el fundamento, casi jamás acontece haberse de extender á él las reparaciones tan frecuentes en tabiques y techumbre.

En adelante veremos al H. Goycoolea solícito de ajustar exactamente su vida á las prescripciones de nuestras santas reglas; solícito de adquirir el amor á la humillación, que se nos exige en la regla *undécima* del

*Sumario* de nuestras constituciones; solícito de *hacerse indiferente* á todas las cosas, para ser materia fácilmente moldeada por la obediencia, conforme á la suprema voluntad de Dios; su amor á la vocación, sólido cimiento sepultado en la tierra, aparecerá únicamente cuando una causa externa lo descubra, ó intente menoscabarlo.

Uno de sus propósitos, escrito en 1903, dice: «Procuraré ensanchar el conocimiento, y dar pábulo al amor al admirable Instituto de la Compañía, que venero».

Tenemos delante una porción de minutas de cuentas de conciencia, pertenecientes á diversas épocas de la vida religiosa de nuestro H. Luis, repletas todas ellas de tanta multitud de pormenores, que seguramente no encontró el Hermano ni un solo P. Provincial, ni un solo P. Rector, que le permitiesen recorrer por completo aquellas interminables letanías. Pues bien, á la primera pregunta: «*An vivat contentus juxta suam vocationem*» contesta *siempre* con esta sola palabra: *Contentísimo*. En otra pregunta habla una vez incidentalmente de la vocación, y añade al instante: «*Amor ardiente á ésta*». Del Instituto no hace mención en todos estos borradores más que una vez, diciendo: «*Gran entusiasmo por el Instituto.*»

Para que mejor se entienda cuán completa fué la victoria del H. Goycoolea en la primera de sus campañas, cedamos la palabra á dos de sus connovicios.

Sea el primero el P. Juan P. Grenon: «Procedía siempre (el H. Goycoolea) con santa sencillez, pero no sin darse cuenta de sus actos; antes bien penetrado de una muy subida estima de la santidad de la vida religiosa que profesaba... Sabía apreciar los pacíficos, dulces, y sobrehumanos goces de la Religión.

Sus palabras y sus obras nos manifestaban, ya desde el Noviciado, este sumo aprecio y bienestar espiritual de la vida religiosa de que gozaba su corazón... Así Luis, sin advertirlo, con tan noble proceder, con su alegría nos infundía á sus connovicios un elevado concepto de la vocación á la Compañía de Jesús... Puso siempre empeño en llamar á alguno de los Padres Misioneros de la casa-noviciado, cuando volvían de misiones, para que nos relatasen sus trabajos, el fruto que recogían, y sus peripecias apostólicas. De estas conversaciones sacaba el H. Goycoolea nuevos motivos para informarse en el espíritu de nuestra vocación, y en ellas encontraba fuerzas, para abrazar todas las reglas de nuestro Instituto, y hacerse así, como él decía, apto para trabajar por Dios, como aquellos Padres».

El P. Moisés Ortiz cuenta que el H. Luis Goycoolea «en las conversaciones siempre se mostraba amantísimo de su santa vocación. De aquí que alguna vez dejase entrever lo que padecía con el temor de que no le concediesen los santos votos por su poca

salud, y según él por su indignidad. De aquí que no se cansase de rogarnos que le encomendásemos á Dios».

Del amor á su vocación habla á menudo en sus cartas. Solo citaremos una. Va dirigida á D.<sup>a</sup> Andrea.

»Este invierno, dice, muy suave este año en este lugar, no nos ha traído novedad de importancia, sino es el fallecimiento de alguno de nuestros compañeros, que se nos fué, en dos ó tres días de enfermedad, al Cielo, cuando menos lo esperábamos. Murió, como tienen la dicha de morir los nuestros, muy preparado y tranquilo, dejándonos confirmados en la creencia y santa seguridad que tenemos, en la promesa, que, como Vd. no ignora, hizo la Santísima Virgen á varios Santos y varones ilustres de la Compañía; que ninguno que en ella muera, se perderá.

Por lo que á mí hace, cada vez más reconocido estoy á Dios Nuestro Señor por el inmenso beneficio que me ha hecho, y confío plenamente lo ha de continuar hasta la muerte, de tenerme en su casa entre los hijos predilectos de su corazón» (1).

(1) Veruela, Abril, 1903.

## CAPÍTULO V

Vida de novicio. — Distribución y ocupaciones del Noviciado. — Espíritu que, en ellas, le anima. — Mes de Hospital. — Mes de Ejercicios. — Firmeza y temores. — Votos del bienio.

**P**ASADA la tempestad, y aún durante ella, emprendió Luis la vida del novicio con tal denuedo y buena gracia, que á todos se hizo simpático y á todos infundió respeto y veneración desde los primeros momentos de su vida religiosa.

„Desde que llegué al Noviciado de Córdoba, dice el P. Enrique Ignacio Najurieta, y conocí al H. Goycoolea, hasta que en Veruela me despedí de él, cuando se fué á Tortosa, siempre, pero siempre, ví en el H. Luis un perfecto y acabado religioso de la Compañía, de manera que no me acuerdo, aunque lo he pensado mucho, haberle visto jamás quebrantar la menor de las Santas Reglas.

Desde mis primeros días de Noviciado, siempre que me encontraba con el Hermano

en los corredores, ó me tocaba la suerte de ser su compañero de terna ó paseo, me infundía tal respeto, que no lo sé explicar. Jamás me atreví á cometer la menor falta, no digo con él; pero ni siquiera en su presencia. De este suave respeto (por decirlo así) nacía el grande cariño que siempre le tuve; de aquí el grandísimo provecho espiritual que experimentaba mi alma cuando en recreo hablaba con él; de aquí, finalmente, el que le considerase como el ángel del Noviciado».

El P. Moisés Ortiz añade: «A pesar de ser débil y de poca resistencia, jamás se le vió poner dificultad á trabajo alguno, antes solía manifestar pena de que no se echase mano de él para trabajos más pesados. Siempre parecía estar desocupado para servir á todos, y siempre con aquel buen modo y suavidad que encantaban en él.

Tenía especial empeño en no apartarse de la vida común, y le dolía verse obligado á tomar algo extraordinario ó fuera de las horas acostumbradas».

Es admirable la sencillez y minuciosidad infantil con que describe Luis sus quehaceres como novicio, en carta á su abuelita, para quien parecía no tener secretos y á quien escribe siempre con verdadera efusión y cariño. No se le escapa ni la menudencia más insignificante y que á otro quizá no se le hubiese ocurrido tomar en cuenta ó á lo menos no se hubiese atrevido á consignarla en el papel: señal evidente del cariño con

que abrazó Luis la vida religiosa y del aprecio que le merecían todas sus cosas: pues á quien mucho ama, todo le parece grande en el amado. Veamos como se expresa en carta del 18 de Mayo de 1897.

„No puede V. imaginarse, dice, la rapidez con que acá se nos va el tiempo, haciéndose á veces muy difícil el dejar el necesario para escribir. Y no es esto porque nos encontremos en grandes trabajos. V. sabe que el principal cuidado de los novicios es encomendarse á Dios; pero tenemos poco tiempo libre, y aquí, nunca falta cosa de interés que lo reclame.

Nuestra felicísima vida continúa en esta santa casa llena de contento y de motivos innumerables de agradecimiento á Dios por el beneficio de vivir en ella. En realidad, en el mundo no podemos formarnos idea de la tranquilidad y alegría que experimenta el religioso escondido en el paraíso de su celda, que dicho sea de paso, es para nosotros un aposentito con cortinas blancas que nos dividen unos de otros en una sala grande, y en el cual tenemos la cama, una mesita de escribir, un aparato de lavatorio y una silla. Pero, así y todo, nos sentimos holgados en él y no lo cambiaríamos por la Quinta de Caracoles. De nuestras distribuciones creo haberle dicho algo en otras cartas; son ellas variadas y cortas: barremos un poco dos veces por semana; arreglamos nuestros aposentos; hacemos algunos trabajitos manuales,

como rosarios, cadenillas, etc.; paseamos tres veces por semana, cada quince días vamos uno al campo; y damos el mayor tiempo á la oración, lección espiritual, misa y devociones, como el rosario, el oficio de la Santísima Virgen y visitas al Santísimo Sacramento. Hacemos de oración una hora por la mañana, seguido de otro cuarto de hora en que se examina y confirman los propósitos; un cuarto de hora de lectura meditada del Kempis, de gran provecho, (para los que lo sacan); media hora en la tarde también de meditación, y por último en la noche un cuarto de hora de preparación de puntos para la meditación, cosa muy importante. Además, hacemos dos cuartos de examen de conciencia. De lectura espiritual tenemos media hora por la mañana de vidas de santos; media hora por la tarde de Ejercicio de Perfección y otros libros de prácticas, y hay siempre lectura durante la comida y la cena en el refectorio. Esta es, pues, nuestra vida, la que, espero en Dios, no he de dejar; pues la salud de que hoy gozo es bastante buena y el contento aún mayor.

Encomiéndeme, pues, en sus oraciones y salude á todos de mi parte, mi querida mamita y disponga, etc."

Todo lo referido practicaba Luis con verdadero espíritu de humildad y devoción, por imitar á Cristo y á su Santísima Madre: y era, para él, de no pequeño consuelo contemplar los ejemplos de humildad y de todo

género de virtudes que en la casita de Nazareth nos dió la Sagrada Familia, como lo indica él mismo, escribiendo á su hermana María en la carta antes citada.

„Cada quince días, dice, vamos á la casa de campo situada como á dos leguas de aquí, y en donde hay una sencilla, pero muy hermosa capillita, en cuyo altar mayor hay un taller, también de trabajos manuales, ocupado por un lindo niño, que ayuda á un viejecito á aserrar un trozo de madera, mientras una Santísima Señora, sentada allí cerca, hila á la rueca. Este grupo de la Sagrada Familia inspira mucha devoción y por cierto que, mirándolo y meditándolo un poquito, se siente uno tan feliz de ocuparse en lo mismo en que modestamente se ocuparon el niño Jesús, la Santísima Virgen y San José. Ya comprenderás ¡qué tristes y sin objeto nos parecerán los que se llaman placeres en el mundo!”

Hemos ido zurciendo la autobiografía de Luis en el Noviciado, tanto porque nos ha llamado la atención la ingenuidad con que todo lo dice, como porque juzgamos será esto más interesante para cuantos le conocieron y el medio más seguro para no desfigurar su carácter. Y ya que hemos comenzado, sigamos copiando sus cartas que nos dan la historia hecha con sabor genuino y propio. En carta del 1.º de Julio de 1897 dirigida á su abuelita, describe sus ocupaciones durante el *mes de hospital*.

„Hoy he terminado, en compañía de otro Hermano, el mes en que, durante el Noviciado, nos destina la Compañía, nuestra Madre, á servir á los enfermos en el Hospital, al que durante el mes de Junio, destinado al Sagrado Corazón, hemos ido todos los días exceptuando algunos festivos. Difícil es ponderar que hermosa y gustosa tarea es el poder prestar á los pobrecitos enfermos algunos servicios humildes, y sobre todo, ayudar á varios á salir de sus malos pasos y errores, disponiéndolos á una buena confesión. ¡Cuánto se desarrolla el deseo de salvar para Cristo almas que le conozcan y le amen! No hay otra felicidad mayor en este mundo, si bien se mira, que trabajar sin descanso para aumentar la gloria de Dios con todas nuestras fuerzas, en cuanto la obediencia nos permita.

El año pasado no había hecho yo el mes de servicios en el Hospital; pero éste, teniendo en la actualidad tan buena mi salud, me han concedido los Superiores el hacerlo. Y en efecto, me encuentro, á Dios gracias, muy bien de salud; de donde se ve como, cuando Dios quiere el fin, quiere los medios. Y así á Él se den debidas gracias por ello”.

En el Hospital se ejerció el Hermano en todo género de buenas obras de caridad y de celo. Tuvo sus pequeños lances, ejerció bien su paciencia, su humildad y sus continuos deseos de mortificarse en algo, y tanto más, cuanto más delicado era de estómago y más acostumbrado estaba al regalo y á la opulen-

cia del mundo; mas por amor á Cristo crucificado que murió por todos, y por aquel intenso amor al pobre, de que antes hemos hablado, y ayudado de la gracia, que nunca falta á los que le son fieles, no sólo pasó Luis por todo, sino que todo lo sobrellevó con suavidad y alegría. Oigamos á su compañero de tareas, el P. Luis Rayneld:

«Fuimos designados para ir juntos á servir á los enfermos del Hospital. Vestido el Hermano Goycoolea con el delantal, que era bastante ridículo, se volvía á uno y otro lado para que viese yo su triste figura, y me decía:

«¡Oh, es elegantísimo! ¡Este vestido me sienta á maravilla, nunca me he visto tan adornado!» Otras veces me decía: vamos á vestirnos nuestro traje de gala. Con estas disposiciones, tomó su escoba el primer día y barrió una sala. Después comenzó á tratar y consolar á los enfermos, los cuales, aunque al principio rehusaban su conversación, á los pocos días le querían todos á su lado para hablarle».

«Un librepensador que visitaba á un su amigo enfermo, hablaba con arrogante desparpajo, como hombre muy leído en novelas y periódicos. El pensamiento de aquel filósofo flamante se tomaba la libertad de negar por lo menos la espiritualidad é inmortalidad del alma; y por consiguiente, encontraba ridículas y añejas las razones y esperanzas con que el H. Goycoolea consolaba á los enfermos y los animaba á soportar con

paciente resignación sus dolores y trabajos. Media docena de preguntas bien calculadas del H. Goycoolea, obligaron á su adversario á confesar paladinamente su ignorancia y á no molestarle más con los desahogos de su pensamiento libre».

Las constituciones de la Compañía de Jesús, código prodigioso, suficiente él solo, si hemos de creer al doctísimo Laínez, para gobernar el universo mundo, nacieron como de semilla del santo libro de los Ejercicios. Y en estos Ejercicios imprime la Compañía á los que han de ser hijos suyos el espíritu que le es propio.

Entró en ellos nuestro hermano Luís, dispuesto á entregarse á Dios sin discreción, sin señalar fronteras á la voluntad divina y resuelto á practicar fiel y minuciosamente todas las prescripciones de nuestro santo Padre, encaminadas á conseguir el fin total de los ejercicios y el inmediato de cada una de sus partes. Abramós las anotaciones espirituales que entonces escribió. Son dos pequeños cuadernos, de muy pobre papel, que suman juntos 53 páginas, las cuales no dejan un solo día, ni una sola meditación sin la apuntación correspondiente.

»Día 1.º, (26 Junio). Med. 3.ª — Propósitos: 1.º Insistir durante los ejercicios en la más absoluta modestia de la vista. 2.º Atajar todo pensamiento que no guíe al objeto de los ejercicios. Me he de convencer que de estos ejercicios, si los hago bien, sacaré aquel ideal

de santidad á que aspiro: *Vivir en Cristo*.

Día 2.º, (27 Junio). Med. 1.ª—Propósitos: 3.º Pedir mucho á Nuestro Señor, á la Santísima Virgen, patrona de este dia, á San José, y á N. S. P. Ignacio, luz para conocer todo lo que Dios quiere de mí, y gracia de ponerlo por obra. Es necesario aspirar á una alta santidad y pedirla humildemente á Dios Nuestro Señor.

Med. 2.ª.—Pediré á Dios con instancia no deje cosa que le desagrade en mí, que no trate de arrancar en los santos ejercicios.

Med. 4.ª—Propósitos: 1.º Prometo á Dios Nuestro Señor, de hoy en adelante no usar ni amar las criaturas sino en tanto en cuanto me lleven á Él, y dejar las que me aparten. 2.º Estar indiferente á todo: lo que me venga de su mano y me mande la obediencia, eso querré. 3.º Seguir, aunque me cueste sangre, la muerte misma, el camino más perfecto para llegar á Él (Dios): amaré, pues, *única y exclusivamente* con toda mi alma la cruz de Cristo, de la que prometo hacer mi morada sobre la tierra.

Lucharé animoso toda mi vida con mis pasiones é inclinaciones, pensando que luchando he de vivir y morir.

Procuraré llegar á la constante abnegación de la voluntad, no solo en la indiferencia á toda criatura, sino en la perfecta y continua mortificación interna y externa, sin otro límite que la voluntad de Dios y los superiores.

Tendré especial cuidado de alcanzar la

mayor perfección en la obediencia y en el olvido y desprecio de mí mismo.

Insistiré, durante los ejercicios, en ponerme á cada obra en la presencia de Dios, y en guardar completa modestia de los ojos.

Guardaré las adiciones. (Advertencias ó reglas para mejor hacer las meditaciones, etcétera...)

Guardaré toda mi vida la más pequeña regla, estudiando como á modelo á San Juan Berchmans».

¿A dónde llegaría en un mes de viaje quien tanto camino había recorrido en las dos primeras jornadas?

Echó Luis, durante el mes de ejercicios, sólidos cimientos de la perfección religiosa, tal como se profesa en la Compañía de Jesús.

Llanto por las infidelidades de la vida pasada, amor intenso á Cristo, ansias de padecer y de ser humillado por él, obediencia, pobreza, castidad, observancia regular, pureza de conciencia, fervorosa devoción á la soberana Madre de Dios; he aquí algunas de las principales virtudes que dejó el Hermano Goycoolea en los ejercicios bien plantadas y regadas y creciendo ya con vigorosa lozanía.

No transcribiremos íntegro el diario de sus anotaciones; porque las repeticiones frecuentes y el no estar las flores agrupadas en ramilletes, sino mezcladas unas con otras y cada una en el mismo punto en que nació, entorpecería un tanto la lectura. Escribía

nuestro Luis muy lejos de imaginar que hubiesen de pasar jamás por aquellos papeles otros ojos que los suyos.

Así que reuniremos únicamente algunos de los sentimientos y propósitos correspondientes á cada una de las virtudes indicadas.

*Dolor de los pecados:* „Pediré á Dios verdadera contricción de mis pecados. (Diario de los Ejerc., pág. 11).—Fervores sensibles míos valen bien poca cosa; pues no teniendo verdadero dolor de mis pecados, no tengo verdadero amor de Dios. Amaré á Jesucristo con todas las fuerzas de mi alma: pediré con grandes instancias á Dios profunda contricción. (Pág. 12).—Soy el más vil de los hombres por mis vilísimos pecados. Ya que la misericordia de Dios me ha sacado de ellos, debo tener en la tierra el más ínfimo lugar, buscar los desprecios, huir toda estimación, hacer penitencia, considerarme indigno del aire que respiro, y por tanto, llevar una vida de esclavo, de esclavo del Sagrado Corazón de Jesús, á quien debo desagraviar y tratar de volverle la gloria que le he quitado. (Pág. 14).—¡Dios mío! ¡ten piedad de mí! ¡líbrame de continuar en tibieza y dame un profundo dolor de mis pecados! (Pág. 16).—Debo hacer penitencia por mis pecados. (Pág. 18)“.

*Amor á Cristo:* „Comenzaré hoy una novena á la Santísima Virgen, pidiéndole me aumente mi amor á ella, me dé conocimiento interior de Cristo, y me dé gracia para entre-

garme por completo á seguirle en el camino de la cruz hasta mi último suspiro. (Pág. 24).

—Hago total ofrecimiento de alma y cuerpo, afectos, deseos y obras á mi Dios y Señor para su mayor gloria y salud de las almas. Quiero ofrecerme á vivir clavado en la cruz con Cristo, del todo, sin restricción alguna y para siempre. Me ofreceré también con la Santísima Virgen mi Madre, y con el Sr. San José, quienes habrán de conseguirme de Cristo, después de vivir mártir, morir mártir. (Pág. 33).

—Quiero cualquier Cruz, de cualquier modo, sin preferencia, como Cristo. (Pág. 37).—¡Dame, Señor, ansias vivas de padecer por tí! ¡Señor, enciéndeme en deseos de padecer, de vivir y morir crucificado! (Pág. 44).

—¡Dios mío! ¡aumenta en mí las ansias de padecer por tí! ¡Amo á Cristo! ¡quiero padecer con Cristo! ¡Amor mío, haz que sea mi vida el sufrimiento! En la visita que haré todas las tardes al Santísimo Sacramento emplearé un rato en llorar á sus pies mis infidelidades, en pedirle perdón de los pecados de la vida pasada, y en suplicarle aumente mi amor á Jesús crucificado, y los deseos de padecer con Él se conviertan en ansias. Estudiaré en estas visitas qué penitencias, humillaciones y mortificaciones me pide Cristo. Pediré al P. Maestro algún libro para llenarme de deseos de padecer con Cristo crucificado y darme del todo á Él y á su cruz. Con el favor de Dios he de seguir á Cristo por el camino real de la santa cruz hasta la

muerte en el Calvario. Mi cruz ha de ser la perfecta obediencia y el continuo vencimiento. ¡Señor, nada puedo por mí, dame las fuerzas! ¡Madre mía, consígueme la perseverancia en los propósitos! Con el favor de mi bendita Madre, trataré de no separar hoy en todo el día mi pensamiento de Cristo crucificado, ahondando, aclarando y confirmando los más valientes y generosos propósitos de vivir y morir clavado en la cruz con Él. (Págs. 46-47)».

*Ansia de ser humillado:* «Debe ser mi ideal pasar inadvertido entre mis hermanos. (Pág. 10). — Trataré de excitar en mí siempre sentimientos de horror á ser alabado y huiré á toda costa el hacer cosa alguna por la estimación de otros. (Pág. 17). — Con el favor de Dios haré todos los días un acto de humillación, si es posible heróico. (Pág. 25). — Tal vez el propósito más importante que con el favor de Dios he hecho, es el de hacer un acto de *humillación, si es posible heróico*, todos los días. Debo tenerlo muy presente y examinarme todas las noches, si lo he llevado á cabo. (Pág. 26). — Debo convencerme que tanto avanzaré, cuanto más frecuentemente y más heróicamente me venza á mí mismo: 1.º En toda comodidad... 2.º En todo lo que tenga relación con la estimación propia y deseo de la de los otros, habiendo de desear ardientemente en esto el que sean mis faltas conocidas, el ser despreciado y si fuere posible pisoteado de todos; y aún entonces no

estarán suficientemente saciadas las ansias del propio abatimiento, que comprendo claramente que Cristo me exige tener. ¡Jesús, bendice tú el propósito firme y para siempre que te hago de buscar en todo mi propio abatimiento! ¡María, madre mía, obténmelo, arráncamelo al divino Corazón de tu Hijo; padre mío San José, consígueme la constancia en mi propósito! (Págs. 30-31).—No olvidaré además el practicar por amor suyo (de Jesús) el acto de humillación que le he ofrecido hacer *todos los días de mi vida*. ¡Jesús mío! haz eficaces estos propósitos. (Pág. 33). —Confirmarme en pedir á Cristo todos los días en la santa misa ardientes deseos de humillarme, vivir escondido y despreciado y padecer por Él. No debo olvidar hacer diariamente un acto de humillación... No dejar nunca de hacer el acto de humillación diario. (Pág. 43)».

*Obediencia:* «He de procurar vencerme principalmente en lo que se refiere á la obediencia, tratando de no poner límites á su perfección. (Pág. 2). —...Pensaré, cada vez que me sorprenda deseando ó rechazando algo, en las comparaciones del cadáver y del bastón de hombre viejo, en que debo convertirme... (Pág. 9). —Pensar al oír la campana: «Dios me llama»; y contestaré: «Voy, Señor». (Pág. 35). 1.º Trataré de obedecer, al punto de darme orden, diciendo: «Voy Señor». 2.º Trataré de amar lo mandado, sabiendo que es Dios quien lo manda. 3.º

Jamás con el favor de Dios haré reparo interior á lo mandado, ni criticaré, ni opinaré no ser lo mejor lo mandado.—Med. 2.<sup>a</sup>: 1.º Trataré de averiguar el deseo y opinión del superior en lo que yo he de hacer, querer ó pensar, para no tener otros. 2.º Trataré de no pensar, al obedecer, sino que aquello es lo de mayor gloria de Dios y más perfecto para mí, y obraré así activamente por amor. No dudaré que aquello es la voluntad de Dios. 3.º Meditaré todos los meses las reglas de la obediencia, en las que hay un tesoro inagotable de perfección. (Pág. 36).—Darme sin reserva á la obediencia y averiguar el pensamiento ó deseo de los superiores. (Pág. 37).—Al ir á algún superior... averiguar como piensa en algún punto, para acostumbrarme á no tener otro criterio que el de mis superiores. La obediencia ha de ser mi vida. (Pág. 40)».

*Pobreza:* «No tendré nunca nada superfluo, daré hasta la más pequeña estampa y me gozaré en tener aquello en que más resplandece la santa pobreza. (Pág. 25).—Amaré la santa pobreza con todo mi corazón; no tendré ni un alfiler que no sea de necesidad. (Pág. 29).—Prometo á mi dulce Jesús... y por amor á la pobreza que Él practicó, no tener en mi vida de religioso ni un alfiler sin necesidad, y tener el corazón del todo desprendido con su ayuda. 2.º En ropa, comida, buscar siempre lo menos y peor. 3.º No conservar estampas, medallas, ni otros objetos devotos. (Pág. 41)».

*Castidad:* „Leeré todos los meses en los primeros días las reglas de la modestia. 1.º Cerraré los ojos al quitar y poner las medias, procurando no ver nunca de mi cuerpo ni la punta de los pies. 2.º Evitaré el roce con otros, guardando en filas conveniente distancia. 3.º No llevaré las manos al rostro sin necesidad, ni sobre el cuerpo, ni aún para frotarme. (Pág. 10).—Hago pacto con mis ojos de no mirar sin necesidad. (Pág. 35)„.

Ni en el diario de los Ejercicios, ni en los demás apuntes espirituales de la vida religiosa de nuestro H. Luis, aparece otro propósito relativo á esta materia. Si en otras ocasiones se habla de modestia, es con relación á la observancia de nuestras santas reglas sobre el porte y compostura exterior, dignos del hombre religioso, cuya presencia ha de ser á todos materia de edificación.

*Observancia regular:* „Es necesario que en la 2.ª y 4.ª semanas haga un estudio de las Reglas y las Prácticas, y de la manera como hacía San Juan Berchmans, y me forme así un plan para todas mis distribuciones, devociones y modos de practicar las virtudes y de aprovechar el más breve tiempo. (Pág. 6). —Dedicar durante todo el noviciado el tiempo libre de tres y media, bajo la protección de la Santísima Virgen, al estudio práctico de las reglas, avisos, prácticas y medios de que usaba San Juan Berchmans, para trazarme el camino de la mayor perfección de un novicio de la Compañía. (Pág. 9).—Haré

siempre lo más conforme á la obediencia y reglas, aún en lo más pequeño y á costa de cualquier sacrificio. ¡Dios bendiga este propósito para que así logre llevarlo á cabo! (Pág. 13).—...El estudiar diariamente las Reglas y Prácticas y á San Juan Berchmans, las visitas al Santísimo Sacramento, la diligencia en el cumplimiento de la más pequeña regla y la devoción á la Santísima Virgen... espero en Dios que han de ser el camino de mi santificación en la Compañía... (Pág. 27). —Confirmarme en la necesidad de no faltar nunca á los propósitos, especialmente á los que se refieren á la exactísima observancia de las reglas. (Pág. 46)».

*Pureza de conciencia:* «El principal cuidado de mi vida debe ser evitar toda culpa venial deliberada. (Pág. 14).—...Evitar toda falta leve y aún imperfección deliberada. (Pág. 15). —Poner especial cuidado en dar gusto á Jesús en todas esas pequeñas exigencias contra el amor propio y de perfección que me hace. Hoy tendré especial cuidado en ofrecérseles en señal de vallasaje y amor al Rey de mi corazón. (Pág. 35)».

*Devoción á la Santísima Virgen:* «Los sábados haré á la Santísima Virgen, mi bendita madre, una visita especial para pedirle aumente hacia ella mi devoción y mi filial amor y para darle cuenta de mi conducta durante la semana, pidiendo perdón de las faltas y gracia para enmendarlas. Pediré también mi perseverancia en la Compañía.

(Pág. 28).—¡María, sé desde hoy y para siempre mi tierna madre y todo mi amor!  
(Pág. 29).—Amar á mi bendita Madre María, sobre todas las cosas después de Dios; encenderme, abrasarme en amor á ella. (Página 45).—¡Amo, bendigo y deseo ser eternamente esclavo de mi bendita Madre María!... Rezar con pausa y pidiendo su bendición á cada salmo ó misterio el oficio y el rosario. Meditar mientras me lo permita la obediencia, toda mi vida, los sábados sobre la Santísima Virgen y hacer habitualmente alguna lectura para honrar á mi Madre Santísima. Hacer los sábados algún oficio humilde ó penitencia en su honor. Poner bajo su protección poderosa cuanto soy, tengo y poseo, dedicándola todos los actos de mi vida hasta el menor respiro, poniéndolos todos bajo su manto y en especial la oración mental y vocal, la modestia que guardaré por reverencia á Ella, la perseverancia en la Compañía y santa muerte en ella, el exacto cumplimiento de las Reglas, y la buena preparación y fruto de las comuniones, y el alcanzar á hacer en todo lo más perfecto; lo que sea *ad majorem Dei gloriam* en absoluto. ¡Benedicid estos propósitos, Madre, Reina y Señora mía muy amada!» (Pág. 53, última del diario de los ejercicios).

Sobre etapa tan importante en la vida de Luis, como en la vida de todo jesuita, no podía faltar una carta autobiográfica con la minuciosidad de costumbre y dando mues-

tras cada vez mayores de su amor á la vocación. Su corazón efusivo y tierno necesitaba fijarse en algo, y al entrar en la Compañía no cambió de tendencias, sino solamente de objeto, y como quien mucho ama tiene el corazón llagado y respira siempre por la herida, de ahí que Luis no pueda hablar de sus cosas sin mentar su vocación. Dice, pues, á D.<sup>a</sup> Andrea en carta del 5 de Agosto del 98:

„Mi querida mamita: Deseosa estará, sin duda, por tener noticias de este su *fraile* (aunque no lo son los jesuitas) y supongo que en todo el tiempo en que no le he escrito por estar en ejercicios, había V. apurado por mí á Nuestro Señor, que, como es tan bueno, no desoye ni aún á las abuelitas que á todas horas están pidiendo por sus nietos. Espero el resultado de tan santas oraciones, y si todavía no es fácil verlo, no es, indudablemente, por culpa suya. Sigo, pues, esperando, aunque se ha pasado ya el mes de Ejercicios, en que tenía puestas mis esperanzas. No puede V. imaginarse la felicísima vida que hemos llevado durante este dichoso mes, sin más negocio ni ocupación que pasarnos los días enteros á solas con Dios, tratando de conocer su inmensa bondad para amarle, ya que no como Él se lo merece á lo menos con todas las fuerzas de nuestro corazón. Teníamos cuatro meditaciones al día, una plática, lectura espiritual, etc., numerosos medios para estar en constante

oración. ¡Cuánto siento no haberlos sabido aprovechar como debiera! Hemos, pues, tratado durante este tiempo, de saldar con Nuestro Señor las cuentas del pasado y preparar la tierra para sembrar nuevamente, esta vez buena semilla que ha de prosperar con el favor de Dios y la ayuda de sus comuniones y oraciones. Uno de los escasos frutos que noto en mí y de que doy gracias á Dios con toda el alma, es la seguridad de mi vocación y el conocer mejor la dicha inmensa de la vida religiosa en la Compañía de Jesús, ya para siempre, mi madre: como espero de la Santísima Virgen. No tengo duda alguna de la felicidad del religioso, á más del premio gordo en el cielo, es encontrar el paraíso en la tierra. Verdaderamente frailes y monjas nos hemos sacado la lotería!...

...Aquí no se conocen las penas; se lleva todo con tanto gusto y alegría y se pasan los días tan sin sentir, que no tiene uno otro peso en el corazón, que el ver que no corresponde como debe á tan grande beneficio de Dios».

Templado así su espíritu y plenamente satisfecho con el logro de sus deseos, sintióse el H. Goycoolea arraigado en su vocación, maduro para la profesión religiosa y con plan de vida bien definido y marcado para lo porvenir. Miróse ya como hijo de la Compañía y miró á ésta como á su madre y determinó, de una vez para siempre, serle fiel hasta la muerte, como lo muestra en la

respuesta que dió á su padre cuando éste como caballero prudente y cristiano y amante del bien de su hijo, le preguntó, no por tentarle, sino por saber de cierto si tenía vocación acerca de sus planes por lo que hacía al estado de su vida.

»En cuanto á la resolución, dice en carta de Noviembre 30, 1898, que tengo tomada y que también V. desea que sinceramente se la manifieste ¡qué puedo decirle, mi querido papá, sobre el verdadero y profundo deseo, que con toda reflexión en el Señor siento mayor cada día, de unirme para siempre con los votos religiosos á la Compañía, á quien ya miro como á mi verdadera y dulce madre, y al unirme con ella, mirarme para siempre con mi Señor Jesucristo, á quien tengo consagrado mi corazón y de quien experimento tan grande misericordia!

El ser hijo de la Compañía de Jesús es siempre pues mi esperanza, mi deseo, y contando con la divina gracia, mi única resolución. Espero que mis padres, que tanto me aman, bendecirán de nuevo esta determinación, que ha de ser para mí eterna salvación y mayor gloria de Dios».

Sus padres se la bendijeron y en verdad que dos años de vida tan edificante y santa en el noviciado bien merecían la corona de los santos votos, por los cuales tanto suspiraba el H. Goycoolea. Amaba una vocación, comprada con tantos y tan costosos sacrificios, y no le quedaba otra ilusión en esta

vida que vivir y morir crucificado con Cristo en la Compañía de Jesús; y este su amor era su verdugo, porque el temor de ser despedido de la Compañía por causa de sus achaques, era una espina agudísima que día y noche le martirizaba el alma. Como sinceramente humilde, no se daba cuenta de que sus excelentes dotes naturales, y sobre todo sus virtudes de todos admiradas y elogiadas suplían con gran ventaja el defecto de las fuerzas corporales. Hubieron de llegar los temores de Luis hasta Santiago de Chile al P. Estanislao Soler, cuyas son estas palabras: »No creas que es condición indispensable tener entera salud los dos años de Noviciado; no lo será para los que Dios quiera, y á su voluntad te has de sujetar con buen ánimo y alegría. No te digo más, sino que *Dios hizo lo que hizo*, y tú con El lo demás. Pues deja á un lado las aprensiones, que te servirá así para el alma, como para el cuerpo. *El te bendiga y conserve* cada día más fervoroso, cada día más crucificado...»

Emitidos sus votos quedóle una duda, que le llevó martirizado por algunos días; la cual si no le quitaba la dicha de verse ya *jesuita* en lo tocante al fuero externo, le punzaba, como una espina, allá en lo interior de su alma. Acudió, como de costumbre, al P. Maestro, quien dijo resueltamente que no había porqué dudar, pues todo estaba bien hecho. Parecióle que le decían esto sólo por consolarle. Mas al cabo de algunos días se

convenció de que no había habido ni la menor irregularidad en la emisión de sus votos y empezó para él aquella *vida de cielo* de que nos habla el P. Fernando Vives.

Consistía su duda en que *se había distraído* al pronunciar la fórmula de los votos: mas, por otra parte, estaba *cierto* que la noche antes y que aquella misma mañana, antes de acercarse al altar, había hecho *intención refleja, explícita, sincera* de pronunciarla con ánimo decidido é inquebrantable de emitir los tres votos de pobreza, castidad y obediencia, entendiendo todas las cosas, como las entiende la Compañía, y abrazándose á ella perpetuamente con el firme propósito de cumplir todas sus constituciones y reglas. Por lo demás bien le constaba que no había pensado en otra cosa durante los años de Noviciado. Por tanto, lo que sentía no era propiamente duda, sino cierta meticulosidad de ánimo escrupoloso; cierto afán de llegar en todo al último ápice de la perfección; cierto temor de no haberse unido con Jesús, como él hubiese deseado, por el vínculo de los votos. Así decía, como se lo oímos referir á él mismo: "En qué ha venido á parar, Señor, tanto sacrificio si ahora no son válidos mis votos?"

Luis, no obstante estaba muy satisfecho de su profesión religiosa, como bien lo manifiesta en carta á D.<sup>a</sup> Andrea, del 22 de Mayo, 1899, tres días después de su incorporación en la Compañía. Dice así:

„Grande ha de ser, sin duda, su alegría, ya que tanto desea mi bien, al darle noticia por medio de esta carta, de que el día de nuestro amadísimo protector el glorioso San José, hice en la capilla de nuestra casa los santos votos, por los cuales la misericordia del Señor me ha unido para siempre á su servicio en la Compañía de Jesús, mi santa madre. Ya me tiene pues V. de *jesuita*, como nos llaman. Y para más regocijo suyo, dos días después, es decir, ayer 21, también hizo los votos su amigo y mi hermano Vives...

¿Qué puedo decirle del inapreciable beneficio que es el vivir y morir en la Compañía? Quién, como yo, durante dos años ha experimentado la gran caridad de los superiores y unión de todos, y ha sentido aquella paz del alma, que sólo en la religión se encuentra, y sobre todo, la felicidad de estar siempre ocupado en buscar la mayor gloria de Dios ¿cómo no ha de tener por la mayor dicha el vivir y morir *jesuita*?

Ser de la Compañía de Jesús es ser compañero de Jesús, y si en la vida, y por tanto en los trabajos, lo tenemos por compañero ¿con qué confianza no nos presentaremos ante Él el día de la muerte, cuando nos haya de juzgar el mismo amigo en cuya casa vivimos, y con quien compartimos las tareas del trabajo?

Encomiéndenos pues mucho á nuestro buen Jesús para que le sirvamos y amemos debidamente; que nosotros tampoco le olvi-

daremos á V. con Él, y si le sobrevivimos, pediremos también, aunque más podrá V. ayudarnos desde el cielo».

Recordaremos para terminar, las palabras con que años adelante hizo mención de sus votos el H. Goycoolea en un sermón sobre la grandeza de Cristo en la pasión:

„... Antes de descender del sagrado monte del sacrificio, me vuelvo á contemplarte por ver postrera, oh amado Redentor mío, y en medio de las tinieblas que rodean ese sagrado cadáver pendiente del madero ensangrentado, yo que predico á mis hermanos, lloro también mis miserias é ingratitude; también ¡ay de mí! pongo en olvido tus divinas lecciones! Mas ah! un dulce pensamiento viene á consolarme en mi amargura. Veo por tu misericordia infinita reflejada en este corazón mezquino una imagen de tu cruz: clavado estoy también en cruz contigo, clayado con los tres dulces clavos de mi santa religión! ¡Ellos son mi gloria y mi esperanza, ellos me sean prenda de eterna salvación! Así sea».

## CAPÍTULO VI

Viaje á Europa.—Caridad y obras de celo durante la navegación.—Estudios en Veruela y Tortosa.

**E**L día 15 de Abril de 1899, zarpaba en Buenos Aires el *Robotino de la Compagnia Generale di Navegazione*, á bordo del cual iban seis jesuitas: tres españoles, dos chilenos y un alemán. El superior de la expedición era el P. Bahí, que venía de ejercer el magisterio en Santiago de Chile. Embarcóse Luis algo preocupado por ciertos presentimientos de que moriría durante el viaje; mas habiéndolos comunicado á uno de sus hermanos, y respondiéndole éste que eran aprensiones vanas de la imaginación, dejóse persuadir con humildad y docilidad, y no volvió á acordarse de ellos. Dios se lo pagó de contado. Porque aparte de alguna ligera indisposición, aneja á sus habituales achaques, no sintió molestia notable en todo el viaje.

Aprovechó la salud que el Señor le concedía para servir á sus hermanos, ejerciendo con indecible contento *el cargo de enfermero*. Bien experimentaron su caridad solícita y maternal el P. Bahí y el P. Teodoro Ebel en sus casi continuos mareos é indisposiciones. »Y yo también lo experimenté, escribe el P. Moisés Ortiz, en un conato de envenenamiento, al que hube de pagar regular tributo; porque después de haber logrado arrojar á media noche la causa de nuestro daño (sopas de fideos, cocidas en ollas de cobre sucias) me había echado en cama exhausto, pero sin decir nada, aguardando que amaneciese, cuando he aquí que nuestro H. Luis, á las cuatro más ó menos de la madrugada, se entra por mi camarote, á ver si á mí también me había sucedido lo mismo, que á los PP. Bahí, Teixidor, Ebel y Martínez, á quienes ya había prestado sus caritativos servicios. A esas horas fué corriendo por el médico, y durante todo aquel día se desvivió por atendernos á todos».

Excepto el H. Luis, todos cayeron enfermos aquella noche.

»Durante el viaje, dice el P. Teixidor, se dió á conocer el H. Goycoolea por la caridad en asistir á los demás, particularmente cuando estábamos mareados; y también por la solicitud con que miraba, y me encargó á mí que mirase por el P. Teodoro Ebel, que era el más joven de todos, y por otro hermano, á quien Dios probaba con cierta

tribulación. Conocí su mucha pureza de conciencia por una pregunta que me hizo sobre el modo de guardar la modestia de la vista en el buque y particularmente en la mesa».

Otro de sus compañeros se fijó también en la modestia del H. Goycoolea, y afirma de ella «que era siempre encantadora por lo *constante y natural*».

Es un barco una pequeña ciudad flotante, donde no faltan, como en todo agrupamiento numeroso de hombres, desgraciados de alma y cuerpo. ¡Cuántas miserias materiales y morales suelen acumularse en la tercera clase de un trasatlántico! Al H. Goycoolea, cuya caridad no hallaba suficiente pábulo en los servicios prestados á sus Hermanos, se le iba el corazón á la tercera clase y no se dió punto de reposo hasta verse allí rodeado de menesterosos. Oigamos el relato de labios del P. Ortiz: «Desde que nos embarcamos, empezó á trabajar para ir á catequizar á los pobres de tercera clase. No poco le costó conseguirlo; pero él mismo lo negoció con el Capitán, y obtuvo el permiso de nuestro Superior el P. Bahí con tal que otro de los Hermanos le acompañase de buena voluntad. Iban, pues, los dos Hermanos cada día media hora. Al principio se encontraron con gente de la más perdida. No faltaba quien odiase á los sacerdotes por haber visto en otro tiempo malos ejemplos de parte de ellos. En su primera visita hallaron á los hombres repartidos en grupos de veinte ó treinta,

jugando á la lotería ó á los naipes. Nadie se levantó á su llegada y todos continuaron impertérritos en sus juegos. El H. Goycoolea, tomando á parte á uno y luego á otro, comenzó á entablar conversación con aquellos desgraciados; y ellos á descubrirles sus llagas, haciendo confianza del que les mostraba entrañas de verdadera caridad. Repartidos algunos donecillos, volviéronse los dos Hermanos, no sin que al entrar en una de las galerías de junto á la máquina, les zumbase por los oídos algún trozo de pan duro, ó cosa semejante. Repitiéronse las visitas, y era de ver cómo cada día disminuían los grupos de jugadores, y aumentaban los formados sobre cubierta en torno del H. Goycoolea y su compañero. Estos hacían un sermoncito doctrinal, enseñando y declarando algún tanto las verdades de nuestra santa fe. Luego que el terreno estuvo algo mejor preparado, se arrojó la semilla de que sería bueno que se confesasen, antes que nosotros desembarcásemos en Barcelona. Y la semilla germinó en muchos corazones, más desgraciados que formalmente malos; en otros encontró la tierra petrificada por los hielos del invierno. Aún á estos últimos se procuró conquistar y algunos se rindieron, de manera que eran muchos los dispuestos á confesarse. Como no llevábamos con nosotros sacerdote alguno, acudió el H. Goycoolea á un religioso franciscano y á dos sacerdotes seculares, que con nosotros viajaban. Gran-

de hubo de ser el sentimiento que experimentó, al oír que no podían complacerle, porque *dudaban* si las licencias de confesar les valían también para alta mar. Sin embargo, no se le conoció el disgusto. Y hubo de contentarse con hacer prometer á sus oyentes, que se confesarían cuando bajasen á tierra.

Además de aprovechar á los pobres con su amable y fructífera conversación, sigue hablando el P. Ortiz; enseñaba el H. Goycoolea todas las tardes por espacio de una hora la doctrina cristiana á los niños, que con este objeto se reunían sobre cubierta. Y no hay que decir que la sección de los mayores, que era la del Hermano, se distinguía entre las demás por la atención de los niños y su buen comportamiento, gracias á la amenidad que sabía él comunicar á esa enseñanza, de suyo árida y pesada, sobre todo, para niños vivos y regalones».

Mientras el H. Goycoolea se ocupaba en tan edificantes obras, el *Robattino* daba cuenta diariamente de un regular número de millas, de suerte que pudo echar anclas en Barcelona el día 7 de Mayo.

Nuestro Luis acababa de pasar 22 días felices. ¡Cuán otros se los imaginaba, al embarcarse! Las obras de Dios se nos presentan ásperas y dificultosas al emprenderlas, y después encontramos en ellas la verdadera satisfacción del alma.

Un mes después escribía el mismo Her-  
mano:

¡Quién se acuerda ya del mal  
Con que las hondas saladas,  
En baladfés jugadas  
Indignas de mar tan grave,  
Haciendo bailar la nave,  
Nos dieron sus emboscadas!

El domingo antes de la Ascensión, á la una de la tarde, entraron nuestros expedicionarios en el puerto de la ciudad Condal. Erà la hora que tenían ellos destinada para el examen de conciencia de la mañana precedente, y el H. Goycoolea estaba haciéndolo sobre cubierta con sumo recogimiento, sin que fueran parte para distraerle la multitud de vapores anclados en el puerto, y la vista de una ciudad célebre y para él desconocida.

Los seis recién llegados subieron á pasar el lunes al Colegio de S. Ignacio en Sarriá, donde fueron atendidos y cariñosamente obsequiados por el R. P. Antonio Iñesta, provincial ahora de Aragón, y entonces rector de aquel Colegio, y por los demás Padres y Hermanos que moraban en el mismo.

No manifestó el H. Goycoolea deseo alguno de conocer la ciudad, y una sola vez que pudo salir, pidió que se le llevase á Ntra. Sra. de la Merced y á la Catedral, únicos sitios que visitó de la capital del Principado Catalán.

El martes, 9 de Mayo, á las 5 de la mañana, estaban nuestros americanos en la

estación del Norte, tomando billete para Manresa. Detuviéronse allí algunas horas, para visitar el Rapto y la Santa Cueva. Fueron momentos de gran devoción para el H. Goycoolea, que adoraba con suma reverencia cuantas huellas le enseñaban de nuestro santo Fundador. En S. Ignacio besó la pila en que tomaba agua bendita el Santo, el sitio del rapto, y la piedra en que solía sentarse para enseñar el catecismo á los niños.

Por la tarde se hallaban otra vez en camino para Zaragoza. «Aquí estuvimos, cuenta uno de los viajeros, todo el día jueves. El único anhelo del H. Goycoolea era visitar á la SSma. Virgen del Pilar, y á nuestros Padres de la Residencia. Cuando iba á salir se encontró con el P. Aguilar, que quiso á todo trance ser su compañero. Se gozaba el H. Luis de haber podido estar un buen rato, orando á los pies de la sagrada imagen de Ntra. Sra. del Pilar».

El viernes por la mañana, partieron para Veruela, término final de tan prolongado viaje. Aquí permaneció el H. Goycoolea por espacio de cuatro años, estudiando Letras y el primer curso de Filosofía.

En los cursos segundo y tercero de Letras fué subbedel del Juniorado, cargo que exige caridad y abnegación, por ser oficio del subbedel proveer á sus Hermanos de cuantas cosillas han menester en lo tocante al vestido y ajuar del aposento.

El Hermano desempeñó su cargo á satisfacción de todos. "Se le hacía favor, dice el P. Raggi, en pedirle alguna cosa y ofrecerle ocasión de obsequiar á sus hermanos".

Varios de sus conjuniores cuentan anécdotas y hechos particulares del subdelato del Hermano. Una nota del P. Sales que se intitula, *Caridad del H. Goycoolea*, dice: "Era muy notoria la buena estimación que mis connovicios me hicieron concebir del H. Goycoolea, que estaban ya en el Juniorado; pero ésta creció desde el primer día que subí á morar entre los juniores, y tuve la dicha de tratar con nuestro buen Hermano.

Sucedió pues, que apenas hube llegado al nuevo aposento, que me señalaron en el Juniorado, cuando aparece el H. Goycoolea, que entonces era subbedel, y comienza á examinar detenidamente los utensilios de la habitación; y como viese que el pupitre estaba algo deteriorado, lo tomó á pesar de mis protestas, y al poco rato vuelve con otro mejor, diciéndome con dulce sonrisa: "No le parece, Padre, que este pupitre es más decente?"

"Cuando éramos juniores, escribe un anónimo, tuve en cierta ocasión que estar tres ó cuatro días en la enfermería. El día que volví á mi aposento, se presentó nuestro H. Goycoolea, que era entonces subbedel, y me dijo con su acostumbrada amabilidad: "Cómo está V. hermano? Le hace á V. falta algo?" Le contesté que no. Pero no satisfecho

con esto, me miró el aposento y la cama, y reparando que tenía dos mantas en ella, de las cuales una era muy delgada, me dijo con gracia y dulzura: „Cómo no quiere enfermarse, mi hermano, si con tanto frío tiene en la cama sólo una manta y media?“ Y con esto se despidió de mí. Creí que aquello sólo había sido una bromilla; pero al cabo de cinco minutos, si es que habían pasado, veo de nuevo á nuestro Hermano, que lleno de alegría y satisfacción, me traía otra manta bien gruesa, para que con dos y media, como él me dijo, estuviese más abrigado y no volviese á caer enfermo.

De Veruela pasó á Tortosa donde vivió año y medio hasta su muerte; estudió el segundo y tercero curso de Filosofía en un año; se preparó, al mismo tiempo, en particular, para dar junto con el examen de *universa Philosophia*, un examen general de Física, y aprobado en ambas empezó el primer curso de Teología con el mismo lucimiento que todos los demás estudios.

## CAPÍTULO VII

Transformación de Luis en los estudios. — Tres épocas.  
— Laboriosidad y éxito en cada época. — Juicio de sus profesores. — Preocupaciones de Luis. — Método de estudio. — Esperanza de una Raza. — Historia de Víctima Inmaculada.

**E**N lo que yo más admiro, dice el P. F. Vives, la eficacia de la formación de la Compañía, es en la transformación del H. Goycoolea;” y en lo que nosotros más hemos admirado la transformación del H. Goycoolea, ha sido en el cambio de sus aficiones en lo tocante á los estudios. Aquí más que en ninguna parte, es donde campea el hombre abnegado é inmolado en Jesucristo. Si en todas ocasiones y en todas circunstancias podemos presentar al H. Luis como el tipo del vencimiento, de la abnegación, de la paciencia, del hombre que arrostra de frente el *vince teipsum*: en ninguna, como en los estudios.

Desde el punto de vista moral, ofrece la

cuestión tres épocas bien distintas. En la primera se da Luis á los triunfos fáciles de una literatura brillante en la forma, pero de poco lastre en el fondo. Da rienda suelta á la fantasía y á los afectos del corazón. Hace gala de una exuberante naturaleza, de una pujanza de imaginación extraordinaria, imaginación que ahoga á las veces la idea principal, y sólo deja ver entre celajes la idea del autor».

Casi no quedan vestigios de esta época, porque, como dice E. D. G. en *El Porvenir*, al hablar de su partida al Noviciado, «cuando ya no tenía más recuerdos que dejar á sus amigos, que aquellos, que, aún no han logrado borrarse de nuestro corazón, *cogió dos cuadernos de hermosísimas poesías, y antes que lo pudiéramos impedir, rasgólos y dispersó sus jirones*: era el último lazo que lo ligaba á la tierra; eran acaso las notas dulces con que arrulló la cuna de tiernos amores, que, en la puerta del claustro se esfumaron».

Igual suerte corrieron los que llevó consigo al noviciado, como lo supimos por el mismo H. Goycoolea. Con todo, puede verse en los Apéndices *Sombra y luz* y el *Angel de América* escritos en Santiago. Baste por ahora el testimonio del P. Fernando Vives. «En el siglo, dice, aunque desde muy pequeño demostró gran afición á las letras y suma facilidad en la composición, con todo, por falta de método y constancia, no tuvo una

verdadera formación literaria. Los autores clásicos antiguos le eran casi enteramente desconocidos, y de los modernos, excepto algunos de nuestros líricos del siglo de oro, y tal cual comedia de Lope, Calderón ó Tirso de Molina, sólo tenía formada opinión por los juicios literarios que de ellos había leído. Con todo le noté afición particular por el Dante y *Shakespeare*, Petrarca y Milton». No era pues, hombre de tomar una obra maestra y hacer sobre ella estudio profundo, ni dar juicio de su trabazón y de sus partes. Durante su curso de retórica atesoró buena parte del caudal de que nos habla el mismo P. Vives, cuando dice: «En la Compañía leyó mucho y bueno; á Homero y Sófocles, Cicerón y Virgilio; manejó los clásicos españoles que casi por completo desconocía; y saboreó gran número de autores griegos, latinos y españoles; por lo cual con justicia el P. Ramón Orlandis (1), refiriéndose á esta época, nos da del H. Goycoolea el siguiente juicio:

«El amor y solicitud con que, desde su niñez, abrazó el H. Goycoolea el estudio de las letras, le impulsó naturalmente á leer libros, sin dar paz á su entendimiento escudriñador y ávido de saber. De tan abundante lectura, acaudaló en su memoria tesoros de pensamientos y riquezas de lenguaje, que, de suyo le brotaban, si se ponía á escribir. Pero

(1) Carta fecha en Veruela, á 21 de Septiembre, 1905.

mezclada con el oro, hubo también de recoger alguna escoria, algún vicio literario, no de gran monta, es verdad, pero tampoco fácil de corregir; empañaba la nitidez del pensamiento cierta obscuridad nebulosa, que no nacía tanto de tener los ojos cansados del mucho lloriquear, como en muchos acontece, cuanto de falta de precisión en los conceptos y defecto de gimnasia intelectual».

Como triunfos literarios de esta época, que abarca toda su carrera desde la niñez hasta Septiembre de 1898, citaremos únicamente los que insinúa el *Correo Ibérico*. «Amante, dice, de las bellas letras, fundó una revista titulada *La Estrella de Chile*, y consiguió ocupar un puesto entre los poetas de la república chilena. Merecen especial mención dos dramas suyos, uno de los cuales *Fontainebleau*, alcanzó gran popularidad»

De éste dice el P. Vicente Monje: «Entre todos los trabajos que presentó (á la Academia del R. P. Pablo Drinot), el de más aliento fué el drama titulado *Fontainebleau*, en que con mano maestra representaba la lucha del orgullo humano personificado en Napoleón I, y la fortaleza en el bien, representada por Pío VII. Todos sus compañeros se prestaron gustosos á interpretar los diversos papeles del drama, el que resultó de gran efecto. El acto fué celebrado el 26 de Diciembre de 1893, ante numerosísima concurrencia, en el hermoso salón de actos que acababa de construirse en el Colegio. Si

grandioso fué el éxito, laboriosa fué la preparación. Luis Goycoolea, con su carácter amable y jovial, no era de los que trabajan con tesón y constancia. Componía según soplabá el Numen: y después le bastaba una interrupción, la visita de un amigo, para dejar cortado é inconcluso lo que con tantos bríos acababa de principiar. Las primeras escenas que compuso fueron al momento repartidas entre los jóvenes actores, y principiaron los ensayos; pero el tiempo pasaba y el poeta no daba señales de apresurarse. Ante las repetidas instancias de sus colegas y las inquietas advertencias del P. Director, Goycoolea prometía presentar nuevas escenas en corto plazo; pero si algún amigo le salía al encuentro, olvidaba el trabajo para trabar con él amigable conversación. Faltaban pocos días para la ejecución y la obra permanecía inconclusa con gran impaciencia de los cardenales y mariscales del imperio. Al fin el R. P. Pablo, armándose de energía, se fué á la casa de Luis, lo trajo al Colegio y allí lo obligó á encerrarse en una pieza hasta que diera remate á la obra; lo que efectivamente sucedió, dando feliz término á su empresa.

El día de la representación, desde el primer momento el público se posesionó del asunto, contribuyendo al entusiasmo la altura de la composición, la gallardía de los versos y la correcta ejecución de los actores. Al terminar, una salva de aplausos estalló

en el público, que, á gritos, pedía que el autor se presentase en las tablas. Mientras tanto una lucha se originaba entre bastidores: los soldados de Napoleón cogieron por el brazo á Luis para empujarle al proscenio, mientras él con indignación se resistía á exhibirse, aumentando así las simpatías del público, que no sabía qué aplaudir más, el talento ó la modestia del joven».

La segunda época es la más interesante de su vida literaria. Corre de Septiembre de 1899 á Septiembre de 1902. Comprende los cursos de letras, Humanidades y Retórica, que estudió en la Compañía. Aquí es donde alcanza Luis la más brillante victoria sobre sí mismo. Sujeta aquella imaginación, avezada á campar por sus respetos, á los más menudos preceptos de la Gramática y la Retórica; acomoda los vuelos de su fantasía á las reglas del arte; porque aquella alma grande y ardiente hecha á los encantos del aplauso y de la más distinguida consideración y aprecio por parte de la alta nobleza santiaguina, renuncia á todas estas grandezas mundanales, á ejemplo de San Ignacio de Loyola, retirándose á un rincón del claustro para estudiar gramática, *por amor de Jesucristo*, como lo dice él mismo, *y sólo por amor de Cristo*; porque así lo exige la mayor gloria de Dios.

Era uno de los poetas obligados en todas nuestras academias; en todos nuestros asuetos; en todas nuestras funciones de familia:

órdenes, primeras misas, últimos votos, recepción de prelados ó de personas ilustres y mil otros que ocurren en grandes comunidades de estudiantes de la Compañía. Esto nos da, cierto, una idea de sus talentos, de sus triunfos y de su caridad fraterna; pero no de su gran laboriosidad y paciencia.

Para conocerla es menester perderse en un montón de cuadernos y papeles sueltos, escritos de su puño y letra; es necesario recorrer páginas borroneadas, llenas de cruces por todas partes; descifrar estrofas repetidas cuatro ó cinco veces; hay que resignarse á escudriñar cual es la palabra válida entre tantos epítetos escritos en el renglón y encima y debajo del renglón, y á lo mejor, por debajo y encima de estas tres inscripciones; hay que desenmarañar las interminables correcciones á que le obligaban su amor á la perfección literaria y sobre todo, su amor á la obediencia: porque nos consta de cierto que una ligera indicación de su Profesor, le bastaba para emprender de nuevo un trabajo por arduo y difícil que fuera, por encariñado que estuviese él con su idea, por muy bien que le hubiese parecido lo hasta entonces ejecutado.

Así que dice muy bien el P. Orlandis: „Allí (en sus papeles) está viviendo nuestro Hermano, manifestando las cualidades que el Señor le había comunicado; la exuberancia de su fantasía, lo delicado de su corazón... En estos papeles está nuestro Hermano tam-

bién (¿porqué no decirlo, si redundaba en honra suya?), no solo en sus virtudes literarias, sino también en sus defectos; pero haciéndolas desaparecer á nuestra vista con unas cualidades más preciosas, con la docilidad de su ingenio y con el tesón infatigable de su virtud. En aquellas páginas, á veces enmarañadas, entrecruzadas en todas direcciones de enmiendas, en donde las composiciones se desarrollan desde los primeros esbozos á la perfección y complemento, vive la infatigable paciencia de nuestro Hermano, que, conocedor de lo perfecto, y de lo mucho que le faltaba para conseguirlo, luchaba á brazo partido con las resistencias del material, hasta salir con su intento».

El mismo H. Goycoolea se pintó á sí mismo de mano maestra cuando al hablar de su último sermón del Corpus, que ya no llegó á predicar, dijo:

»Yo nunca puedo poner un sermón en limpio, porque siempre escribo corrigiendo».

»Era, prosigue el R. Sallaberry, muy mirado en corregir cuanto escribía, como si temiese el anatema de Horacio: *Nescit vox missa reverti*. Su alma hecha por educación y por principio á no parar hasta ver en cuanto emprendía el tipo de la perfección y de la belleza, no podía sosegar, mientras veía en sus obras una tilde que pudiera desdecir del ideal que había concebido en su mente. Brillaban reunidas en él la elegancia en el decir, la soltura en la expresión, la

abundancia de recursos y la dignidad en presentarse; imaginación brillante, talento claro, concepción robusta, vehemencia en los afectos que podía trocarse en ternura y en dulzura inagotable».

Hemos indicado antes con el P. F. Vives, con cuánto ahinco se dió el H. Goycoolea al estudio de los grandes modelos de la clásica literatura, y de ello da fe su Profesor el P. Orlandis. «Bien sabe V. R., dice en la carta que citamos más arriba, cuan eficaz y suave remedio se halla para tal enfermedad (falta de precisión en los conceptos y defecto de gimnasia intelectual), en la asidua y detenida lectura de los autores clásicos, que pone la Compañía en manos de los que forma. Cuando nuestro H. Goycoolea, vencidas las dificultades de la lengua, pudo saborear á su placer aquellas obras inmortales, fuentes inagotables de buen gusto, y medir con su propia vista las acabadas proporciones de sus perfectos modelos, donde urge en toda su hermosura el orden más admirable de las facultades humanas: su natural buen gusto y su rectitud de criterio le hizo conocer su propia falta, y le movió eficazmente á corregirla, tomando por regla y modelo, la perfección de tales obras. De aquí su tenacidad en enmendarse y su perseverante afición á leer buenos autores».

«De todo ello, añade el mismo P. Orlandis, dan testimonio los borradores que V. R. conserva»; y lo dan tan elocuente, que, á

nuestro juicio, los borradores de sus composiciones son nada, comparados con los apuntes que iba tomando el H. á medida que iba leyendo los grandes autores que ponía en sus manos la obediencia. No se encuentran aquí, es verdad, las prolijas correcciones y las continuas repeticiones que en aquéllos observamos; mas, por ir derechamente contra la índole del H. Goycoolea, contra la presteza de su carácter vivo y pronto, y mucho más, porque no parecen indispensables ni mucho menos: son de un mérito extraordinario, dan á conocer por sí solos á donde había llegado el Hermano en su afán de vencerse y dominar su genio, son una prueba práctica é irrecusable del amor con que emprendió los estudios clásicos y de su tenacidad en proseguirlos venciendo todo género de obstáculos.

Tenemos á la vista veintinueve cuadernos; seis en castellano y veintitrés en latín, y un buen fajo de papeles sueltos, unos empezados, otros concluidos, pero todos de letra suya, repletos de datos y de observaciones atinadas, muchas quizá sólo de valor subjetivo, pero que á él le servían á las mil maravillas, como suele siempre suceder con los apuntes que cada cual se toma.

Entre sus cuadernos en castellano hay largas listas de locuciones de Cervantes, de Rivadeneyra, de Fr. Luis de León, de Fr. Luis de Granada, etc., un cuaderno intitulado *La República de Atenas*, en que resu-

me, en breve espacio, la historia de muchos personajes griegos, diseña los juegos olímpicos, da un juicio del desarrollo de la música y de las artes entre los griegos y de sus principales cultivadores.

Esta fué su labor. Contemplemos, siquiera en parte, sus resultados. Cerró el Hermano con llave de oro esta brillante época de su historia literaria. Era el 16 de Agosto de 1902. Celebrábanse en Veruela con inusitado esplendor las bodas de plata del arribo de los Jesuitas á aquel sagrado recinto, que importaba la vuelta del destierro y el primer comienzo de una nueva era para la Compañía española, después de haber apurado hasta las heces el cáliz de la tribulación y de las grandes contradicciones y cruces, que van, de suyo, anejas á la dispersión y al ostracismo. Después de las grandes fiestas religiosas que tuvieron lugar el 15, procedióse el 16 á la gran velada literaria, con que nuestros estudiantes obsequiaron al escogido auditorio presidido por el Ilustrísimo Sr. Obispo de Tarazona, Dr. D. José Salvador y Barrera, hoy Obispo de Madrid-Alcalá.

La parte que cupo al H. Goycoolea en la organización de este brillante acto, lo describe el P. Orlandis, Profesor entonces de Literatura en Veruela, director de toda esta academia. Dice así: «Entre los trabajos literarios, tanto en prosa como en verso, que del H. Goycoolea nos quedan, se encuentra, si mal no recuerdo, un fajo de papeles de

más difícil lectura que lo restante. Allí se contiene lo que trabajó nuestro Hermano para el acto literario, ó, como solemos decir, academia, con que los Hermanos retóricos de aquel curso agradecieron á la Santísima Virgen de Veruela la maternal acogida, que, por espacio de veinticinco años había dispensado á la Compañía. Aunque solo en parte es obra de nuestro Hermano, quizás en ninguna otra de las suyas, rayó tan alto su inspiración, como en los fragmentos que compuso. Era estrecha la trabazón dramática que pedía toda la obra, y él supo asimilarse hasta tal punto la idea, que, al componer las partes que se le habían encargado y corregir los trabajos de los demás, infundió un solo espíritu en todo el cuerpo de la obra. Allí se descubre su ingenio en el fácil curso del diálogo, y el poder de su imaginación, y la precisión de conceptos que había logrado de su conocimiento, al retratar los caracteres y expresar los afectos y pasiones. Allí se ve á las claras cuanto le hizo adelantar en buen gusto el juntar á la lectura de Shakespeare, la de los trágicos antiguos y la de nuestros clásicos del buen siglo».

La tercera y última época de sus estudios empezó por Octubre de 1902 y acabó con sus días por Enero de 1905. Es la más feliz de todas, porque sin sujetarse al cruel mecanismo de la dicción, dió rienda suelta á su ingenio nacido para discurrir, penetrando en los campos de la Filosofía y Teología.

Y «Como estudiante, dice el P. Tomás Sitjar su Profesor de Filosofía, mucho valía de presente y mucho prometía para lo futuro. Su laboriosidad y aplicación á los estudios eran constantes. Su talento, sin carecer de la suficiente profundidad y prontitud, se distinguía, á mi modo de ver, por el orden y claridad con que concebía: en estas cualidades difícilmente se hubiese hallado entre mis discípulos quien superase al H. Goycoolea; era, en verdad, un entendimiento claro y ordenado. A estas cualidades juntaba otras no menos apreciables, y eran la humildad con que proponía sus dudas, y la docilidad con que se dejaba dirigir. Si no veía claro, no se aquietaba, y para ver claro, consultaba con humildad, y en el consultar estaba tan sobre sí y era tan atento y delicado, que nunca dió muestras de no satisfacerle las soluciones que daba ya á sus dificultades. Lo que hacía era estudiarlas, y si aun así no veía claro, con modestia religiosa proponía los reparos que de nuevo se le ofrecían, y á veces, dándose un golpecito en la frente, me decía: *Qué quiere, Padre? Aquí no hay más.* Y estas palabras no eran en sus labios una mera fórmula, sino la expresión del convencimiento íntimo que tenía de que no era para más. Esto se vió en la extrañeza que le causó el verse señalado en el primer curso de Filosofía, para defender en una de las mensuales: no salía de su asombro, y en su humildad, dió en pensar que le habían

encargado aquel trabajo para animarle. Y cuando todos quedaron muy satisfechos del orden, la claridad y limpieza con que había defendido, él solo no acababa de convencerse de que lo había hecho bien y muy bien».

»Tenía, dice el P. Juan B. Ferreres, su Profesor de Moral, un corazón nobilísimo, un talento sumamente claro, aunque tal vez no tan pronto como otros, una aplicación constante y ordenada, palabra fácil y agradable, el decir lleno de atractivo, muy buen gusto literario...

... Era muy generoso para el trabajo. A pesar de sus enfermedades no quería ser dispensado en nada. Pocos días antes del 17 de Enero me decía: Padre, bien puede preguntarme la lección como á los demás. Yo le contesté: hace tiempo que no le pregunto, porque entiendo que V. no está bien, y no le preguntaré hasta que le vea ya bueno del todo. En efecto, hacía días que yo le miraba en clase y me parecía que el Hermano no estaba como de ordinario.

A los dos ó tres días de estar en la enfermería me decía: Padre, voy á quedarme atrasado en una materia tan interesante como la de *Justitia et Jure*. Descanse, le dije yo; cuide ahora de ponerse bueno y no piense en ninguna lección; que una vez restablecido, tiempo le sobrará para ganar lo que ahora pierde».

Hablando de sus lecturas por este tiempo dice el P. Juan Sallaberry: »No era hombre

de muchos libros, pero sí de libros bien raídos, bien consultados, bien digeridos, bien asimilados. De ordinario no solía consultar más libros que los de clase, pero los conocía al dedillo por activa y por pasiva: pues los revolvía constantemente, según el consejo del nunca bien ponderado Horacio en su *Arte Poética*, sobre los ejemplares griegos: „nocturna versate manu versate diurna”. Sin que fuera, por esto, rutinario; porque si alguna cuestión le parecía fundamental, ó que podía darle clave para la solución de otras de importancia, no se contentaba con lo que se decía en clase, sino que leía sobre ella cuanto había que leer; consultaba despacio y le consagraba si era menester, días y semanas enteras: y después de hecha esta excursión por todo el amplio campo de una cuestión ó de un tratado, recapitulaba y lo reducía á pocos puntos bien claros y definidos, que grababa bien en la mente; y sabía aplicarlo muy bien dada oportunidad.

Estas cuestiones eran muy pocas, pero bien escogidas. Las tomaba el Hermano como puntos estratégicos, en que se atrincheraba, y encerrado en ellos como en fortaleza inexpugnable, se defendía como un héroe, y como había investigado muy bien los puntos de contacto y la relación que tenían con otras cuestiones afines, y como su genio agudo y su mucho ejercicio en discurrir á fondo sobre las más abstrusas

y enmarañadas cuestiones, le daban gran facilidad para coger al vuelo las dificultades y adivinar el punto á donde iba á parar el adversario, solía de tanto en tanto dar algunas soluciones magníficas, de fino corte, bien calculadas y tan á tiempo, que era un encanto escucharle; tal era el fruto de estos estudios particulares, calmosos, profundos y concienzudos, que no dejaba nunca de la mano.

Es de notar que el Hermano llegó á persuadirse que tenía facilidad en la exposición y esto ya poco le preocupaba; pero nunca llegó á convencerse de que tuviese presteza y acierto para resolver dificultades. Temía á par de muerte, no se le ocurriera á alguno ponerle dificultades nuevas, y para él, del todo imprevistas.

Esta preocupación que nunca le dejó y que llevó consigo á la sepultura; esta desconfianza de sí mismo en punto á resolver dificultades; y por otra parte su genio caviloso y tímido, le inducían como poderoso acicate á emprender los referidos estudios, y además, sin salirse de los libros de clase, á hacer constantes estudios comparativos entre unas cuestiones y otras relacionando sus puntos acordes y disonantes y aislando los que no tenían relación alguna entre sí con que sacaba de sus estudios todo el partido que se puede esperar, de un estudiante de talento, diligente y metódico. Creo que á veces le perjudicaba el tomar las

cosas con algún azoramiento y el querer ver de un golpe lo que se había de ver por partes y por grados: pero en esto se conoció á sí mismo y trató muy de veras el tomar todas las cosas con calma y con tiempo y mucho había ya logrado; y mucho más podía esperarse de su tenacidad en vencerse».

Esto que aquí insinúa el P. Sallaberry lo vemos á cada paso consignado en los apuntes espirituales del H. Goycoolea. Tomemos al azar los que nos vayan saliendo.

«Clase.—Atención, *paz*, preguntar dificultades».

«En clase, concértaciones, etc., no dándome nada el quedar mal, proceder *con toda paz* y procurando aprovechar en el estudio».

«Clase.—No buscar lucimiento.—*Paz y seguridad*.—No temer quedar mal.—Corregir asiduamente.—No quedarme con dudas.—Caridad.—Acudir á la Sma. Virgen».

«6.º Método y paz en el estudio, salud, conducta, etc.»

«Quitar todo pensamiento que me inquiete».

Pudiéramos citar otros pasajes análogos; pero bastan los indicados para formarnos idea del empeño que tomaba en corregir cualquier defecto por pequeño é insignificante que fuese. Quien era tan fiel en cosillas tan menudas, bien se dejó entender cuanto lo sería en las mayores.

De su método de estudio nos ha conser-

vado noticias el mismo P. Sallaberry, á quien el H. Goycoolea se lo había expuesto muchas veces. «De la explicación del profesor, nos dice aquél, no tanto procuraba sacar datos, como entender las cuestiones en general, sin descender á pormenores, á no ser que fuesen esenciales para poner en claro el estado de la cuestión». No está el fruto, decía, en recordar muchas cosas de las que ha dicho el profesor, porque no es esto lo que más forma, sino más bien en sacar una idea en globo, que le sirva después á uno como de guía para estudiar la lección en particular. «Al contrario, cuando preparaba la lección, se fijaba en los pormenores, penetrando bien el sentido de la tesis la fuerza de cada argumento y el lado flaco de las dificultades».

En cuanto á los argumentos, pesada la fuerza de cada uno, elegía desde luego el que había de dar en examen, y no desperdiciaba ripio con el fin de afianzarlo más y más. Hasta parece que le cobraba cariño y lo llevaba consigo á todas partes, y lo hacía lucir siempre que se presentaba ocasión. Así le sucedió con el famoso argumento moral sobre la inmortalidad del alma, y otros que no me sería difícil recordar.

Para los *círculos* y *repeticiones* ordenaba los prenotandos y las pruebas y pensaba la forma, y aun casi las mismas palabras con que había de exponerlas en clase. Sobre esto le oí decir varias veces: «Nosotros, los que

no tenemos tanto talento, hemos de encubrir con la forma lo que nos falta de fondo».

Cuando había de argüir escribía silogismo por silogismo todo el argumento, siguiendo con esmero el término medio, y teniendo en cuenta todas las encrucijadas que le iban saliendo al paso. De ahí que sus argumentos si no había tropiezo notable, fluían como una seda.

Cuando le cortaban el argumento subsumía con rapidez, sin que se conociese sino por la mayor viveza con que hablaba, que le habían cortado el hilo.

Las mensuales y tesis de fin de curso preparaba con toda perfección. Con el programa delante hacía un índice exacto de las materias durante el primer repaso, acotando punto por punto con autor, página y número lo que había de decir en cada tesis, ayudándose para ello del diario de lecciones que llevaba durante el curso. Estas precauciones le dejaban en disposición de repasar, sin perderse en un *mare magnum* de materia, que no hace sino confundir ideas y quebrar cabezas.

Tenía este año el proyecto, y había ya comenzado á ponerlo en práctica, de extractarse todas las tesis de Teología; pero desistió por dos razones: 1.ª, porque no se veía con suficientes fuerzas físicas para llevar á cabo con desahogo tan ímprobo trabajo; 2.ª, porque de esta manera se han de dejar por fuerza muchos pormenores, datos y

cuestiones incidentales, que sólo pueden verse bien, estudiando la materia en los mismos libros, y no en extractos, que solo pueden contener lo más sustancial, y aun á veces expuesto con poca exactitud».

De esta suerte el H. Goycoolea, procediendo en sus estudios científicos con un plan premeditado y fijo, en algunos de sus pormenores, tal vez, de valor únicamente subjetivo, al par que lograba entre sus discípulos y profesores fama de buen estudiante y de ingenio aventajado, agradaba y complacía á Dios, cumpliendo con la regla que manda á los estudiantes de la Compañía de Jesús entregarse á los estudios *seria y constantemente*, sin ahorrar fuerzas ni diligencias: *Serio et constanter ad studia animum adjiciant: ... studiis se diligenter impendant.*

A pesar de sus estudios filosóficos y teológicos, no abandonó del todo las musas. En primero de Filosofía compuso *Esperanza de una Raza*, que se representó en Veruela (1903) y en Tortosa (1904), con éxito extraordinario; y en primero de Teología *Víctima Inmaculada*, el último y más ruidoso de sus triunfos literarios, para el certamen que los Congregantes de la Inmaculada y San Luis Gonzaga, celebraron en Santiago de Chile en honor de su excelsa Patrona durante el año jubilar (1904).

La historia de esta composición es muy interesante por ser argumento fehaciente de

lo bien que cumplía el H. Goycoolea la regla de los estudiantes de la Compañía que les manda ejercitar con toda diligencia el estilo: *Stylum in compositionibus diligenter exerçant.*

Hacia fin de curso del año 1904, recibió el Hermano una carta del P. Estanislao Soler, en que le invitaba á tomar parte en el certamen literario que había de celebrarse en honor de la Inmaculada en Santiago de Chile por Noviembre de aquel mismo año. Parte por complacer al P. Soler, á quien profesaba gran cariño por haber sido su director espiritual en el siglo; parte por amor y gratitud á la Congregación de la Inmaculada y San Luis Gonzaga, de Santiago, de la cual guardaba imperecederos recuerdos, pues había sido uno de sus miembros más celosos y activos; parte, en fin, por satisfacer su propia devoción y deseo de honrar á la Santísima Virgen, determinó descender á la arena. Dado felizmente su examen de *Universa Philosophia*, trató de realizar su propósito. Recayó la elección sobre el tema señalado con el número VI en el programa é intitulado *La Víctima Inmaculada.*

Escribió la composición en pocos días, y en borrador, como estaba, la condenó á la sombra por espacio de un mes largo. Al volver de vacaciones, allá por el veinte de Agosto, la corrigió toda minuciosamente y á sangre fría. Una vez corregida la encarpetó de nuevo por espacio de una semana,

al fin de la cual, al mismo tiempo que le daba la última mano, la puso en limpio como para entregarla al correo. Así y todo, el mismo día que la mandó se le oyó decir: «Aun no estoy contento, porque á causa de mis ocupaciones, no la he podido corregir á mi gusto. Veamos lo que saldrá».

Lo que salió lo sabemos por carta del P. Soler al mismo H. Goycoolea fecha en Santiago á 14 de Noviembre de 1904, en que describe minuciosamente el certamen. Después de dar las gracias al Hermano, y pedir al Señor y á la Virgen Inmaculada le paguen su trabajo y la buena voluntad, le dice: *¡Qué hermosa composición, qué sentida, qué delicada y natural. Dúrame en el alma y por mucho tiempo quedará en ella la dulcísima impresión que me ha producido.* Y luego añade: «Que la composición es buena, lo dice el unánime parecer de todo el jurado, que la ha encontrado superior á cuantas se han presentado, y el asentimiento de cuantos la han conocido que piensan lo mismo. Y sobre esto hay que añadir los deseos manifestados por todos los que la examinaron de que se leyese, y el haberse ofrecido no sólo espontáneamente sino con insistencia, uno de ellos D. José Ramón Gutierrez... hombre de foro y elocuente para leerla. A lo cual débese añadir el acuerdo tomado de discernirle un premio extraordinario, aun cuando llegó cuando estaban publicados ya los favorecidos con premios».

## CAPÍTULO VIII

Fin de Luis en sus estudios.— Aficiones particulares.—  
Cultivo de las lenguas.— Aptitud para las ciencias.  
— Formación filosófica de Luis.

**H**EMOS visto los estudios de Luis en sí considerados: veamos ahora el fin á que él los dirigía como religioso de la Compañía de Jesús.

De su rectitud de intención; del absoluto prescindir de sí y buscar sólo á Dios, su mayor gloria y la salvación de las almas; del perpetuo conato en levantar siempre la vista al cielo en las tareas escolares, hallamos por doquiera vestigios en los apuntes del H. Goycoolea. Entresaquemos algunos de sus propósitos por el orden que vayan saliendo, á medida que recorremos sus apuntes espirituales.

„Escribir algunas máximas para ayudarme con su vista á estudiar bien“.

„Hacer una pequeña lista de las máximas que más me mueven, para leerlas al comen-

zar el estudio ó trabajo, ó cada vez que sienta pereza ú otra tentación: tenerla siempre sobre mi mesita». (En realidad ahí se le encontró un papelito con esta máxima escrita de su puño y letra: *»tot litteris studeo, quot animas a te peto, mi Deus»*.)

»... Entrecortar el estudio con actos del examen particular y quitar los deseos de saber nuevas y evitar las turbaciones con la gracia de Dios».

»Propósitos... VI. Que me guste el quedar mal en cosas de estudio, aunque he de hacer cuanto pueda por quedar bien, como me lo han dicho. Estudiar con paz, con prudencia, con ánimo y con brío. VII. Procurar ante todo, la paz del corazón. Proceder por convicción y por espíritu de fe. Todo hacerlo, porque he de dar la mayor gloria á Jesucristo; y aceptar todo lo que me venga, y amar y defender toda obediencia por lo mismo».

»*Estudio*.—Dirigir con más frecuencia la atención á Dios».

»Procurar no llamar la atención en los estudios, ni hablar con importancia ni lucir en nada.—Ser el último.—Pensar mucho ante Dios cualquier proposición hecha á los Superiores: *especialim* en cosas de lucir ó gusto propio, consultarlo antes... Cortar toda ostentación, pensando en los males en que he caído por mi soberbia, y los males que he hecho á mis hermanos».

»Tendré cuidado en no hablar de mí mis-

mo; en querer mostrar ganas de vencer (por triunfar) en los círculos, etc. En esto mucha prudencia y caridad; en clase y en recreos».

Si de sus apuntes espirituales pasamos á los literarios, veremos que no son sino una continuada práctica de tan hermosos propósitos. Léanse por ejemplo *Esperanza de una Raza*, la oda *A la Elocuencia*, y mejor aun, el conjunto de composiciones y ejercicios literarios insertos en los apéndices, y véase que todos ellos respiran celo de la salvación de las almas y de gloria de Dios; no se puede pasar por ellos la vista sin experimentar una dulce emoción al encontrar, en todas sus páginas, un alma transformada en Dios; un alma desprendida de este mundo y pendiente sólo del cielo, un alma según el Corazón de Dios: toda caridad, toda celo apostólico; toda confianza en Dios y desconfianza de sí misma, disposición la más adecuada para emprender grandes cosas en el divino servicio, y una vez emprendidas, llevarlas á feliz término.

Escribiendo á su abuelita, le dice:

„De mí poco tengo que decirle. Mi salud sin novedad. Estudiando todavía letras, lo que, por cierto, no me pesa; pues cada día veo ser mayor la necesidad de aprender mucho *para trabajar por Dios*. Este año, con todo, creo que será el último; si Dios otra cosa no dispone, pasaré á estudios mayores» (1).

(1) Veruela, Septiembre 28, 1901.

En otra dice:

„Mi salud, sin novedad. Actualmente estoy bastante bien del estómago, y gracias á Dios, he podido estudiar con constancia durante el año. Nuestra vida de estudiantes es muy tranquila y dichosa; y no puede Vd. imaginarse de cuántos cuidados, y hasta regalos, nos rodean los superiores para que, conservándonos en buena salud, *podamos trabajar por la gloria de Dios*” (1).

En otras dice lo mismo, en una ó en otra forma; ni hay por qué hacernos prolijos citando otras palabras suyas, cuando lo dicho sobra para probar nuestro intento.

Es digno de notarse, que un hombre tan prolijo como Luis en proponer, en formarse normas de vida, dedicado, por completo á los estudios, no dejara escrita ni una línea, ni siquiera una palabra, que indique más afición á un género de estudios que á otros; prueba práctica de su gran pureza de intención y de cuán por encima andaban sus miradas de todo cuanto hacía, mirando siempre al fin y no á la cosa misma, no parando jamás en los medios, sino pasando por ellos, como el viajero por su camino, no haciendo caudal de si es suave ó áspero.

Porque el P. Rector, Luis Adroer, le indicó que tenía alguna disposición para letras y que podía en esto dar gloria á nuestro Señor, determinó estudiar griego. Comunicó esta

(1) Veruela, Abril 5, 1903.

su determinación con el P. Fernando Vives. Éste, por temor de que no se recargara con excesivo trabajo sobre los estudios de Teología, le aconsejó pidiese conmutar, cuando le llegara el tiempo, el *hebreo* por el griego, ya que aquél de poco le había de servir, y como era tan dócil, con ésto, se quietó.

„Cultivaba por su cuenta, dice el P. Sallaberry, las lenguas vivas por lo útiles que ellas son para los ministerios apostólicos, de manera que hablaba perfectamente el *francés*, podía seguir una conversación en *inglés* y entendía bastante el *alemán é italiano*. No perdía ocasión de ejercitarse en ellas, señaladamente en las dos primeras, hablando algunos ratos en recreo, escribiendo cartas, leyendo libros y artículos de revistas, y enseñando durante las vacaciones á algún hermano que desease aprenderlas. En esto, como en todo, procedía con la bendición de la santa obediencia, y oí de sus mismos labios, que el R. P. Provincial, Antonio Iñesta, le había animado mucho al estudio de las lenguas, y le había aconsejado se ejercitase en ellas lo más posible, aplaudiendo su constancia en cultivarlas”.

„Todo el año pasado, añade el P. Luis Capitán, una ó dos veces por semana hablábamos en francés con otro hermano... Á mí, repetidas veces, como sabía que estudiaba el alemán, me preguntaba algunas cosas acerca del estudio de esta lengua...”

El H. Goycoolea se consideraba inepto

para los estudios científicos. Aun en la Compañía mismo, no llegó jamás á convencerse de que tenía facilidad para defender con honra una tesis filosófica: pues temía, á par de muerte, le pusiesen una dificultad nueva, porque creía sinceramente que era incapaz de soltarla; y esto, aun cuando llegó á darse cuenta de que *para exponer aun servía*. Estos sus temores, junto con su humildad se traslucen á cada momento en sus propósitos y apuntes espirituales: «No hablar si es posible, dice, de estudios en recreo. Nunca de los míos, ni de mis planes, *ni de mis pocas aptitudes ó temores*». (Ejercicios, 1903). «Rechazar todo temor de humillaciones y *no hablar de mis temores por la clase ó estudios*». (1.ª semana de Octubre, 1904). «Estudiaré sin ansias, combatiré escrúpulos, y buscaré en todo la paz y anchura de corazón». (Método de hacer bien las obras ordinarias). «Abrazar con amor y gratitud las humillaciones que se me ofrezcan en los estudios. (Renovación, Enero, 1904). «Procuraré indiferencia en ser humillado en estudios». (Ejercicios, 1904).

No lo juzgaron inepto sus profesores. En el primer curso de Filosofía, le pusieron á defender en una mensual, como hemos ya visto en el capítulo anterior, y lo hizo muy bien, con aplauso y aprobación de todos, en especial del Ilmo. Sr. Obispo de Tarazona que presidía el acto, y tuvo al fin, palabras encomiásticas para ambos defendientes, y

para todos los arguyentes. En Tortosa, á pesar de que hacía *dos años de Filosofía en uno*, le escogió el P. Antonio Nadal, para que defendiese en la mensual de Teodicea; mas, por falta de salud, no pareció bien á los Superiores que tomase Luis sobre sí esta carga. Estos hechos prueban por sí solos, que le contaban los Profesores entre sus mejores alumnos. Y era, en efecto, uno de los más aventajados y llegó á dominar la materia, como el mejor de la clase, y poseer la Filosofía escolástica, y hubiera podido ser en ella un profesor eminente. Ya hemos indicado antes su método de estudio, y su prolijidad en prepararse; prolijidad que provenía de su misma humildad: «Los que no tenemos, decía, tanto talento, hemos de suplir con la forma lo que nos falta de fondo»; y éste no le faltaba, como dice el P. Sitjar, ó como dice el P. Sallaberry, «á un fondo claro y transparente, como un cristal, añadía una forma fluída como el agua y seria como un espejo». Finalmente, convienen todos en que lo que le sobraba era método, orden, aplicación, talento, y un hombre de estas condiciones, es imposible que no adelante mucho en cualquier estudio que emprenda sea éste literario ó científico.

Como hombre enamorado de la belleza ideal, dice el P. Sallaberry, sentía más inclinación á las ciencias especulativas que á las prácticas. Entre aquéllas prefería la metafísica á las matemáticas; y entre éstas, los

asuntos morales, á los de utilidad material.

Una conversación filosófica era para él una delicia, mientras que si aquella recaía sobre cálculos matemáticos, y más si descendía á la fría prosa de los números, le aburría lo indecible. Podía sostener con gran donaire, y con ese desenfado que da el dominio de la materia, una larga conversación sobre el *ente*, sobre la *posibilidad*, la *relación*, la *materia* y *forma*, sobre cualquier teoría acerca de la *constitución íntima de los cuerpos*, sobre el *tiempo* ó el *espacio*, personificando las ideas más abstractas por medio de imágenes y comparaciones magníficas, combinando (cosa rara en un filósofo!) la abstracción metafísica con la sensibilización poética, y dando amenidad, colorido y frescura, á la misma aridez, á lo incoloro é insensible, con que nos hizo pasar ratos divertidísimos en asuntos más á propósito para hacer dormir al más bien humorado, que para dar humor al que no lo tiene.

Repasando física con él, noté que tenía gran intuición en todo lo que se refería á la parte meramente especulativa y teórica, al paso que la parte empírica y práctica le costaba no poco. Citemos algún ejemplo. Entendió perfectamente la demostración de las leyes del movimiento variado; pero en llegando á la máquina de Atwood, aquí fueron los apuros. Otro tanto le sucedió con las leyes de las corrientes eléctricas y la mesa de Ampère. Pero á donde no llegaba la na-

turaleza llegaba el religioso, y al ingenio suplía la voluntad.

Con esta preparación comenzó Luis los estudios de Teología, desde cuyos umbrales emprendió el viaje de la eternidad, no ya á estudiar la ciencia de Dios, sino á gozar de Él cara á cara, como piadosamente lo podemos esperar, según son las prendas que de su salvación nos dejó».

## CAPÍTULO IX

Catecismo: Córdoba, Veruela, Tortosa.—Obras de celo como novicio y estudiante de la Compañía.

LA página más brillante del apostolado de Luis Goycoolea fueron las doctrinas. En todas partes dejó merecida fama de excelente catequista. No hay quien no hable con encomio de esta su obra predilecta. En Córdoba preparó con gran fruto á los soldados para la confesión y comunión, en una misión que les dieron los Padres de la Compañía. Lo mismo hizo en otra que se dió en la cárcel, y algunos días en nuestra Iglesia. Mas el campo designado á su celo fué el catecismo del Niño Dios, á las afueras de la ciudad. De éste dice su compañero de fatigas, el P. Raggi, lo siguiente:

„Apenas había entrado yo en el Noviciado, me enviaron con el H. Goycoolea al catecismo llamado del „Niño Dios“, situado en los arrabales de Córdoba; y me causaba no pequeña admiración ver cómo el Hermano iba tocando una campanilla por las calles y ran-

cherías, y trepaba los barrancos, y recorría todos los escondrijos, donde solían juntarse turbas de muchachos á jugar. Al dar con un grupo de ellos, saludábalos con aquella amable bondad y sonriente faz que le caracterizaba, hablábales de sus juegos, y acababa siempre por llevar consigo alguno, cuando no venían todos en pos de él.

Reunidos ya en la Capilla unos 110 ó 120 niños de 10 á 15 años, rapaces todos de la peor ralea, de los que tanto abundan en los suburbios de las ciudades, se los dividía en tres ó cuatro grupos y se daba comienzo á la enseñanza de la doctrina cristiana. Nunca faltaba alguno que por revoltoso é indomable era despedido, y dolíale tanto la pérdida al buen H. Goycoolea, que lo seguía hasta fuera de la Capilla, y después de calmarlo y amansarlo volvía con él á su grupo».

Como nota característica sólo citaremos un ejemplo. Había entre otros, un niño pobre y desarrapado, que venía todos los días *á tomar la sopa*, que suele repartirse diariamente á los mendigos en nuestras casas y colegios. Como lo vió el H. se compadeció de él; tratólo con sumo cariño y tomó á su cargo enseñarle la doctrina cristiana. Perdía con él recreos enteros: no dejaba piedra por mover á fin de desbastar su rudeza y prepararlo para la primera Comunión. Una vez le tuvo preparado, buscó quien le pagase un traje entero y le diese un buen desayuno, con el piadoso intento de que conservase de

este gran día los más gratos recuerdos. Y lo más admirable es que en todas estas menudencias fué cada vez á pedir permiso al superior, porque, como dice el P. Vives, *todo lo hacía el Hermano colado por la obediencia.*

Estando en Veruela fueron teatro de su celo catequístico dos pequeños pueblos de las cercanías, llamados Trasmoz y Vera.

Es Trasmoz un lugarejo, de escaso número de vecinos, donde han ensayado sus fervores apostólicos Dios sabe cuántos noveles jesuitas. Con cuánto éxito que lo digan ellos. Al que por vez primera penetra por aquellas miserables casas, agrupadas en la pendiente de un montecillo, coronado con las ruínas de un antiguo castillo, se le figuran sus habitantes unos moriscos rezagados, que supieron sustraerse á las leyes de expulsión. Aunque, pobre gente! no tienen de seguro nada común con aquellos enemigos de nuestra patria y de nuestra religión, si no es la miseria y el abandono, que se van transmitiendo de generación en generación.

Tal fué el primer campo cultivado en España por los fervores del H. Goycoolea. Cedemos gustosos la palabra al P. Antonio Salom, su compañero de fatigas: „Estaba él encargado de la sección de jóvenes Hijas de María, la cual, según confesión de las mismas jóvenes, estaba completamente desorganizada, al recibirla el H. Goycoolea; pero su caridad é ingenioso celo las convirtió por completo, siendo después modelos de piedad y

devoción. Una de ellas cada día hacía su visita á la Virgen en nombre de las demás, y aun llegaron á buscar modos de mortificarse en la comida, etc. En cierta ocasión repartió entre ellas unas hojitas, en que se aconsejaba la práctica de los nueve primeros viernes en honra del Sagrado Corazón; les hizo una ligera explicación de dicha práctica y todas, sin excepción, los empezaron con tal fervor, que no desistieron hasta haberlos terminado. Quien conozca la poca afición que tienen á la frecuencia de sacramentos aquellas pobres gentes y la distancia que tenían que andar para poder confesarse y comulgar, comprenderá el sacrificio de aquellas jóvenes. El mismo P. Barrachina, Rector entonces de Veruela, enterado del caso, y viendo que muchas veces tenían que hacer el camino con lluvia y aun con nieve, y que debían perder toda la mañana, le prohibió volverles á hablar de semejante asunto.

Desde entonces aquellas jóvenes quedaron muy aficionadas á la frecuencia de sacramentos y no cesaban de venir á Veruela, para confesarse en las principales festividades del año.

Era tal el amor y estimación de aquellos pobres campesinos, que no cesaban de hablar del *P. Luis*. El alcalde del pueblo, enterado de que el Hermano en otros tiempos había sido alcalde, se le aficionó de tal manera, que le consultaba los negocios del municipio; y en más de una ocasión, por habér-

selo indicado el Hermano, se dirigió al juego de pelota, y obligó á los que estaban allí á que viniesen al catecismo.

Las Hijas de María, al sospechar que perderían á su P. Luis, convinieron entre sí en pedir á los superiores de Veruela que se lo dejarasen; pero desistieron de hacerlo por consejo nuestro».

Lo mismo nos dice el P. Ricardo Soria: «... Dos años fuí con él catequista de Trasmoz, á donde le vi asistir siempre con muestras de suma alegría, á pesar de estar el pueblo bastante lejos de Veruela, ser él poco amigo, en general, de paseos largos, sentirse á menudo molestado por sus achaques, y tener que caminar no pocas veces entre los rigores del frío y la violencia del viento, que por allá se estilan. Tenía á su cargo la sección de Hijas de María, y se dió tal maña para iniciarlas en el camino de la piedad, que el segundo de los tres años, que las tuvo á su cargo, ya conocían la práctica del examen diario de conciencia, y comenzaban á frecuentar los sacramentos con ocasión de la devoción de los nueve primeros viernes, que él les inspiró».

De Trasmoz pasó el H. Goycoolea á Vera, pueblo relativamente culto y el más importante del valle del Somontano.

»Tuve la dicha, nos dice el P. José Sales, de ser compañero suyo en el catecismo de Vera; y era de ver la sencillez con que me consultaba lo que se proponía hacer en la

sección de los hombres que él dirigía. Como le encargase una vez que hiciese la platiquita, que cada mes solíamos dirigir á los celadores del Apostolado reunidos en junta, para tratar de la comunión mensual, fué tal el interés y fervor con que les exhortaba á la frecuencia de los sacramentos, que mirándose unos á otros los oyentes se decían: *Vaya, que es verdad lo que nos dice el P. Luis.*

Aunque no tuvo éxito feliz el negocio que se propuso el Hermano de reducir á un pecador de las cercanías de Veruela, con todo, el Señor habrá premiado las muchas diligencias que hizo para llevarlo á cabo. ¡Cuántas veces me encargó el buen Hermano que lo encomendase á Dios, y me habló de los medios de que podría servirse para conquistar aquella alma! Se trataba de ablandar un corazón que había resistido otros varios ataques precedentes: con todo, si bien no logró que aquella persona se confesara, obtuvo á lo menos la benevolencia, respeto y veneración de dicho pecador.

¡Con qué empeño procuraba que asistieran á las comuniones mensuales los hombres que no acostumbraban hacerlo sino una vez al año! Más de una vez oí decir á éstos, después de haber asistido á la comunión: "Dígale al P. Luis que hoy hemos ido á comulgar: porque ¿quién se negará á sus ruegos?"

Pecador hubo á quien hizo cumplir con Pascua á fuerza de ruegos y amonestaciones cariñosas. "Mas como su celo, dice el

P. Sallaberry, no descansaba nunca, procuró inducirle, sin decírselo expresamente, á la frecuencia de Sacramentos. Invitóle personalmente á la Comuni3n general que daba el Se1or Obispo de Tarazona, y habiendo aceptado, dijo rebotando satisfacci3n el Hermano: *Ya tenemos dos; el d1a de San Ignacio daremos otro asalto y as1 iremos siguiendo*. Di3, en efecto, el asalto; yo mismo le acompa1aba; mas no fu3 bien recibido. Yo no s3 lo que sucedi3 despu3s; pero es lo cierto que su celo, aunque desairado en la Comuni3n del d1a de N. S. Padre, logró aun dos comuniones de aquel hombre; antes que partiera de Veruela para este Colegio M1ximo».

Son los *baturros* muy aficionados á los versos, como hijos al fin y al cabo del pa1s cl1sico de la jota. Y de esta afici3n se vali3 el Hermano para conquistar á una oveja descarriada; á un hombre que viv1a hac1a a1os alejado de todos los ejercicios piadosos, que practica el Apostolado; y todo, por cosillas de poca monta en s1, pero de fatales consecuencias. Ten1a este buen hombre un hermano, que pasaba por uno de los mejores *poetas del valle*. Empez3 el Hermano á alabarle sus poes1as; m1s delante de sus amigos que delante del mismo autor. Acudi3 el otro á los ejercicios del Apostolado, sin que nadie le dijese una palabra y sin darse por entendido de sus pasados agravios.

A otro gan3 incondicionalmente para la doctrina y el Apostolado, siendo uno de los

más asiduos, con sólo hacerle una visita, consultándole sobre el modo cómo podría hacer una lista para un día de vela de *cuarenta horas*; y contando *con su buena letra y su experiencia* en una reforma que pensaba implantar en los coros de aquella Congregación.

Y como éstos, pudiéramos citar otros ejemplos que prueban su gran solicitud. Se fijaba en mil menudencias que á otros hubiesen pasado inadvertidas, pero que á él le parecían de gran importancia para la buena marcha del catecismo, y que, en realidad, no dejaba de tener alguna razón, lo manifiesta el éxito con que plugo al Señor premiar sus generosos esfuerzos.

En Vera, tuvo á su cargo el H. Goycoolea el catecismo de los hombres, del Apostolado. Les explicó el *Credo* durante todo el curso con gran copia de doctrina y variedad de ejemplos, y se detuvo largo tiempo, hablando de la pasión del Señor, en las palabras: *Padeció bajo el poder de Poncio Pilato*, etc. A fin de sostener con interés la atención de sus oyentes, contaba los ejemplos con pormenores y anécdotas familiares, y para diferir el desenlace, los dividía en varias partes ó episodios, que duraban otros tantos domingos.

Al ir los PP. á la doctrina hallaban á los hombres y *mozos* del pueblo en el *Frontón*, plazoleta donde se reúnen todos los días de fiesta unos á jugar á la pelota, á la barra y á

los naipes, y los demás á contemplar el juego, ó á conversar en grupos independientes. El sitio no es muy á propósito para reclutar catecúmenos; mas á pesar de todo, el H. Goycoolea se detenía en él cada domingo. El fruto era llevarse consigo á la iglesia á algunos viejos, y tener conocidos, y aun afectos hasta cierto punto, á los que no le seguían.

El domingo de la Ascensión de 1903, el Sr. Obispo de Tarazona, D. José Salvador y Barrera, con ocasión de la visita pastoral, daba la comunión en la iglesia de Veruela á todos los pueblos del contorno. A una simple indicación del H. Goycoolea, acudieron en masa todos los hombres de Vera con el Ayuntamiento y el Alcalde al frente, y eso que habían cumplido con parroquia el día de S. José, y sabido es, cuán remolones son en confesarse más de una vez al año.

Cuando el Hermano partió de Veruela para Tortosa, algunos verenses que lo supieron, salieron á la carretera á despedirse de él, entre los cuales no faltó el Alcalde, más que nadie sujeto á la influencia del Hermano, pues siendo así que antes sólo cumplía con parroquia, aquel año comulgó con alguna frecuencia, y él mismo solía decir, señalando al H. Goycoolea: "Este Padre ha conseguido de mí lo que no ha conseguido nadie".

En Tortosa continuó el H. Goycoolea sus hazañas catequísticas, primero en la Iglesia

del Jesús y después en la cercana ciudad de Roquetas.

En el Jesús tenía á su cargo las niñas que acababan de hacer la primera comunión. Les hizo preparar, en honor de S. José, una especie de certamen, con sus cantos y sus versos, y en que sacaron á relucir toda su *ciencia teológica*; y lo hicieron con tal soltura y dominio de la materia, que dieron á conocer cuánto habían aprovechado y con cuánto empeño había tomado el Hermano, las tareas de catequizar á su infantil rebaño.

Cada semana se aprendía en *atalán* dos preguntas de las que había de explicar al domingo siguiente; y *tres ó cuatro frases*, con las ideas culminantes del ejemplo que llevaba preparado; y éstas las repetía é inculcaba hasta que se las sabían al dedillo; ni sosegaba hasta que se formaba conciencia de que las habían *entendido*, y penetrado bien el sentido de cada punto de la doctrina.

Del Catecismo de Roquetas dice el H. Jacinto Alegre, lo siguiente: „Como era mi compañero de catecismo, recuerdo muchas cosas tuyas. Los niños de su sección, que eran los que se están preparando para hacer la primera Comunión este año (1905), le querían tanto que todos los domingos venían desde Roquetas hasta este Colegio del Jesús para poder tener el gusto de andar con él por el lado del canal. Durante este tiempo él les hacía preguntas de catecismo, ó les contaba algún ejemplo, de lo cual ellos

gustaban mucho. Aunque estos niños entienden bastante el castellano, con todo gustan más de que se les hable en su lengua catalana, y así había tomado el Hermano con mucho empeño el trabajo de aprenderla. Para ello decíamos algunas veces á los niños que nos acompañaban que se adelantasen algunos pasos, y nosotros les seguíamos hablando en catalán. Él me decía el ejemplo que quería contar, y yo se lo contaba en catalán; luego él volvía á repetirlo con bastante fidelidad y gracia.

El último domingo, que fuimos al catecismo (15 de Enero de 1905) díjome que quería contar el ejemplo de la primera comunión de S. Luis Gonzaga, su patrono. En dicho día llevaba, para enseñar á los chicos, dos hermosas y grandes estampas, una de San Carlos Borromeo, y otra de S. Miguel Arcángel. Por el camino se las dejó llevar á un niño muy bueno, como premio. No se habían de sortear hasta dos ó tres domingos más tarde, en una fiesta especial y muy solemne, que se tenía proyectada para todos los niños del catecismo de Roquetas.

No pensaba él, ni yo, ni nadie que á dicha fiesta no podría él asistir, aunque sin duda la contempló desde el cielo.

Como era tan amable, los niños le querían mucho. Le llamaban el Padre *jovenet* (jovenito). También le queríamos todos nosotros por sus muchas virtudes».

Tenemos á la vista una carta del P. José

Audí, que es una confirmación de lo dicho por el H. Alegre. Dice así:

»En prueba del cariño con que los niños de la tercera sección del catecismo de Roquetas apreciaban á su malogrado P. Goycoolea, le voy á contar un hermoso episodio.

El domingo último, 29 de Enero, por la tarde llegó á su casa triste y sollozando un niño vivaracho de once años, hijo de una modesta familia de Roquetas. Preguntándole sus padres la causa de su tristeza, dijo que había muerto su padre de catecismo, á quien él apreciaba más que á nadie, exceptuando sus propios padres. »Sí, decía el niño con sencillez y sentimiento, hubiese preferido que hubiera muerto cualquiera de sus tíos y tías, antes que mi P. Goycoolea. No quiero volver á la doctrina, porque no viendo al Padre, no hago sino llorar». Preguntándole porqué le estimaba tanto, respondió: »Porque era muy bueno y santo y me quería mucho. Me mandaba repetir los ejemplitos y me daba estampas. Nos decía cosas tan buenas, que si continuara el Padre en mi sección, yo no pararía hasta hacerme *fraile*, como él era».

Uno de los amigos de la familia, que oyó esto, me lo ha contado tal como lo refiero.

Este chico, llamado Ismael Accensi, hace tres ó cuatro meses, que sólo se distinguía por sus travesuras incorregibles, que le hacían casi intolerable, y ahora por el trato con el Padre catequista, me dicen que llama la atención por su piedad. Todos los días acu-

de á ayudar la misa á uno de los sacerdotes de Roquetas, costumbre que tomó por indicación de nuestro H. Luis...”

Ni fueron éstas las únicas de celo que ejerció el H. Goycoolea.

En Córdoba iba los martes y sábados, en cuanto de él dependía, á visitar y consolar á los enfermos del hospital.

„Las angustias y monotonía de la enfermedad de los que yacían en el hospital de aquella ciudad, dice el P. Juan P. Grenón, le atraían al rededor de los enfermos, cada vez que la prudencia y la obediencia le permitían ir allá con sus hermanos en religión. La compasión de su corazón ponía en sus labios palabras de eficaz consuelo, y él reclamaba del enfermo y afligido la confianza en la justicia y providencia del cielo. Los que le acompañábamos, envidiábamos la gracia, unción y dulzura de su corazón compasivo”.

Durante los estudios no tuvo Luis ocasión de ejercer, de ordinario, otros actos de celo, fuera de los que van anejos á la enseñanza del catecismo á niños y gente ruda. Sólo en el curso de 1903 á 1904, mientras estudiaba segundo y tercero de Filosofía, fué alguna vez al hospital de Tortosa. Ni es extraño: porque nuestra carrera de suyo, larga y laboriosa, no tanto mira á lo presente como á lo porvenir, cifrando sus esperanzas en una formación sólida, humilde y bien cimentada en la ciencia y la virtud: y si ésta se aviene con las agitaciones del celo, no así

aquella, que pide vida sedentaria, reposo, recogimiento.

No obstante, la buena gracia, el empeño y asiduidad con que ejerció los ministerios que le permitía la obediencia en su calidad de estudiante de la Compañía, le gana por doquiera profundas simpatías así de los nuestros como de los de fuera, y pasó siempre por un gran catequista, como lo prueban, con voz unánime, todos sus compañeros y lo ha podido notar el lector en el curso de este capítulo, durante su viaje á Europa y en las obras de celo que ejerció siendo seglar.

## CAPÍTULO X

Lucha interna: temores, preocupaciones, escrúpulos.—  
Claridad de conciencia.—Lucha entre dos virtudes.  
—Promesa de escoger siempre lo más costoso.

**D**os cruces, entre otras, llevó Luis durante su vida; cruces que permitió el Señor para acrisolar su virtud y darnos á entender su heroísmo en todo cuanto emprendía.

Eran éstas la preocupación y los escrúpulos. Contra ambas luchó Luis á brazo partido, y de ambas salió vencedor: porque peleó como buen soldado y con las armas que la obediencia y nuestras reglas ponían en sus manos: y si aquélla hace milagros y éstas bastaron, por sí sola, para canonizar á San Berchmans, no podían menos de obrar en el H. Goycoolea prodigiosos resultados, como en todos nuestros santos y varones ilustres.

Temía Luis, y era ésta una de sus mayores preocupaciones, no ser bastante viril en el trato. Por eso le vemos formular á cada

paso propósitos como éstos: "Decisión y seriedad cuando convenga". "He de ser más varonil en defender el corazón de afectos á personas ó cosas". "Procuraré cortar toda imaginación de lo que me cause inquietud, y en especial de lo que piensan ó hacen con respecto á mí los demás. Si la imaginación insistiese, llevaré el examen particular para combatirla hasta vencerla".

No menos temía el H. Goycoolea disgustar á sus Hermanos con la desigualdad en el trato, desigualdad que provenía, según él, de sus enfermedades y continuos achaques: temor que manifestó no mucho antes de su muerte. "Temo, dijo, ser molesto á los Hermanos por mi desigualdad en el trato, unas veces triste y otras demasiado alegre. Como ando enfermo no puedo á veces dominarme".

Y lo mismo hallamos consignado en sus apuntes. En el Triduo de Renovación (Junio 1904) dice: "Procuraré dominar el corazón en el trato con mis Hermanos. Seré igual con todos".

En el vencimiento de estos afectos, como en el de todos los demás aplicó el H. Goycoolea la segur á la raíz del mal. "Levantar, sobre todo en los padecimientos y contradicciones el corazón al Señor, ofreciéndoselo con amor y con gusto, por más imitarle y darle gloria y pruebas de amor". (Método de hacer bien las obras ordinarias). Antes había dicho en el mismo párrafo: "Estudio y demás tribulaciones: no comenzar obra al-

guna sin ofrecerla amorosamente á Jesús y á María, para su mayor gloria y salvación de infinitas almas».

Y en los Ejercicios de 1903: «Combatir mi carácter suspicaz y quisquilloso con creer que obran mis superiores y hermanos con simplicidad. Procurar tener en mi mente metido un principio firme como un *tarugo*: Ad quid venisti?—Para salvarme y dar gloria á Jesucristo, como él quiere».

Y que deseaba con eficacia enmendarse no cabe la menor duda. Hablando de los medios como obsequiará á la Santísima Virgen, después de consagrar totalmente todas sus obras con sus efectos impetratorios y satisfactorios, incluso el voto de ánimas al Corazón de María, añade: «2. Actos interiores: procurar quitar las distracciones voluntarias en la oración y ejercicios espirituales, *las quisquillosidades de carácter y el dejarme llevar de la imaginación*. Medios: 1.º, procurar, en las ocasiones vencerme por amor á la Santísima Virgen; 2.º, pedirle esto mismo con frecuencia en la oración; 3.º, ayudarme para esto del examen particular, que podría ser en el mes de Mayo de hacer bien las obras ordinarias para ofrecérselas á la Santísima Virgen».

Otra de sus preocupaciones, y quizá la más grave de todas, ese temor á la muerte: y fué tal vez la que más de frente combatió y de la que le concedió el Señor más completa y varonil victoria. «Un día, dice el

P. F. Vives, teníamos bendición por la tarde en el Seminario. El H. Goycoolea no bajó á la Iglesia. Como noté esto, apenas se acabó la función, fuí á verle á su pieza. Le había dado un cólico de esos que solían venirle de cuando en cuando. Lo encontré envuelto en una manta, con el rosario, el crucifijo y el escapulario en las manos, lívido como un cadáver y con una cara que daba lástima verle. Pensó que se estaba á las puertas de la muerte y le tenía dominado el miedo.

Poco á poco se fué serenando y todo paró en nada.

Pero lo más admirable de su espíritu de abnegación fué el buen rostro que siempre hizo á este temor. «Yo no hubiese jamás sospechado, dice el P. Sallaberry, que le hubiese tenido el menor miedo. Tanta era la alegría con que de ella hablaba. No obstante, después de su muerte he sabido con asombro, que siempre le tuvo un miedo cervical». Ocho días antes de la Inmaculada dijo con mucha aseveración á un Hermano: «Yo me moriré joven; créame V., yo no viviré largo tiempo». Frases como éstas, se las oíamos con mucha frecuencia, de modo que ya no nos venía de nuevo...»

Leemos en *El Porvenir*: «Pero hay que saber que una de las devociones favoritas, si así puede llamarse, era su devoción á la muerte. ¡Cuántas veces le he oído suspirar por ella! Hablaba de la muerte con tanta insistencia que bien se dejaba entender cuán

grabada la tenía en el corazón, cuán desprendido andaba de las cosas de este mundo, y cuán unido con Dios Nuestro Señor».

Cuánto vencimiento supone esta conducta. ¡Hacer creer á los demás que se está hablando de una materia sabrosa, cuando se está haciendo un acto heroico de resignación! ¡Esto se llama combatir de frente y no orillar las dificultades!

No obstante, el hecho indicado por el P. Vives, y sobre todo, sus papeles hablan bien claro. Luis temía la muerte, luchaba contra tal temor, y ponía los medios para vencerle. «Combatiré, dice, *los temores de la muerte* ó de perder la salud, etc., con actos de confianza en Dios y de resignación generosa: (para esto) procurar anchura de corazón y generosidad en todas cosas». (Ejerc. 1902). «Hacer también actos de enérgica fe en el infinito y paternal amor que Dios me tiene, en que me ha perdonado y me aguarda con los brazos abiertos para el día de mi muerte». (Ejerc. 1900).

Esto lo repite el H. Goycoolea una y cien veces. Esta anchura de corazón, esta confianza en Dios, este abandonarse en sus manos, lo pide Luis en todas partes, esforzando su fe y su confianza y alegando para ello motivos fundados siempre en la bondad infinita de Dios, poniéndose del todo en sus divinas manos. Dios premió tan grandes actos de resignación haciendo que muriese sin la menor congoja, gracia singularísima, digno

premio de su humildad y varonil constancia.

No fué menos señalada su victoria sobre los escrúpulos. Contra ellos luchó denodadamente, sin arredrarse nunca.

En el *Triduo de Renovación*, Junio de 1904. «Combatiré, dice, decididamente los escrúpulos: *procuraré formarme idea clara y segura de lo que enseña la Moral*, y con acuerdo del P. Espiritual, *resolveré sin vacilaciones ni temor todas mis dudas, haciendo contra los escrúpulos*».

Al decir el Hermano *con acuerdo del P. Espiritual*, apunta el medio más eficaz que tomó siempre para vencerlos: cual es la claridad de conciencia y la docilidad con los Superiores y directores espirituales; medio infalible y absolutamente necesario para todos los que padecen esta enfermedad penosa por una parte, y que tiende, por otra, á ofuscar los dictámenes de la recta razón; oprime el alma y el corazón; encierra al hombre en un estrecho círculo, dañoso no menos para el espíritu que para el cuerpo: y si no se rompen sus mallas cortando por lo sano, esterilizan por completo las más brillantes cualidades y pueden reducir á la impotencia al más aventajado ingenio. Cuánta importancia daba el Hermano, á la claridad de conciencia, son fiel testimonio sus reputados propósitos. Veamos algunos:

«Acudiré cada quince días al P. Rector á darle cuenta de conciencia». «Mi mejor humillación será ser muy claro de conciencia

con los Superiores y P. Espiritual». «Tengo de proceder con acuerdo del P. Espiritual en las diversas cosas en que suelo caer en faltas y demás cuya enmienda deseo». «Acudir al P. Espiritual *en los principios de cualquier turbación*».

Así luchaba el H. Goycoolea; y así alcanzó el lauro de la victoria y la paz de su alma.

Es de notar que sus escrúpulos no tanto provenían de falta de visión clara, como de empeño por hacer siempre los más perfecto. Le dolían mucho las imperfecciones. Entre dos actos, elegía siempre el más perfecto; entre dos virtudes, la más perfecta. Sabía muy bien sacrificar el celo por la obediencia; la humildad por el celo y el celo por la caridad y así de otras virtudes. Siempre miraba lo que más le conducía á la gloria de Dios; y luego arbitraba medios para todo y siempre los más acomodados al fin que se proponía. Y esto no era sólo efecto de su carácter.

Entresaquemos algo de su apuntes. «Consultar, dice con el P. Maestro, sobre la conveniencia y medios para pasar por algo grosero, y para obtener algún menosprecio de los demás. Preguntaré si será más perfecto lo contrario, no dar motivo alguno; obrar lo más perfectamente que pueda rectificando la intención, y esperando que venga de fuera la humillación, confesando, sí, las faltas que convenga decir en refectorio». «No hablar para nada de mí, si no es claramente ad majorem...» «Vencer respetos humanos en pro-

poner de tomar los medios necesarios para la salud». «Procuraré siempre que pueda y *dentro de la obediencia y la prudencia*, tomar lo peor para mí y dar lo más cómodo á los otros».

«El H. Goycoolea, nos refiere el P. Vives, tenía algunos puntos de contacto con la Beata Alacoque. Dios había dotado á ambos de una sensibilidad tan exquisita, que, cosas muy sencillas, y al parecer insignificantes, les hacía sufrir lo indecible y ofrecer á Nuestro Señor con resignación heroica, actos que, de suyo, tenían poquísima importancia. El que haya leído la historia de la privilegiada hija de S. Francisco de Sales, podrá comprobar nuestro aserto. Respecto á nuestro Hermano, sus preocupaciones versaban á veces sobre cosas más pequeñas aún. Era para él, asunto de gran importancia decidir, si habían ó no, de poner aliño en la ensalada, porque, decía: ¿No será esto demasiado regalo? Porque yo, para contentarme, no necesito aliño. Andaba siempre con la preocupación constante de suplir los regalos que los Superiores le obligaban á usar por sus constantes enfermedades con otras mortificaciones. Si le concedían algo más de sueño, ó si en la alimentación ó en el trato le permitían alguna diferencia, ya estaba mi hombre excogitando medios para desquitarse en otras cosas. Temía seriamente no viniese á parar en un *jesuita relajado y regalón* con achaque de enfermedad y de falta de salud.

A veces andaba preocupado con la idea de si había ofendido á sus Hermanos, en cosas tan menudas, que nadie las había ni siquiera sospechado. Como era agudo y muy valiente en el trato, solía volver muy bien la pelota; y después andaba pensando cómo desagraviar al otro, y consultando el modo cómo se lo había de decir, ó si convenía decírselo directamente, ó darle á entender de otro modo el desagravio: y por fin, trataba de acercarse con tan lejanos rodeos, que nadie entendía á donde iba ni sospechaba que era objeto de *una seria reparación por parte de su agresor*».

«Asombro es por lo tanto, podemos decir con uno de sus discípulos, que un hombre de tan vehementes afectos, no fuese absorbido por ellos, y flotara tranquilo y sereno en un mar de tanta amargura»; pues de tal suerte se derramaba al exterior, como si ninguna pena interna agobiara su espíritu, quedándole tiempo para dedicarse con calor y brío á las tareas escolares y á todas nuestras ocupaciones tan múltiples y variadas».

Concluiremos este capítulo con unas palabras del H. Goycoolea, dignas de admiración, cuyo fiel cumplimiento se reflejaba en todo cuanto emprendía. Dice así: «Seguir á Cristo en la mayor abnegación posible.— Magistér sequar te quocumque ieris— Bendecid, Señor, mis votos y *mi promesa de serviros en lo más costoso hasta la muerte*». (Triduo para los votos del biennio, Marzo, 1855).

## CAPÍTULO XI

Obras y espíritu de abnegación.—Mortificación continua.—Espíritu de la regla: cuán bien lo entendió el Hermano.

**E**STA última promesa y todo lo dicho en el capítulo anterior, lo referido acerca de su ofrecimiento para servir á los leprosos ó irse al Extremo Oriente, son elocuente testimonio del espíritu de abnegación del H. Goycoolea. Queremos, no obstante, tratar esta cuestión en capítulo aparte porque abunda la materia y sería dejar manca su historia, no recopilar aquí algunos hechos, dichos y propósitos de Luis que manifiesten su carácter y heroísmo en este punto.

Mostró, ante todo, su espíritu de abnegación y sacrificio, ofreciéndose para cosas difíciles, ó porque lo fueran en sí, ó porque á él se le figuraban tales, ó porque, aunque fuesen *menudas, eran*, como dice el P. Capitán, *por lo constantes, heroicas*.

En los paseos, hallaba no pocas ocasiones

de sacrificarse. Si sus compañeros eran andadores ó por lo menos él así lo sospechaba, ofreciase al punto á dar un largo paseo, en cuanto de él dependía. Solía él pedir desde el principio del curso que no se le pusiese á pasear con gente muy andadora para que no se molestasen los compañeros, si por ventura conocían sus escasas fuerzas. No obstante, si por alguna circunstancia, imposible á veces de evitar en la vida práctica, no se podía hacer así, entonces todo era hablar el H. Goycoolea de su excelente salud, de la robustez de sus fuerzas, y de lo saludables que son los paseos largos, á fin de que por él, nadie sacrificase sus gustos y sus aficiones.

Sea de ello testigo el P. José Audí. «El Hermano era de una constitución débil, que le daba no poco que sufrir, por lo que no podía dar largos paseos: pero como estaba siempre dispuesto á dar gusto á sus compañeros, aun imponiéndose verdaderos sacrificios, creyendo darme gusto, me dijo al salir del pueblo que estaba dispuesto á dar un largo paseo por la huerta ó por el monte, que se encontraba bien de salud y hasta con bríos. Entendí la piadosa maña; así que no acepté la oferta, y sólo dimos un paseito por los alrededores del Jesús». Esto sucedió el 14 de Enero de 1905, tres días antes de caer Luis en cama.

«Un día, dice el P. Capitán, en que estaba sentado en el recreo después de la comida,

como acostumbraba por su poca salud, invitado á que me acompañase á ver á un Hermano enfermo, al punto accedió gustoso, y aunque tuvo que detenerse una ó dos veces al subir las escaleras, por lo cansado que se hallaba, con todo ni una palabra dijo al enfermo que se paseaba en el corredor y eso, á pesar de que el enfermo estaba completamente indiferente á pasear ó á sentarse como lo significó él mismo á una indicación mía de sentarnos; así se estuvo paseando como si nada tuviese hasta que se acabó el recreo.

Por más que algo le molestase jamás se quejaba. Pero si no podía eludir el asunto, respondía sinceramente sin ocultar la verdad, ni tampoco ponderarla.

„No hablar para nada de mí; puesto en la necesidad ser sincero y breve. No fingir en la expresión de lo que siento y conozco de mí, si alguna vez debo hablar. No hablar para nada de mis enfermedades. Preguntado por la salud, si no puedo eludir la respuesta, decir llana y brevemente la verdad». Véase para muestra, como respondió al P. Ferreres:

„Pocas horas antes de su muerte, dice el Padre, oí desde la huerta que los carpinteros de fuera estaban clavando unos maderos en uno de los aposentos próximos al del Hermano. Pareciéndome que el ruido debía molestarle, subí inmediatamente á su cuarto, y aunque los golpes continuaban, nada me dijo. Preguntéle yo: ¿Hermano, no le moles-

ta este ruido? Y él con una dulce sonrisa, contestó: *Un poquito, Padre, un poquito.* Avisé inmediatamente al H. Enfermero y cesaron los golpes».

El siguiente hecho, prueba, no menos su espíritu de abnegación que su espíritu de obediencia y mortificación en todo.

Siempre que tocaba ayuno de precepto, según dijo él mismo en cierta ocasión, pedía permiso para ayunar, siendo así que podía creerse dispensado; pues tenía prohibición severa de los Superiores de hacer un sólo ayuno, sin expreso permiso de ellos. En la cuaresma de 1903 no le dejaron ayunar un solo día. Al fin logró del P. Rector que se lo permitiese el Miércoles Santo, pero con la obligación de pasar á las 10 de la mañana por el aposento del Padre, á decirle como le iba. *«El P. Rector me ha frito,* dijo el H. Goycoolea después. Me ha dado permiso para ayunar mañana, con la condición de que pase á las diez por su cuarto, que es no concederme nada». Y efectivamente, su ayuno no pasó de las diez del siguiente día.

Tal era su conducta en las ocasiones que le venían de mano del Señor; veamos ahora con qué actividad buscaba las acciones de abnegación é inmolación de sí mismo en aras del sacrificio.

«Una de las cosas, son palabras del P. Sallaberry, que más me llamaron la atención en el H. Goycoolea, desde que, en Veruela, tuve la dicha de conocerle y tratarle, fué su

acendrado espíritu de abnegación y sacrificio. A todos era notorio que el H. Goycoolea jamás se negaba á cosa alguna que se le pidiese. Y yo tuve ocasión de experimentarlo en nuestro primer curso de Filosofía, ó sea durante el año escolar de 1902 á 1903. Tenía yo que distribuir entre los discípulos los oficios y ocupaciones de la semana. Desde un principio se me ofreció el H. Goycoolea incondicionalmente á suplir á cualquier Hermano en cualquier oficio y en cualesquiera circunstancias, siempre que ocurriera necesidad; y sobre todo una temporada en que estuvieron enfermos varios Hermanos, me pidió encarecidamente no una, sino muchas veces, que le llamase á él, y que no tuviese ningún reparo, porque se hallaba con fuerzas suficientes para hacer sin notable molestia las veces de los otros. Si algún sábado veía en la tablilla, que no tenía *repetición ó círculo* ó quedaba libre de algún otro oficio, venía luego á mi pieza y me decía con gracia y ademán expresivo: *Memento mei*, ó sea cuenta V. conmigo, si alguien no puede con lo suyo.

Y que no eran meras palabras, pude experimentarlo en más de una ocasión; porque, á la menor insinuación, se lanzaba al trabajo sin más límites que los que á mí me pluguiera asignarle. Por eso antes de pedirle un favor lo miraba mucho; pues sabía de cierto, que no me había de decir que no por nada de este mundo, fueran cualesquiera las

razones que se le pudiesen ofrecer en contrario, ó por salud, ó por sus ocupaciones, ó por cualquier otro motivo.

Su enfermedad de corazón, la delicadeza de su estómago y su naturaleza gastada, que todos conocíamos muy bien, pedían quietud y reposo; y así no se le ponía algunas veces á servir en *primera mesa* (1), cuando le tocaba y otras se le hacía suplir, estando ya designado. En estas ocasiones él se vengaba, sirviendo en *segunda mesa*, ó ejercitando otros oficios humildes, á que era aficionadísimo.

Este mismo curso, último de su existencia, dió pruebas de su afición á los oficios humildes, no faltando un solo día á la distribución que voluntariamente se habían impuesto los Hermanos estudiantes, de hacer faroles y transparentes de papel, á fin de iluminar á la veneciana nuestra Iglesia, nuestro Colegio del Jesús, y el Observatorio del Ebro, en honor de Maria Inmaculada como, en efecto, se hizo con verdadera profusión, los días 6, 7 y 8 de Noviembre de 1904. Solamente en la Iglesia y en el Colegio ardían unos 3,000 faroles.

Mientras el autor de «Víctima Inmaculada» arrancaba tantos aplausos en el nuevo Mundo, y merecía que su composición fuese solemnemente premiada por el jurado del

(1) Llámase *primera mesa* aquella en que acude al refectorio la mayor parte de la comunidad. Tras ésta viene la *segunda mesa*, y en ella comen los que sirvieron á la primera y los que estuvieron ocupados durante la misma.

Certamen Mariano de Santiago de Chile, y que ilustres oradores de su patria se disputasen el honor de declamarla, trabajaba él con sus manos en honra de la Santísima Virgen, oculto á los ojos de los hombres, más patente á los ojos de Dios y de los ángeles, que aplaudían su humildad en el cielo, mientras era aplaudida y premiada su inspiración en la tierra.

En el curso de 1903 á 1904 hacía el H. Goycoolea en un solo año, el segundo y tercer curso de Filosofía, y tenía por lo tanto que preparar en particular el examen general de Física, sin haberla estudiado en la Compañía. Ofrecíame á secundarle en esta empresa, que tenía él por muy ardua. Mas no quiso aceptar mi ofrecimiento si no á condición de que no me llamaría él á mí, sino yo á él, en los días y horas que mejor me pareciesen. Convinimos en ello; pero aun llamado, renunció más de una vez al estudio de la Física, que tanto le preocupaba, para suplir á otros en *círculos ó repeticiones*, para hacer alguna composición, ó ayudar á sus Hermanos en otras cosas, de que podía haber prescindido sin ofensa de nadie y sin faltar á su deber.

Dios premió con creces su generosidad, pues no habiendo entendido bien una cuestión, se la hizo explicar, y la estudió detenidamente la víspera del examen, y al día siguiente se le preguntaron, sin sacarlo de ella en todo el tiempo.

Todo esto que en el H. Goycoolea notaron sus compañeros, lo vemos ampliamente confirmado en sus apuntes espirituales.

„Procuraré, dice en uno de ellos, tener gozo en vencerme en la obediencia y ofrecer los vencimientos á Jesús ó María. Hacer en la oración con frecuencia actos de absoluta indiferencia para todo lo que me quieran mandar, sea lo más difícil del mundo: estudios, grado, casa, hermanos, ocupación, ministerios, método de vida, conveniencias de salud, humillaciones, mortificaciones penosas, rendimiento de juicios arraigados, devociones, todo, hasta la misma vida». „Mi cruz ha de ser la perfecta obediencia y continuo vencimiento».

„Procuraré de veras, dice, huir de lo que sea lucir y *pediré con ahinco ministerio con pobres*».

„Pediré con encarecimiento al R. P. Provincial que me destine á la Leprosería, he sentido fuertes y verdaderos deseos de dedicarme á esta santa obra en estos Ejercicios. Siento que sería mi felicidad y me causa alegría el pensar en obtenerlo» (Ejercicios, 1904).

Hombre de abnegación tan arraigada y profunda, no podía menos de ser muy mortificado. El Señor, por una parte, le probaba con dolores continuos, los cuales llevó siempre con gran paciencia y alegría, sin mostrar de ordinario al exterior, ninguna señal de sufrimiento, y si alguna vez ya no

podía más, lo hacía siempre con suavidad y dulzura.

„Le ví una vez, dice el P. Fernández Pradel, sufriendo agudísimos dolores de estómago, tales que no podía estarse quieto, y preguntándole si padecía mucho, díjome, avergonzado por haber dado alguna muestra de dolor: „No es nada“.

Y el P. Capitán: „Cuánto padecía y sufrió durante mucho tiempo es de todos conocido. Pocas noches antes de caer malo, me dijo que hacía mucho tiempo, no me acuerdo si me dijo años, que no sabía lo que era estar un día sin algún dolor“.

Por otra parte, él mismo no se daba tregua. Todo lo arreglaba con mortificaciones. „Tomaba, dice el P. Vives, (en el Juniorado) unas disciplinas larguísimas: Yo, que estaba á su lado, empecé á contar los azotes, y llegué á contar hasta ciento; y tan fuertes, que dejaba las cortinas salpicadas en sangre. Y, notando esto, yo mismo se lo avisé...“

Tenía el Hermano, por principio fundamental, que la mortificación es condición necesaria para adelantar en el camino de la perfección. „La mortificación, dice, es indispensable y necesaria para conservar los dones de Dios“. Partiendo, pues, de este supuesto, se comprende su continuo afán en mortificarse.

„La disciplina y cilicio, dice en uno de sus propósitos, que me permitan, con fervor. Cada semana hacer una ó dos veces

penitencias en refectorio». «Ponerme penitencia cada vez que caiga en alguna *ostentación* de cosas espirituales». «Animarme á buscar la mortificación interna y externa por odio á mi malicia y por amor de la bondad de Dios».

«Procuraré no tomar posturas demasiado cómodas, ni menos modestas en el estar sentado y en la cama... Usaré con más rigor el cilicio los días permitidos, y tendré por penitencia la mejor observación, y el sobre llevar con paciencia las enfermedades... Tendré especial cuidado en no ceder á la gloria. Fijaré lo que me conviene comer y me mortificaré en no tomar, ó tomar menos de lo que me guste, pero sin quitar de la cantidad que necesito. Tendré medida fija en el beber».

Como se ve, era el H. Goycoolea un fiel reflejo de la regla que dice á todo jesuita, sin distinción ninguna. «Su mayor y más intenso oficio ha de ser buscar, en el Señor nuestro, su mayor abnegación y continua mortificación, en todas cosas posibles»: porque en materia de abnegación no reconocía otros límites, ni otros dictámenes de razón y prudencia sino los de la obediencia y prudencia de los Superiores, que en lugar de Dios había tomado para regirse por ellos, conforme el consejo de San Ignacio; y en materia de mortificación, aunque constante y continua, buscaba siempre aquellos medios que le hacen menos visible y más heroico, teniendo siempre el exquisito cuidado de no

dañar su salud, salvedad que á todos nos pide la regla cuando dice: „Como la solicitud demasiada en lo que toca al cuerpo es reprehensible, así el cuidado competente de mirar como se conserva para el divino servicio la salud y fuerzas corporales es loable y deberían todos tenerle».

Por lo que á nosotros toca, no dudamos que Luis Goycoolea alcanzó en este mundo muy subida perfección y que en el otro goza de la triple corona de apóstol de los pobres, apóstol del Oriente y apóstol de los leprosos: porque fué varón de deseos y éstos los vé y premia aquel Señor que lee en lo íntimo del corazón, y escudriña los más secretos movimientos de nuestra alma.

## CAPÍTULO XII

Limpieza de corazón. — Esmero y empeño en los ejercicios de piedad. — Conversaciones espirituales. — Odio y desprecio del mundo.

**S**u abnegación y vida mortificada fueron, á no dudarlo, fruto de su delicadeza de conciencia y pureza de corazón; pero tampoco cabe la menor duda, de que éstas crecieran frescas y lozanas al amparo de aquéllas, como la rosa entre las espinas: porque nada hay que tanto nos asemeje á Dios como la hermosura del alma y carencia de todo pecado y de toda imperfección, en cuanto de nosotros dependa; dones que sólo se consiguen abrazándose con la cruz y siguiendo de cerca al divino modelo de predestinados, Jesucristo Señor Nuestro, que, siendo Dios, se hizo hombre, y hecho hombre se humilló y se anonadó, y no paró hasta morir en un patíbulo sólo por darnos ejemplo y por redimirnos. ¡Tan caro le costamos y tan importante es la cruz en el camino de la santidad!

Las pretensiones de Luis como jesuita y como fiel soldado de Jesucristo, eran muy elevadas. Aspiraba nada menos que á evitar todo pecado venial deliberado y á ponerse en condiciones de poder un día hacer voto de no cometerlos, tomando esto como oficio de asiento del que debía diariamente rendir cuentas en el tribunal de su conciencia. Tal es el propósito que formula en los Ejercicios de 1904, en un párrafo que intitula *Propósitos principales*. »Tendré todo mi cuidado en evitar todo pecado venial deliberado, preparándome así para poder hacer algún día voto de no cometerlos. En el examen de conciencia me examinaré de ello».

Quien abrigaba tan elevados pensamientos, había de ser por fuerza muy esmerado y prolijo en los ejercicios espirituales y en todo cuanto atañe al servicio directo de Dios Nuestro Señor. En el Noviciado se propuso llevar un diario de sus ejercicios espirituales y luces en la oración. Si lo llevó, no ha llegado á nuestras manos; pero sea de ello lo que fuere, no hay triduo ni ejercicios anuales en toda su vida religiosa de que no nos haya dejado prolijos y bien ordenados apuntes. Y no son éstos aéreos é indiferentes; van siempre ordenados directamente á la práctica. Se ve en ellos palpitar el estado de su alma en aquellos momentos; se adivinan todas sus necesidades espirituales, se refleja en ellos su imagen como en terso y límpido espejo. Nunca hace resúmenes de las medi-

taciones, que éstos más suelen revelar estudio que fervor de espíritu, sobre todo, si son algo largos y detenidos: sólo anota algunas luces, y sobre todo muchos propósitos. Sólo en los Ejercicios de 1903, se mostró algo minucioso en hacer los resúmenes de las meditaciones, pero lo hace en capítulo aparte sin mezclar la doctrina con los propósitos.

Sin duda el P. Niuta, que los daba, congenió con el Hermano, ya por la novedad en la exposición, ya por la imaginación embalsamada en el suave ambiente de la dulce Italia, ya por el modo de ir desarrollando los temas genuinamente oratorio; ya, en fin, por la unción y agudeza ascética de que hizo gran gala el P. Niuta en todos sus ejercicios. Muy útiles debió juzgar el H. Goycoolea las exposiciones del P. Niuta, cuando se decidió á trasladarlas al papel con tanta extensión y esmero. Y no sólo esto sino que, en los propósitos, incluye éste: "Por la mañana en la media hora antes de la oración, reuniré el asunto y la composición de lugar, despertando afectos *á la manera que lo hace el P. Niuta* en los preámbulos antes de dar los puntos"; por donde se ve que le tomó por modelo, y de ahí el empeño en resumir sus meditaciones y pláticas.

Empezando el domingo 6 de Septiembre de 1903 y terminando el domingo 15 de Enero de 1905, se tomó el asiduo trabajo de examinarse *cada domingo* de 34 cosas distintas que apunta cada año al margen de una

libreta de papel cuadriculado en columna vertical, apuntando en el primer renglón de la página los doce meses del año, y debajo de éstos la fecha en que hace el examen, y en el renglón de cada virtud ó vicio, en la columna que corresponde á la fecha, apunta si le ha ido *bien*, ó *mal*, mejor, ó regular, ó sólo ha cometido *una falta*, con estos signos *b, m, mel, r, I f*. Al pie de cada columna, en el último renglón de la llana, que titula *Generalmente* saca la promedia cada semana, con los mismos signos. Es de notar que á todas las *emes* les pone encima una cruz en esta forma  $\frac{+}{m}$ . Suponemos que esta cruz significa ó enmienda ó arrepentimiento ó ambas cosas á la vez. Titula este examen: *Examen Practicum Hebdomadarium*.

En la página 17 de la misma libreta, pone un «Método de hacer bien las obras ordinarias, bajo la protección de la Santísima Virgen, del Santo Ángel y de San Juan Berchmans», que comprende *diez* incisos cortos, los cuales resumen casi todos los propósitos de su vida, y que debía tener probablemente casi de continuo á la vista. Y luego á renglón seguido, en la página 19, empieza por apuntar los propósitos que formaba en el examen práctico, domingo por domingo, sin dejar uno sólo hasta el 15 de Enero del año 5 inclusive, último que pasó en pie: prueba admirable y convincente de la constancia y denuedo con que emprendía las obras del divino servicio. Los propósitos son bien

cortos y llenos de abreviaturas, pero todos revelan reflexión y conciencia de lo que hacía: porque va comparando los de una semana con otra. A veces un mismo propósito lo va repitiendo varias semanas, y luego lo omite ó modifica ó cambia por otro; otras veces se remite sencillamente á los de la semana anterior sin hacer ningún cambio; otras los cambia en parte y en parte no; otras añade ó quita sencillamente algo á los de la semana pasada. Son, en fin, un teje-manaje que supone una actividad y una tensión de espíritu extraordinaria.

Mas digamos algo en particular, que manifieste en concreto su minuciosidad y empeño en lo tocante á las cosas de piedad. En los Ejercicios de 1905, dice:

#### EJERCICIOS ESPIRITUALES

„No omitiré medio alguno para hacer bien la oración y exámenes y me haré violencia para cumplir los que tomase con aprobación del P. Espiritual.

Por ahora tomo el firme propósito de salir con las adiciones bien hechas, aunque vaya parcialmente mejorando, primero una y después otra. Venceré la flojedad y la postura irreverente en la oración... Buscaré meditaciones adecuadas y determinaré, al tomar los puntos, la composición de lugar, los afectos y los propósitos. Seguiré en el meditar, las consideraciones é industrias que propone

el P. Roothaan y que son las que contiene el cuadernito que todos solemos tener.

En los exámenes procuraré dar más tiempo al dolor y propósitos. Para las faltas contra el examen particular ú otras notables me fijaré una pequeña penitencia, que me recuerde el precaverme de ellas.

#### DEVOCIONES

La *Pííssima*; comenzaré á rezarla antes de la oración y la acabaré en la misa, si puedo. Rezaré además durante la misa las *Letánias de la Humildad* en honor de San José; y el *Acto de Consagración al Corazón de María*.

En honor del Corazón de Jesús tomaré con empeño el cumplir con el oficio que me toque, haciendo la visita, diciendo la jaculatoria».

Y con esta minuciosidad sigue descendiendo á casos particulares.

En los Ejercicios de 1904: «Prepararé los puntos con cuidado, pensando en los afectos y propósitos que he de sacar. En el examen de la oración, que prolongaré un poco durante la misa, me tomaré cuenta especialmente de las adiciones, de la reverencia en la oración y del fruto práctico que he sacado. Si en la oración tengo sueño, pediré para pasear sin hacer ruido por el aposento un rato. Procuraré entrar en la oración con mucha reverencia.

En los exámenes de conciencia veré cada día como me ha ido en la humildad, en el dejarme llevar de las imaginaciones y en la observancia de las reglas. Si he guardado recogimiento y si he tenido paz de corazón.

Procuraré, si me lo conceden, leer día por medio vidas de Santos, especialmente de la Compañía, que me enfervoricen y me animen á la perfección.

Guardaré mayor cuidado en prepararme para la Comunión, haciendo coloquios en la oración para prepararme.

Tendré tiempo fijo para rezar el rosario y otras devociones...”

En los Ejercicios de 1899: „Avezarme á vencer las tentaciones, inquietudes con acudir á Dios, á la Santísima Virgen, y hacer actos enérgicos de voluntad”.

En los de 1902: „Como medio principal para conservarme bien en mi vocación y asegurar el fruto de los Ejercicios, tendré el hacer con esmero la oración, exámenes y lectura espiritual”.

De estos y otros Ejercicios, pudiéramos ir entresacando propósitos que muestran, por lo constantes, el amor á todo lo que fuera piedad, devoción, exámenes y todo lo que constituye lo más íntimo y subido de la vida religiosa. Sólo haremos notar que varias veces propone antes contemplar que meditar; y vez hay que se propone llevar el examen particular de contemplar la belleza de Dios en las criaturas, señales todas de que su per-

fección y sus tendencias en todo esto no eran nada vulgares.

Fiel reflejo de la vida interna suelen ser las conversaciones, máxime si son continuas y familiares. Difícil es que un hombre vano y frívolo, hable largo tiempo de asuntos serios y profundos, ó que un disoluto y corrompido, no deje traslucir en sus palabras algo de la podre que le roe por dentro: porque de la abundancia del corazón nacen las palabras, como dijo el Salvador. Así también, no se comprende que un hombre sea muy espiritual, si no habla con gusto de cosas del cielo y no fomenta de uno ú otro modo las conversaciones espirituales. Era en esto muy empeñoso y delicado el H. Goycoolea.

Su conversación era amena y entretenida. Tendía mucho á conversaciones subidas por lo serio del asunto ó por el modo de tratarlo; pero siempre con singular gracejo y gran soltura de palabra, dando pábulo á la imaginación y á retruécanos agudos é ingeniosas respuestas. Personificaba muy bien las ideas: no tenía en esto rival. Sus temas favoritos eran la salvación de las almas, la devoción á la Virgen, al Santísimo Sacramento y todo género de asuntos piadosos que fomentasen, á un tiempo, la devoción y la caridad fraterna, el amor á la vocación, á la Compañía, á nuestros Superiores, á nuestras Constituciones y Reglas, fomentando por todos los medios, cuanto conducía á la mayor gloria de

Dios y al fin de nuestro Instituto. Todos estos eran asuntos de que hablaba con calor y entusiasmo, aunque con prudencia y moderación, sin hacer odioso el tema por recargarlo demasiado ó introducirlo importunamente á donde no era llamado por la fuerza de las circunstancias, antes la fuerza de éstas le impelía no pocas veces á sostener con ánimo y con agrado de todos, conversaciones que cuadraban bien poco á su carácter y á sus nativas inclinaciones; como de economía política, por ejemplo, de matemáticas y otros por el estilo, atendiendo más á la caridad que á su propio gusto. Aunque sus planes eran hablar siempre de Dios; no eran éstos absolutos; no excluían las conversaciones útiles ó indiferentes, que pueden muy bien santificarse y agradar mucho al Señor, si conducen á la expansión del ánimo y á una recreación honesta y entretenida.

No menos se traslucía en sus conversaciones su amor á los ejercicios espirituales, y á todo lo que constituye la vida religiosa y en especial la de la Compañía de Jesús, que su odio al mundo y su aversión á todo lo que olía á mundano y á grandeza de la tierra. Constantemente está proponiendo no hablar del mundo en especial, con espíritu de mundo, y hablar en cambio de cosas espirituales. «Hablar con más empeño de cosas espirituales. No hablar de mí mismo, con especialidad de mundo». «Evitaré en las conversaciones hablar de cosas del

mundo, sobre todo con espíritu de mundo».

Constantemente pide «conocimiento interno y dolor de sus pecados, sentir el desorden de sus operaciones» y junto con estas dos peticiones, «conocimiento y aborrecimiento del mundo». Pero donde más se ensaña contra el mundo es en los Ejercicios últimos de su vida, 1904. «Me conviene, dice, meditar con detención el desorden de mis operaciones, cuando peco y su monstruosidad. Despertaré en mí sentimientos de aborrecimiento á este desorden. De la misma manera al mundo, montón de vanidades y podredumbre. He de procurar comenzar la vida espiritual por sentar bien las bases que me ofrece la primera semana. Buscaré algún libro donde encuentre lectura honda sobre la malicia del pecado y la monstruosidad de todo desorden, para cobrarle un horror grande é instintivo; un aborrecimiento eterno. También me convienen lecturas sobre la vanidad del mundo y otras que me hagan ahondar en el conocimiento propio».

## CAPÍTULO XIII

Devociones predilectas: Virgen Santísima, Corazón de María, San José, Santos de la Compañía.—Unión con Jesucristo.

**E**L H. Goycoolea, como todo varón ilustre de la Compañía, como todo hombre penetrado de nuestro espíritu, profesaba á la Santísima Virgen una devoción tierna, acendrada, intensa. Quien haya leído con atención *sus devociones*, en el capítulo anterior, verá que no le quedaba hora ninguna, distribución ó quehacer en el día que no tuviese relación con la Virgen Nuestra Señora. Nada nos costaría seguir confirmando esta verdad con sólo pasar lijeramente la vista por sus apuntes. Así en los Ejercicios de 1902, leemos:

„Hacer con más brío las mortificaciones que me permiten.—No perder las oportunidades de ocupar los sitios más molestos... y *añadir algo más los sábados en honor á la Virgen*, como no sentarme en misa, hacer

alguna penitencia en refectorio, llevar más rato el cilicio, ó por la tarde. Procuraré ofrecerle además los sábados algún particular acto de mortificación del corazón, y en general, refrenar la imaginación, para no andar pensando en naderías ó cosas de mundo».

Si quería escribir, no acertaba á trazar una letra, sin haber antes arrancado á su pluma un saludo á la Reina de los Angeles. Propósitos, poesías, sermones, argumentos, todo aparece dedicado á la Santísima Virgen con estas jaculatorias: *Maria, sis mihi propitia; Dulce Corazón de María, sed mi salvación; Ad suavissimum Mariae Cor; Ave María; María, Mater gratiae, ora pro me; ú* otras semejantes, acompañadas alguna vez de un dibujo del monograma de María.

Tenía el H. Goycoolea trato íntimo y familiar con la soberana Madre de Dios. «Mucho acudir á la Santísima Virgen» dicen aquí sus anotaciones espirituales. Y allá leemos: «Procuraré hacerme habitual el examen de las diversas obras y distribuciones, preguntando á la Santísima Virgen, al dar la hora: *Madre, estáis contenta de mí?*» Muchos propósitos de cosas las más diversas entre sí, que no tienen relación alguna con el culto de María, terminan con esta frase: *Acudir á la Santísima Virgen.* «Me preguntaré á menudo, se dice en otra parte: *Ad quid venisti?*—Y á la Virgen: *Madre, estáis contenta de mí?*»

Le había seriamente encomendado cuanto de más caro tenía en este mundo, y de un modo muy especial, su vocación, su perseverancia en la Compañía, su muerte y su eterna salvación. Véase con qué solemnidad se encomienda á Nuestra Señora en los Ejercicios de 1902. «Poner, dice, todo mi cuidado en hacer bien la oración y exámenes. Meditar con frecuencia y pedir las gracias de los tres coloquios (1): conocimiento interno y dolor de mis pecados,—sentir el desorden de mis operaciones,—conocimiento y aborrecimiento del mundo. En los exámenes diarios llorar mucho mis pecados y prepararme á la muerte. Fijar la atención cada vez que rece el Ave María *en el et in hora mortis nostrae*, para pedir á la Virgen (cada vez) me dé muerte santa en la Compañía».

A sus tiempos ofrecía nuestro Luis á la Reina de su corazón particulares homenajes y servicios, regulados siempre por la santa obediencia; la cual ha servido de ocasión, para que vengamos en conocimiento de ellos: pues se conservan algunas de las listas presentadas por él á la aprobación de los Superiores. Citaremos dos de estas listas.

(1) Los tres coloquios son uno á la Santísima Virgen; el segundo al Hijo por medio de la Madre; y el tercero al Eterno Padre, por medio del Hijo, como suele hacerlo S. Ignacio en el libro de los Ejercicios.

La 1.<sup>a</sup>: (1)

„Tributo de virgíneas flores, que se ofrecerá á la Madre de Dios; durante el mes de María.

*Nulla mihi, pia Virgo, dies sine floribus ibit,  
Serta quibus capiti dem placitura tuo.  
Quam libet in mediis vitam traducere spinis,  
Tantus honor natis si venit inde rosis!  
At tua pro tali, sic das sperare, corona,  
Serta feres servo non peritura tuo.*

#### OFRECIMIENTO COTIDIANO

¡Serenísima Emperatriz de cielo y tierra, Señora de mi corazón, Virgen María! Reciba, os suplico, vuestra virginal maternidad esta flor á vos debida, aunque indigna de tan grande majestad: entretejeda con vuestras floridas virtudes; y haced que mañana sean mis flores frutos de honra y gloria vuestra á mayor gloria de Dios.

#### FLORES

I. Los puntos (para la meditación) preparados con diligencia.—II. Horas de meditación.—III. Días de examen general y particular. — IV. Comuniones espirituales. — V. Conversaciones piadosas.—VI. Horas de silencio y de modestia.—VII. Horas de estu-

(1) Menos los tres disticos trasladados á la letra, todo está traducido del latín.

dio ó de clase.—VIII. Oficios humildes.—IX. Cilicios ó disciplinas.—X. Actos de caridad.—XI. Actos de humillación.—XII. Saludos á la Madre de Dios con el *Ave María*, la *Salve*, el *Memorare*.—XIII. Actos de mortificación y propia abnegación».

El 2.º catálogo de obsequios, y postrero de los ofrecidos por el H. Goycoolea á la Santísima Virgen, es el de la novena de la Inmaculada del año jubilar; es como sigue:

### OBSEQUIOS Á LA VIRGEN SANTÍSIMA

#### DURANTE LA NOVENA

1.º Examen particular sobre hacer ofrecimiento á la Santísima Virgen de todas las obras del día.

2.º Cortar todo pensamiento que me inquiete y afectos á personas.

3.º La comunión y vela concedidas. Visitas.

4.º Llevar todos los días el cilicio.

5.º Ayunar la víspera de la Inmaculada.

6.º Ofrecerme para que me saquen á *culpas*, si se hacen los avisos del mes en forma de *culpas*.

7.º Dejar algunos días el postre; y algunas otras pequeñas mortificaciones semejantes.

8.º Buscar cada día alguna ocasión de hacer un acto de humillación.

9.º Acabar estos días la novena al Purí-

simo Corazón de María y meditar cada día de la Virgen.

10. *Cocina* (1) y *pícola* (2).

11. Besar los sábados los pies á los pobres». Estos dos últimos obsequios deben referirse á todo el mes de Diciembre. Pudiéramos añadir dos obsequios, que no pone el Hermano en lista, pero que no es menos cierto que le ofreció de todo corazón. El uno fué pedir á la Virgen se lo llevara al cielo para el día de su fiesta jubilar; pues que pidió morir el día 8 de Diciembre de 1904. El segundo fué regalar en su honor, y en conmemoración de su jubileo al Colegio Máximo del Jesús, en Tortosa, una estatua de la Inmaculada, obra del escultor valenciano D. Ricardo Soria. Colocada en el jardín de aquel Colegio sobre sencillo, pero esbelto pedestal, con esta breve inscripción: *A María Inmaculada en su año jubilar 1904*. Se inauguró y bendijo el 31 de Mayo de 1905, con asistencia de la Comunidad. Celebróse delante de ella, una sencilla academia familiar, declamáronse varias composiciones, entre éstas la del H. Goycoolea *A la Virgen del Pilar*, inserta en los apéndices; hubo por la noche iluminación á la veneciana, solemnizóse, en una palabra, el acto por lo mismo

(1) Durante la *primera mesa* ir á la cocina á fregar platos, cuchillos... ó hacer otra cosa que ordene el H. Cocinero.

(2) Del italiano *piccola*: nombre que damos en la Compañía á una pequeña mesa colocada en medio del refectorio, donde se come de rodillas, obsequio libre que cada cual ofrece según su devoción.

que no le sobrevivió nuestro Hermano, causante de aquellas fiestas.

De su amor á la Santísima Virgen hablan con efusión sus compañeros y Hermanos.

„En otra ocasión, dice el P. Fernandez Pradel, me decía, que aunque indudablemente amaba más á Jesús; pero que quizás se acordaba más veces de la Santísima Virgen, y acudía con más frecuencia á Ella, y ejercitaba más actos de su amor.

¡Cuántas veces me habló del amor á la Santísima Virgen! De él aprendí á rezarle siete Ave-Marías en honor de los siete dolores, y me exhortaba á que rezase en honor de la Inmaculada Concepción seis Padrenuestros y seis Ave-Marías. El, según entendí, lo hacía, cuando iba por los tránsitos.

El año pasado nos escribía, contando con extraordinario gusto, que se traslucía en sus frases, lo que el P. Rector de Tortosa le había concedido para obsequiar en el mes de Mayo á la Santísima Virgen. Aun recuerdo de los dos años que fué *Sub-bedel* cuánto trabajó al llegar el mes de Mayo, para excitar el entusiasmo de sus Hermanos, hablando en particular con muchos, para que cada cual fuese á manifestar al P. Rector sus deseos de honrar á la Santísima Virgen, y á pedirle permiso de practicar algún obsequio de los que él mismo le había sugerido.

El P. Fernando Vives recuerda una menudencia que podía parecer más, que pone de relieve como el H. Goycoolea cuidaba de

practicar sus propósitos de servir y obsequiar á la soberana Madre de Dios. Pasó, dice, llorando todo el tiempo de examen, porque nuestro P. Maestro de novicios, el P. Cherta, no le permitió dejar el vino durante el mes de María».

«A la Santísima Virgen María la amaba tanto, dice el P. Najurieta, especialmente por ser nuestra Madre, que un día al oír en un día de campo, que sus compañeros contaban el conocido *Madre mía, que estás en los cielos...* se conmovió tanto, que no pudo contener las lágrimas».

Su devoción predilecta, sin embargo, era la devoción al Purísimo Corazón de María. Esto le movió, como hemos indicado antes, á ingresar en la Congregación de los Sagrados Corazones; esto manifestó él mismo en diversas ocasiones, y no podía ser menos, siendo como era, celoso *propagandista* del culto al Corazón de María; esto manifiestan claramente sus papeles, como se verá en seguida.

El P. Fernandez Pradel, en un párrafo titulado *Los amores del H. Goycoolea*, dice:

«En la última vez (por Septiembre de 1904) que tuve el consuelo de hablar con el H. Goycoolea, recuerdo que, con insistencia, me repetía: «Creámelo, otras cosas tal vez es voluntad del Señor que, aunque nosotros creamos ser muy buenos para nosotros, no las tengamos y se contentará con nuestros deseos y esfuerzos por alcanzarlas. Pero

hemos de anhelar siempre porque nuestro amor esté fijo *en Jesús, en el corazón de María y en nuestra vocación á la Compañía de Jesús. Fomentemos este triple amor y nuestra vida será feliz*».

Refiriendo el P. Luis Rayneld, como las conversaciones de Luis en el Seminario de Santiago, versaban casi siempre sobre la vocación al sacerdocio, el celo de las almas y de los motivos que le impelían á dejar el mundo y abrazar el estado religioso, añade:

«Estas pláticas se repetían bajo diversas formas, pero en substancia siempre versaban sobre la vocación y sobre el culto divino, y pasando más adelante me recomendaba la devoción á la *Santísima Virgen*, especialmente al purísimo Corazón de María».

«Muchas veces le oí hablar, cuenta el P. Raggi, de este su delicioso tema, la devoción á su Santísima Madre la Virgen Inmaculada, y siempre con no sé qué de celestial y divino, con que sin sernos molesto, nos recreaba con el benéfico rocío de sus palabras, empapadas de unción y de amor al melifluo Corazón de María. Estando ambos en Veruela, á fines de su curso de retórica, salimos una tarde á paseo con otros dos Hermanos, los cuales se adelantaron un poco, quedándose atrás conmigo el H. Goycoolea. Entonces comenzó á platicar de unas y otras cosas, hasta que habiendo hecho recaer suavemente la conversación sobre la devoción á María, me decía...: «Hemos de tomar

la devoción á la Virgen, según yo creo, no así á bulto y en general, sino que hemos de escoger cada uno un título ó misterio de Ella, que más mueva y aficione nuestro corazón, y bajo ese misterio esforzarnos por honrar de veras á la Santísima Virgen con todo nuestro cariño y amor, de suerte que el solo recuerdo de él encienda nuestro espíritu... Unos tienen especial amor al misterio de la Inmaculada, otros á la Virgen del Carmen, otros á los dolores tan acerbos de Nuestra Señora; yo para mí he escogido la devoción y culto al purísimo Corazón de María... Porque si nos cautiva y enamora en la Inmaculada Virgen María aquella su incomparable pureza y fragante hermosura de cuerpo y alma ¿cuál es el tabernáculo y cáliz sagrado, donde como en su centro reside esa sin par pureza, sino su purísimo Corazón? Si nos enciende y arrebató el fuego divino de su caridad y aquel materno cariño con que nos sentimos amados por ella sin merecerlo, ¿dónde se fraguan todos esos efectos sino en el horno de su amantísimo Corazón? Si aquella su tan profunda humildad nos atrae dulcemente, y la amamos por la inmensa variedad de sus virtudes, y deseamos vivamente imitarlas, ¿dónde las hallamos todas comprendidas, como en síntesis, sino en el verjel florido de su purísimo y humilde Corazón? Finalmente, si llenos de piedad y de ternura hacia nuestra dulcísima Madre María, la compadecemos en sus

penas y dolores, y nos mueve á devoción ver lo mucho que padeció por nosotros, ¿no es por ventura su Corazón purísimo el ara y el altar sacrosanto, donde se inmoló á sí mismo con el fuego de la más encendida caridad? Porque todo cuanto padecía Cristo en su cuerpo santísimo, lo padecía también María en su angustiado Corazón de Madre... Y á este tenor fué diciendo aquella tarde otras lindezas y hermosuras, que brotaban de su enamorado pecho, que aunque mi memoria ya no las recuerda todas, conserva mi alma, á lo menos en parte, la impresión y fruto que en ella produjeron. ¡Ojalá hubiese hallado el H. Goycoolea mejor dispuesta la materia, para imprimir su forma! La Virgen le habrá premiado ya el grande beneficio que me hizo».

Lo que más nos puede dar idea de esta ternísima devoción de nuestro Hermano, es una carta de Esclavitud al Purísimo Corazón de María que insertamos íntegra sin añadir ni quitar ni una letra. Dice así:

†  
JHS

#### AVE MARÍA

Carta de esclavitud al Purísimo Corazón de María.

Sepan todos los que esta carta de esclavitud leyeren, que yo me vendo por esclavo

perpetuo del Purísimo Corazón de la Virgen María, Madre de Dios y Señora Nuestra, con donación pura, libre y perfecta de mi persona y bienes, para que de mí y de ellos disponga á su voluntad este dulcísimo Corazón, como dueño y señor mío, poniendo juntamente en las manos de la Santísima Virgen el voto que hago de ceder en favor de las ánimas benditas del purgatorio la parte satisfactoria, no solo de todas mis obras, sino también de las oraciones y sufragios que por mí se hicieren en vida ó después de muerto, si fuere de mayor gloria de Dios. Y porque me hallo indigno de que tan soberana Señora me otorgue esta merced, ruego al Angel santo de mi guarda, al Señor S. José, á mi Padre S. Ignacio, mi santo patrono S. Luis Gonzaga, S. Juan Berchmans, S. Estanislao, S. Narciso, S. Francisco de Sales, S. Agustín, San Rafael Arcángel, San Bartolomé, Sta. Teresa de Jesús, Sta. Filomena, y la Bta. Margarita M. Alacoque, me alcancen de la Santísima Virgen María que me reciba en el número de los esclavos de su Purísimo Corazón.

Y en testimonio de verdad lo firmé en Sta. María de Veruela (Aragón) á 27 de Agosto de 1899.

Luis Goycoolea S. J.

Dulce Corazón de María, sed mi salvación».

El margen lleva escritos dos veces por

contraseña los nombres de Jesús, María, José.

En una hojita suelta que debe referirse probablemente al mes de Mayo de 1904, hace referencia á esta carta de esclavitud, por estas palabras:

»Consagración total de mis obras con sus efectos impetratorios y satisfactorios, incluso el voto de ánimas, al Purísimo Corazón de María».

A esta carta se refería quizá cuando dijo el P. Fernandez Pradel »que, con anuencia del R. P. Provincial, había ofrecido un obsequio al purísimo Corazón de la Santísima Virgen, si le concedía cierta gracia; y que había sentido cómo Ella satisfacía sus deseos».

Queda todavía una prueba que alegar en favor de la devoción que profesaba el H. Goycoolea á la Virgen Nuestra Señora, y es la *Novena de la Confianza en el Purísimo Corazón de María*, compuesta por el Hermano, y uno de los obsequios predilectos que deseaba él ofrecer á su Inmaculada Madre. De esta novena ha dejado el Hermano dos ejemplares distintos, y había comenzado á enmendar el segundo durante las fiestas de la Inmaculada del año jubilar. La reservamos para los *Apéndices*, donde irá unida á otros escritos de nuestro Hermano Luis, que juzgamos han de leerse con edificación.

A este acendrado cariño á su tierna Madre

la Santísima Virgen unía Luis la devoción á San José, á quien tenía encomendada la guarda de sus votos, hechos el 19 de Marzo del 98, como queda referido. Nunca podía mirar á la Sagrada Familia sin sentirse suavemente emocionado, como escribía á su hermana María; y sobre todo, invocaba su patrocinio para la hora de la muerte. Por medio de San José, acudía á la Virgen, según el consejo de León XIII; y puede verse en la carta de esclavitud. Lo mismo que de la Inmaculada, nos ha dejado también un monumento póstumo del Santo Patriarca, en una estatua, vaciada como aquélla de la Virgen en los talleres valencianos de Soria. Se halla en el patio central de la casa de San José, en Roquetas; fué bendecida por el Ilmo. Señor Obispo de Tortosa, Dr. Don Pedro Rocamora, el 8 de Junio de 1905, celebrándose una función análoga á la del 31 de Mayo.

Venían en tercer lugar el Angel de su Guarda y los Santos de la Compañía, medida muy prudente: porque nuestros grandes modelos han de ser nuestros Santos, personificación del espíritu de Ignacio é imagen viva de la santidad de nuestra regla. Siendo uno el cielo; una la gloria á que todos aspiramos; una la infinita perfección de Dios que nos ha de hacer felices por toda la eternidad: con todo, muchas son las mansiones que hay en la casa del Eterno Padre, según expresión de Nuestro Señor Jesucris-

to; muchos los caminos que á ella conducen, como son muchas las sendas que conducen á la cumbre de un monte sin que por eso deje ésta de ser una, y el término de todas las sendas el mismo: pudiendo de cada una de ellas decirse: este es el camino del monte Santo. Tal acaece con el camino del cielo; con la perfección religiosa. No está el acierto precisamente en tomar el que en absoluto sea más perfecto, sino en tomar aquello que mejor conduce al término, según los designios amorosos de la Divina Providencia. Así como al viajero lo que más le conviene, no es precisamente el vehículo más perfecto ni la invención más moderna, sino aquélla que mejor cuadre en el camino que ha tomado: pues sería necedad pretender embarcación si el viaje ha de ser por tierra, ó tren, si por carretera ó por la vereda de un monte. En este supuesto, por consiguiente, lo mejor que pudo hacer el H. Goycoolea, puesto que era jesuita, fué darse á leer vidas de Santos de la Compañía, empeñarse en imitarles y empaparsa de su espíritu: porque ellos, conocedores del camino, podían guiarle como nadie, por la senda que había emprendido hacia la Jerusalén celestial, como vemos que lo hizo dedicando algún tiempo á esta clase de lectura, invocando ante todo á Nuestro Santo Padre Ignacio; y tomando por modelo como el más imitable de todos, San Juan Berchmans, porque sin hacer nada extraordinario, lo hizo todo extraordinaria-

mente bien, y tomando como él, por penitencia, entre todos, suma, la vida común y ordinaria que hacemos los de la Compañía, sin querer eximirse absolutamente de nada: *Mea maxima panitentia, vita communis.*

Pero vengamos ya al amor de sus amores. Este era Nuestro Señor Jesucristo, y de un modo más sensible, su amor Sacramentado: porque sentía profundamente la soledad de Jesús en el Tabernáculo, como anota el P. Raggi por estas palabras:

„Cuando había de predicar observé que casi siempre recaía su tema sobre Jesús Sacramentado, y con tanta unción y sentimiento lo hacía, que la primera vez que le oí en nuestra iglesia de Córdoba hace seis ó siete años, dijo esta frase poco más ó menos que aún no se me ha borrado: „Gran corte tiene el mundo y van los hombres en apiñadas muchedumbres á prestarle honor y vasallaje, y Cristo, nuestro buen Jesús, pasa los días y las noches en triste soledad!„

Esto le movía á desagravio á Cristo de esta injuria, haciéndole compañía largos ratos, siempre que sus ocupaciones y la obediencia no disponían otra cosa.

„En el noviciado, dice el P. Fernandez Pradel, le hallaba con frecuencia en la Capilla en los tiempos libres, los ojos llorosos y con tal aire de devoción, que me enfervorizaba de solo verle„.

Lo mismo dice el P. Raggi:

„Su amor á Cristo se traslucía en las

fervorosas palabras con que hablaba á menudo de El en los recreos, y sobre todo de Cristo Sacramentado, en cuya presencia yo le veía pasar largos ratos con suma reverencia y compostura durante el tiempo del Noviciado». Pero oigamos del mismo Hermano.

»Llevar, dice, el examen particular de unión amorosa con Jesucristo. Tenerlo siempre ante mis ojos y en la mitad de mi corazón. ¡El lo quiera! No negar ningún movimiento á la gracia, si Dios me ayuda. Ser fiel á mi Señor y mi bien. Más modestia en la capilla. Ayudarme con los medios posibles al fervor. Insistir en mis ratos de oración ante el Santísimo. Tener gran cuidado de evitar las faltas de reverencia y distracciones voluntarias en la capilla y oración». (Triduo para los votos).

En todos los misterios de Jesucristo veía el H. Goycoolea el prodigio del amor de Dios hacia el hombre, y como una de las virtudes que más vuelo tomaron en su corazón de oro, era la gratitud, de ahí que su amor y reconocimiento á Jesucristo no reconociera límites: de ahí la belleza con que le afluían palabras siempre que hablaba de Cristo Nuestro Señor. Véase con que unción, novedad y ternura resume la plática del P. Niuta sobre *las siete palabras*, en los Ejercicios de 1903». En la cruz se consume, dice, el misterio del amor. Las siete palabras de Cristo en la cruz son palabras del amor.

Palabras del amor suplicante: *Ignosce illis*.  
Del amor generoso: *Hodi mecum eris in paradiso*. Del amor pródigo: *Ecce Mater tua*.  
Del amor abandonado: *Ut quid dereliquisti me?* Del amor sediento de almas y de la gloria de Dios: *Sitio*. Del amor consumado que consume el sacrificio: *Consummatum est*.  
Del amor resignado: *In manus tuas commendo spiritum meum.*»

Resultará más esta unión del Hermano con Nuestro Señor Jesucristo y podremos vislumbrar su alcance en el capítulo XV, al tratar de la *humildad*; por ahora copiemos, para concluir, algunos de sus propósitos sobre este particular.

»Procuraré, en los trabajos y padecimientos, sentir gusto, y si fuese posible, tener mis delicias en estar en cruz por Cristo. Leeré, siempre que pueda, algún párrafo de la Imitación de Cristo, para andar entretenido en santos pensamientos y guardar, como un tesoro, la paz del corazón». (Ejercicio, 1902).

»Iré contra el deseo de ser estimado, huyendo ocasiones y rectificando la intención, dirigiéndola á la mayor gloria de Dios y amor de Cristo y salvación de las almas; con esta jaculatoria, que procuraré hacerme familiar al empezar y en el decurso de todas mis obras: *Amore tui, Jesu, et animarum*». (Ejercicios, 1900). Este propósito, con esta jaculatoria, variando la forma, pero nunca el sentido, lo repite muchas veces.

Ya hemos visto su promesa de servir al

Señor *en lo más costoso hasta la muerte*: allí mismo añade: «No ser más mío; de Jesús todo hasta la muerte por la pobreza, castidad y obediencia, por el cumplimiento de mis reglas, de mis obligaciones y la continua mortificación». (Triduo para los votos).

En lo que más muestra el H. Goycoolea, su unión con Dios, su unión con Jesucristo, es el continuo afán de hacer actos de caridad perfecta y de perfecta contrición; en el alto aprecio que hacía del fin á que fué llamado al entrar en la Compañía, y los medios que ponía para conseguirlo, buscando, conforme al dictamen de San Ignacio, con preferencia, los medios que *más unen al instrumento con Dios, para mejor aprovechar á las almas*. En los Ejercicios de 1904, dice, en la 2.<sup>a</sup> meditación del 2.<sup>o</sup> día: «El Señor, en su misericordia infinita, me ha concedido en esta meditación, un sentimiento de verdadero dolor de mis pecados. *Te Deum laudamus!*»

## CAPÍTULO XIV

Observancia regular.—Los votos.—Indiferencia ignaciana.—Cómo la entendió Luis.

**L**A perfección de nuestra vida, dice el H. Goycoolea, consiste en la perfecta observancia de nuestras reglas. Imitemos á San Juan Berchmans. Meditemos, como él, cada mes, las santas reglas, en particular, aquéllas de que tengamos más necesidad y los motivos que encarecen la santidad de nuestras reglas y como debemos poner todo nuestro empeño en observarlas con toda perfección». (Ejercicios, 1904). Y de que esta convicción profunda era la norma de sus acciones, tenemos abundantes pruebas.

„No recuerdo, dice el P. Alegre, haberle visto faltar nunca en nada». Lo mismo dice su connovicio y conjunior, P. Najurieta: „No me acuerdo, aunque lo he pensado mucho, haberle visto jamás quebrantar la menor de las santas reglas».

„Como religioso, añade el P. Sitjar, era

muy edificante, tanto, que estoy ahora recorriendo con la memoria los dos años que lo tuve de discípulo, y puedo asegurar que no recuerdo haber visto en él nada menos ajustado á la regla».

»Yo nunca noté, dice el P. Ferreres, ni sé que otros notaran falta alguna en el H. Goy-coolea».

»Siempre le ví, dice el P. Capitán, observante y exacto guardador de las reglas y disciplina religiosa. Y puedo asegurar que, fuera de una ligera falta de silencio (hasta los Santos tenían sus faltitas), no me acuerdo haberle visto cometer ninguna falta: tanto, que á veces me llegó á parecer algo nimio en el exacto cumplimiento de sus reglas».

La observación del P. Capitán sobre el silencio nos parece justa y verdadera, tanto porque en su examen práctico, casi siempre la paga el silencio, que es el defecto que se lleva más *cruces*, como por el modo de formular algunos de sus propósitos en esta materia, que supone alguna faltita, aunque menuda y quizá nunca llegó á falta moral: 1.º, porque no es fácil; 2.º, porque no era hombre, que anduviese, ni mucho menos, derramado por la casa hablando con todo el mundo. Pero es tan difícil de dominar la lengua, tan oportuno eso de decirle una palabrita al vecino en las diferentes ocurrencias de la mensual, ó del círculo ó de la clase, por otra parte no se ve en ello falta notable.

Pero si hubo algunas faltas, es cierto que nunca hizo las paces con ellas; que muchas veces el mal no está en faltar, sino en no enmendarse, ó por lo menos intentarlo. De que no se dió en esto tregua, da fe el siguiente propósito: "Diré en refectorio la culpa por toda falta de silencio, especialmente con los de otra clase, si alguna vez falto".

En materia de observancia, lo más sagrado son los votos de pobreza, castidad y obediencia: de los cuales, el primero quiere San Ignacio que *se ame como madre*, que *se mire como firme muro de la religión*, y que *se conserve en toda su puridad*; en el segundo quiere que *empleemos la pureza angélica en la limpieza de cuerpo y mente*; y que el *tercero sea el distintivo de la Compañía*. En todos tres fué eximio el H. Goycoolea.

De su espíritu de pobreza, y cómo procuraba sentir los efectos de ella, dan fe sus papeles y todas las cosas de su uso, siempre de la inferior calidad. He aquí una frase suya, notable por lo gráfica y sencilla: "*Ser buen pobre*", y continúa luego: En cuanto de mí dependa, seguir la comunidad". Y efectivamente es buen pobre, con la pobreza que Dios le pide, el religioso enemigo de exenciones, cuyo vestido y sustento son en todo conformes con las prescripciones de la regla. Los achaques habituales le proporcionaban al H. Goycoolea frecuentes ocasiones de apartarse razonablemente de la vida común, mas él esperaba siempre la orden del supe-

rior, y de tiempo en tiempo cuidaba de procurar que se revocase. El último curso de filosofía se acostaba media hora antes que la comunidad, pero al comenzar la teología obtuvo se le permitiese renunciar á este pequeño alivio.

Como hombre que despreciaba por carácter, y casi por instinto, las cosas de este mundo, muy poco hubo de luchar Luis en materia de pobreza. Es la virtud de que menos habla, después de la castidad. De ésta sólo haremos notar que, en el cuadro del examen práctico, donde ocupa el octavo lugar, no le pone absolutamente ninguna falta; todos son *bes*; siempre *bien*; nunca halló en esto defecto ó cosa digna de enmienda.— Tenía un cuidado exquisito en refrenar la vista, la gula, el apetito, los sentidos todos, siendo siempre morigerado y modesto en todos sus movimientos, sin que se le notara el menor desarreglo en nada.

Por lo que hace al tercer voto, dice el P. Ferreres: "Tenía un grande hábito de conformarse con las disposiciones de la obediencia, y encontrar razones para tener por mejor lo que ésta ordena. Habiéndole tocado un aposento no de los mejores de la casa, le pregunté si se hallaba bien en él, á lo cual me contestó: Estoy muy bien, Padre, y he dado muchas gracias á Dios por haberme tocado tal aposento. Es muy abrigado para el invierno y muy ventilado para el verano. Y aunque las ventajas que hallaba para el

invierno parecen no poderse avenir con las del verano, muestran su amor á la obediencia y su prontitud en hallar razones en su favor».

De este su espíritu de sujeción á la obediencia tenemos una prueba cariñosa y atenta, en carta á su padre, fechada en Córdoba el 30 de Noviembre de 1898:

»En cuanto á mi salud, dice, no sé qué más puedo desear que como estoy; pues me encuentro muy bien, y hasta mi malestar del estómago ha desaparecido; de manera que muy rara vez lo siento y nunca fuerte, como antes. Los superiores creen que debo alimentarme bien, y esto hago, *pues no quiero más voluntad que la de ellos, que es la de Dios*. Nada pues, debe temer en cuanto á mi salud. Y le diré más: que hasta el clima encuentro suave y en realidad, sea porque me he aclimatado, ó porque es de suyo benigno, nada me ha hecho sentir en el año».

Esto de no querer más voluntad, que la voluntad de los Superiores, era para el H. Goycoolea, punto más que sagrado. Ya hemos visto con cuánta prolijidad y estudio andaba siempre excogitando y consultando, en caso de colisión entre dos virtudes, cuál era la más perfecta, como el viajero que, en hallando dos caminos que le conducen al mismo término, piensa y discute cuál le conduce mejor, antes de proseguir su viaje: mas, en llegando á la obediencia, en viendo cruzarse de por medio la voluntad de Dios

manifestada en los dictámenes de sus vicarios en la tierra, ya no había lugar á litigio, ya estaba zanjada la cuestión. Nunca jamás, por ningún evento, sacrificó Luis la obediencia á ninguna virtud. Como insinuamos en el párrafo *pugna ante dos virtudes*, solía decir en toda elección: *excepta obediencia, dentro de la obediencia, dentro los límites de la obediencia*, etc. Y tenía razón: porque, como enseña San Francisco de Borja, la obediencia es como una nave, que siempre nos conduce al puerto, ya sea que comamos, que juguemos, que durmamos, que nos empleemos en altos ó en ínfimos ministerios: todo está en no salirse de la obediencia, como le pasa al viajero, que, mientras no se sale de la nave, aunque camine hacia popa, va siempre en derechura al término de su viaje; va siempre adelante; y lo mismo da que juegue ó que trabaje; llegará siempre á la misma hora y con las mismas probabilidades de éxito.

„En las obediencias, que me sean difíciles, ó me venga pensamiento de que no son prudentes, haré, dice, este acto reflejo: precisamente esto y no lo que yo quiero ó creo es lo que Dios quiere de mí, para su mayor gloria en este momento. Esto me lo manda Dios, no el superior, ó el *bedel*.

Particularmente me he de actuar en que es la voluntad de Dios, que quiere para su mayor gloria que yo cumpla la obediencia que me imponen, si alguna vez me parece

que esa obediencia puede estorbar el fruto en las almas, ó el mío. En caso de verdadera duda, proponerla, y propuesta, obedecer con convencimiento de que Dios lo quiere». (Ejercicios anuales, 1903).

Quien así había experimentado las dulzuras de la observancia regular, y había sentido el placer profundo que deja en el alma, la conciencia del exacto cumplimiento de su deber, bien pudo cantar en buena poesía, pero con más verdad que poesía:

„Jesús, mis votos — te ofrezco hoy día:  
De amor eterno — promesas son.  
Feliz el alma — que á tí se entrega:  
Será su vida — vida de amor...  
... Y cuando llegue — la dulce muerte  
A helar de frío — mi corazón  
Con estos votos — el alma mía  
Sellará el pacto — de eterno amor”.

## CAPÍTULO XV

Unión con Jesucristo por la práctica de la humildad. — Aspiraciones de Luis en el ejercicio de la humildad. Pasos que dió en este ejercicio. — Seguridad de su proceder.

**N**o hay virtud sobre la cual tanto haya escrito el H. Goycoolea, como la virtud de la humildad: ninguna ha sido tampoco objeto de tan generosos y levantados propósitos. Ya en el Noviciado se propuso no dejar pasar día ninguno sin practicar algún acto de humillación y á ser posible heroico. No se crea, sin embargo, que buscó la humillación por la humildad en sí misma: no diremos que alguna vez no lo hiciera, mas no era éste su principal intento. El H. Goycoolea tomó el ejercicio de la humildad, como un ejercicio práctico de unión con Jesucristo. Colegimos esto, en primer lugar, del empeño en que se propuso llegar al *tercer grado de humildad*. Entendía el Hermano por tercer grado de humildad, el que

enseña San Ignacio en los Ejercicios; y éste no es sino el grado más sublime de unión con Jesucristo, por imitación y por amor, como no podrá menos de confesarlo, quien lea con atención las palabras de nuestro Santo Patriarca. "La tercera, dice, es humildad perfectísima; es á saber, cuando, incluyendo la primera y segunda, siendo igual alabanza y gloria de la divina Majestad, por imitar y parecer más actualmente á Cristo Nuestro Señor, quiero, y elijo más pobreza con Cristo pobre que riqueza; oprobios con Cristo lleno de ellos, que honores; y desear más ser estimado por vano y loco por Cristo, que primero fué tenido por tal, que por sabio ni prudente en este mundo".

No sabemos que más se pueda decir, ni más subido sobre la unión del alma con Jesucristo, que lo que incluye San Ignacio en estas breves cláusulas. Siguiéndose igual alabanza y gloria de Dios en la riqueza, honores y ser tenido por sabio y por prudente, abrazarse con sus contrarios, sólo por imitar á Cristo Nuestro Señor, sólo por parecersele más actualmente, y porque Él antes fué pobre, afrentado y tenido por vano y loco: mucha perfección es esta; mucho amor supone, mucha unión con Jesucristo, ó mejor dicho, es, como se ve á primera vista, el más elevado ejercicio de unión con Él que se pueda imaginar. Pues aquí tendía el H. Goycoolea: bajo este aspecto hay que considerarle cuando le vemos ir apresurado

tras el tercer grado de humildad; sin esta aclaración no se entienden sus propósitos sobre este punto, interesante, de su vida: porque la humildad es fundamento y base de la perfección cristiana, y mucho más de la perfección religiosa.

En los Ejercicios de 1902, tomó con todo empeño el ejercitarse en el tercer grado de humildad, y hablando de no desechar ninguna humillación, ni consentir repugnancia: «Será éste, dice, un obsequio particular que haré este año á los Sagrados Corazones de Jesús y María». También procuró ejercitar el tercer grado de humildad, dándose, en cuanto de él dependía, «á ministerios con pobres», es decir, que siendo igual gloria de Dios no ejercitar estos ministerios, que ejercitarlos, él optará por lo segundo, sólo por imitar y parecerse más á Cristo Nuestro Señor, que los ejercitó, y así de lo demás.

En los Ejercicios de 1904, últimos de su vida, hace dos propósitos, que pone en capítulo aparte, con este encabezamiento: *Propósitos principales*, como quien los quiere tener ante los ojos y no perderlos nunca de vista. El 1.º es aquel en que propone evitar con todo cuidado, todo pecado venial deliberado, *preparándose así para hacer algún día voto de no cometerlos*. Formaba el 2.º, en éstos términos: «Pediré *diariamente* en la oración que el Señor me conceda el *abrazarme de veras con el tercer grado de humildad*».

Es digno de notarse, que, hablando con tanta frecuencia el H. Goycoolea del tercer grado de humildad, ni una palabra diga del primero y segundo en todos sus apuntes espirituales. No es que prescindiese de ellos. La razón de no nombrarlos es, á nuestro modo de ver, porque no se los propuso, como término al cual debía tender en el camino de la perfección, sino como peldaños para subir al tercero, que es su bello ideal: y como tenía siempre la vista fija en éste, no reparó en los otros, aunque su vida práctica, y los medios que ponía para adelantar en la virtud, incluyen implícitamente aquellos dos grados por más que calle sus nombres.

Todo esto prueba indirecta, pero eficazmente, que el H. Goycoolea, en el ejercicio de la humildad, buscaba, ante todo á Jesucristo; la unión íntima con Él. Embebido en su amor y en la idea sublime de agradarle en todo y seguir de cerca sus huellas, ni se acordaba de las criaturas, si no es para referirlas al Criador, ora se llamasen éstas salud ó enfermedad, honor ó deshonor, riqueza ó pobreza, vida larga ó corta, si no era para elegir lo peor, en caso de igual gloria de Dios, sólo por imitar mejor y seguir más de cerca las huellas del Redentor.

Pero tenemos un argumento directo y explícito en favor de nuestro aserto. En los Ejercicios de 1900, anota el H. Goycoolea doce motivos para amar la humildad, y practicar y aceptar la humillación.

Llamamos únicamente la atención sobre el 6.º motivo: *Porque el Señor, en dulce ocasión, me hizo SENTIR un ardiente deseo de vivir oculto y humillado á solas con Él, sólo viviendo en Él:* pues, á nuestro juicio, da más luz por sí sólo que cuanto se diga y pondere sobre la conducta del H. Goycoolea en sus grandes y heroicos ofrecimientos, en las materias más arduas y en las más arriesgadas empresas; ya que, como suele decirse, *vale más una verdad sentida, que diez mil conocidas*, ó como dice San Ignacio, "no el mucho saber harta y satisface al ánimo, mas el *sentir y gustar* de las cosas internamente". Basta una verdad de estas sentidas y gustadas, para transformar á un hombre.

No es, pues, extraño, que habiendo el Señor dado á sentir, *en dulce ocasión*, al H. Goycoolea cuán dulce y cuán suave es vivir á solas y oculto con S. D. Majestad, tomara tan á pechos llegar por todas las vías posibles, al tercer grado de humildad: porque el Señor en estas ocasiones suele encender en el corazón, el fuego de su amor, y el amor es fuerte como la muerte; el amor todo lo intenta; el amor todo lo puede; el amor todo lo justifica; y por eso decía San Agustín: *ama y haz lo que quieras*; pues nada hay tan ingenioso como el amor, para descubrir el gusto de la persona amada; nada tan constante en llevarlo á cabo; nada tampoco tan sufrido, porque para el amor no hay sacrificios: todo le parece pequeño, y por todo

pasa, á trueque de complacer á su amado. Esto le pasó al H. Goycoolea con Nuestro Señor Jesucristo; correr á paso de gigante por el camino de la santidad, recorriendo en poco tiempo largos y dilatados espacios: *Consummatus in brevi explevit tempora multa*; esto le hizo escoger para sí el tercer grado de humildad y pedirlo intensamente al Señor.

„Escojo para mí, dice en los Ejercicios de 1900, el tercer grado de humildad, estando dispuesto con la divina gracia, no sólo á pasar con gusto cuanto el Señor me enviare, sino también á escoger la deshonra y la mortificación en igual gloria de Dios Nuestro Señor”.

Y continúa á renglón seguido pidiéndolo con estos sentidos afectos: „Suplico á Cristo crucificado mirándome con amor desde la cruz, que, por ese amor que me tiene, ya que Él se dió del todo á mí, me conceda el que también me dé del todo á Él, y así pase mi vida en el último rincón de la última casa de la Compañía en medio de trabajos y enfermedades, y desprecio y olvido de todo el mundo, animándome á pasarlo todo con el recuerdo de lo que Él pasó por mí, y cooperando á la salvación y santificación de millones de almas. Engendra en mí, Señor, un profundo desprecio de todo lo terreno, y cuando sienta en mi corazón la influencia de las cosas miserables de la tierra, levántalo á á tí, Dios mío, y, acordándome de aquello que dijiste, repita lleno de un Santo deseo

del cielo: *Ego sum: expecta me, dicit Dominus, donec veniat regnum Dei. Satiabor cum apparuerit gloria tua*».

Y como quien no se espanta, porque pide una mudanza de la diestra del Muy Alto; como quien se anima á pedir cosas grandes, porque á Dios nada le es imposible, cinco consideraciones, no menos sublimes, que sencillas y certeras. Helas aquí:

»1.ª *Meus es tu!*

2.ª Es prenda de salvación morir en la Compañía; pero no es prenda de morir en la Compañía entrar en ella.

3.ª Tres *fiat* hay en la Escritura: *Fiat lux*; obedeció la criatura al Creador.—*Fiat voluntas tua*; obedeció Cristo á la voz del Padre Celestial.—*Fiat mihi secundum verbum tuum*; obedeció Dios á la voz de la criatura.

4.ª *Sic Deus dilexit mundum*; el *sic* expresa la grandeza del amor de Dios.—*Quid fecisti nobis sic*; el *sic* expresa la grandeza del dolor de María.

5.ª Al mirarme Cristo fijamente desde lo alto de la cruz, todo desgarrado y lleno de amargura, no me dice, no quiere decirme: *¡Mira como me has puesto!* sino: *¡Mira como te amo!*

Aunque su meta era el tercer grado de humildad, iba hacia él por sus pasos contados. Lo primero que se propone, es, no hablar de sí, ni en bien ni en mal; lo segundo, huir de las ocasiones de lucimiento; lo

tercero, buscar las de humillación; lo cuarto, no mostrar gusto al ser alabado, antes mostrar displicencia y desazón; lo quinto, mostrar buen semblante á la humillación y tomarla, á ser posible, con interna fruición y alegría; por último, pedir ministerios con pobres, buscarlos con insistencia; ocupar siempre el último lugar, gozarse en vivir olvidado, abatido y despreciado, escala muy natural y segura para subir con paso firme hacia la cumbre de la perfección, hacia la humildad más sublime, más admirable y heroica. Con todo esto concordaban perfectamente los otros.

Habiendo el P. José Alfonso, Bedel de los teólogos en tiempo del H. Goycoolea, encargado á éste un drama para las fiestas de Navidad, como, al presentárselo, le indicase que le parecía demasiado largo, al punto lo retiró sin ofrecer la menor resistencia, y sin manifestar el más mínimo sentimiento. Más aún: andando Luis muy escaso de fuerzas y de tiempo, compuso y ofreció á *su Bedel* un *drama cortito*, que se representó en vez del primero.

Hablando con el P. Jesús J. Iglesias, su P. Espiritual en Veruela, decía: «Padre, si me toco con la mano, las paredes de mi entendimiento están aquí mismo»; y «siendo gramático, dice el P. Vives, pensó seriamente en pasarse á coadjutor por creerse inepto para los estudios de la Compañía».

En esto de humillarse en mostrar corte-

dad de entendimiento tal vez llevó á la exageración el empeño de aparecer como vil é ignorante á los sus hermanos. Y así, dice el P. Vives, afectaba ignorar hasta los primeros rudimientos de la ciencia; y aparentaba apreciar en más un libro por lo primoroso de su encuadernación que por su contenido.

Lo mismo afirman otros de sus discípulos, aunque no en términos tan explícitos.

Estando en el Noviciado, el P. Raggi, salí una tarde á paseo con él y con el H. Fernando Vives. Como recayese la conversación sobre un Hermano, que acababa de entrar en la Compañía, y parecía de muchas prendas y virtud, dijo el H. Goycoolea: «Esos más tarde serán las columnas de la Religión, que nosotros, H. Vives...» Y con tan natural humildad lo dijo, que estuve á punto de creer que verdaderamente era hombre para poco.

«Noté asimismo, son palabras del P. Fernández Pradel, y conmigo cuantos le trataron, que le mortificaba toda alabanza, y nunca sorprendí alguna sonrisa en sus labios al ser alabado, antes bien tristeza. Afirmino con toda verdad que yo por no disgustarle no le alababa, siendo así que ocurrían tantas ocasiones de hacerlo. Varias veces le oí ponderarlo malo que había sido antes de entrar en la Compañía. Ni sé cómo ingeniaba para quedarse siempre con lo peor y en el último sitio».

Si hubo error práctico, redundaba en loa del Hermano: *Es imposible*, dice San Bernardo, *que persevere en la religión el Novicio que*

*se muestre en todo prudente.* Gajes son éstos del exceso de fervor y de la falta de experiencia. La mano sabia y paternal del Maestro de Novicios, la claridad de conciencia, la docilidad de voluntad y de juicio, van podando el árbol, que, plantado en tierra virgen y feraz, tiende á irse en vicio: y como sea más fácil cercenar que añadir fervor al que no lo tenga; ni sea verosímil que un fervor novel sea, en todo, prudente, de ahí que la sentencia del Dr. Melifluo, haya pasado á proverbio entre nosotros.

Para corregir este defecto, si defecto puede llamarse, tomó un remedio radical, que le dió excelente resultado; no hablar ni en pro ni en contra de sus dotes intelectuales.

„No hablar, si es posible, dice, de estudios en recreo“. „Nunca de los míos, ni de mis planes, *ni de mis pocas aptitudes*“. „No hablar para nada de mis enfermedades“.

De esta manera iba el H. Goycoolea, cerrando las puertas y todos los escapes al amor propio y encauzando poco á poco, la corriente hacia su bello ideal: el tercer grado de humildad por la unión íntima con Jesucristo, pudiendo, con verdad, decir:

„A Dios con amor bendigo,  
Que me tiene en tal vergel,  
Y recreándome en él  
Me digo á solas conmigo:  
„¡Qué dulce es esta alegría!  
¡Qué hondas son estas lecciones!  
¡Y qué hermosos tus rincones,  
Oh bendita Compañía!“

## CAPÍTULO XVI

Piedad: amor á sus padres, deudos y Superiores.

**L**A piedad y caridad fraterna fueron las virtudes inminentemente sociales del H. Goycoolea; las que más simpático le hicieron delante de los hombres: porque ellas, entre todas, nos daban á conocer la bondad de su corazón y cuán bien cumplía el cuarto mandamiento del decálogo, único á que Dios prometió premio especial en este mundo; y el segundo de la ley de gracia, sello y distintivo de los discípulos de Cristo: porque, por él, dice el Señor, conocerán todos que somos discípulos suyos. De ambas virtudes trataremos en sendos capítulos. Empecemos por la piedad, ó sea, el amor á sus padres, á sus parientes, á la Compañía y á los superiores.

Del amor á sus padres y á sus deudos tenemos hermosas y multiplicadas pruebas en cada una de sus cartas.

• En una dice:

„Creo que mi Mamá habrá recibido las dos cartas que últimamente le he escrito; con más frecuencia desearía escribirle; pero ya que no me es fácil no me olvido de encomendarla á Dios, como á mi Papá, á V. y á todos, á quienes conservo un sumo afecto” (1).

En otra á su padre, escribe:

„Con esta esperanza de que bendiga sus votos, y asegurándole que de ninguno me olvido en mis oraciones, especialmente de V. y de mi Mamá, le saluda con todo afecto en Cristo su hijo” (2).

„A la Rosita también, dice en otra, la encomiendo á Dios todos los días y dígame que cumpliré mientras pueda el compromiso de ofrecerle una comunión al mes” (3).

Escribiendo á su hermana, la Srta. María Goycoolea Walton, la dice, „á mi papá, mamá y hermanitos muchos recuerdos míos. Dí á todos que no deseo otra cosa sino que frecuenten la santa comunión, como creo que mis tres hermanitas, especialmente los sábados, lo harán. En ella encontrarás, María, cuanto necesites, sé muy constante en recibirla.

Es el mejor consejo que encuentra para darte tu affmo. hermano

Luis” (4).

(1) A D.<sup>a</sup> Andrea Dig de Walton, Veruela, Sepbre. 28, 1901.

(2) Córdoba, 30 de Noviembre, 1898.

(3) A D.<sup>a</sup> Andrea, Córdoba, 26 de Marzo 1897.

(4) Córdoba, Mayo 16 de 97.

Lejos de olvidarme estoy, dice á Doña Andrea, de quien tan grandes beneficios me ha hecho y sigue haciéndome. Todos los días más de una vez la encomiendo á Dios Nuestro Señor, junto con mis padres y hermanas y cada mes procuro pagarle, siquiera con una comunión, las seis que Vd. me ofrece. No sabe cuanto le agradezco este regalo; porque, mi querida viejecita, no por estar en tan buen lugar, como la Compañía, somos santos. Que tiene el religioso tanta mayor obligación de agradecer á Dios en todo y hacer tanto más por su gloria, cuanto es mayor el gran beneficio de la vocación, y así hasta necesito de sus santas oraciones para aprender á ser agradecido con Señor tan generoso. Mucho le agradezco las estampitas, que me suelen servir para el Catecismo, y sobre todo la fotografía suya; no sólo yo tuve con ver su retrato mucho gusto, sino también mi H. Vives, que me encarga se lo diga y le dá gracias por el pésame que Vd. le envía y por las oraciones que ha ofrecido por D. Daniel. Aquí todos han encomendado mucho á Dios al padre del H. Vives, pues Vd. no ignorará que cuando mueren deudos tan cercanos de alguno, se lee en el comedor la noticia para que todos lo encomienden á Dios; que la caridad de la Compañía no se olvida ni de los que quedan fuera" (1).

(1) Veruela, Febrero 14, 1900.

Mas aunque siempre se mostró Luis buen hijo y buen hermano, en ninguna ocasión brilló tanto su piedad filial y fraterna, como en la enfermedad y muerte de su hermano Alberto y la de su padre D. Luis. Supo la enfermedad de aquél por Abril de 1904, é inmediatamente, el 28 de aquel mes, escribió á D.<sup>a</sup> Andrea en los siguientes términos, ingeniando medios para salvar su vida en cuanto de él dependía:

„Acabo de recibir carta de mi mamá en que me da la noticia de la enfermedad de Alberto, y he querido escribirles á ambos para ayudarles en cuanto está de mi parte en las penas que el Señor les envía. Tengo esperanza que Alberto mejore de salud y le he indicado á mi mamá que tal vez si lo mandasen á la Paz, de Bolivia, encontraría allí su remedio. Dios quiera que se detenga la enfermedad, porque, de suyo, es de tan malos resultados. Este año hemos perdido nosotros de esta misma enfermedad, un hermano de muchas prendas y muy bueno. Le enviaron los superiores á otra casa donde el clima y otras condiciones podían serle más favorables, pero todo fué inútil. En cambio á otro condiscípulo mío, que comenizó también á enfermar de tisis, le mandaron á la República Argentina este año... y mejoró tanto, que á los cuantos meses escribió que estaba tan bien, que estaba trabajando de lo lindo, como por allí se dice... Con todo no hay que desanimarse, que si la enfermedad

se ataja á tiempo, sobre todo con un cambio favorable de clima, muchos mejoran».

No mejoró Alberto, como lo esperaba Luis, y á la muerte del hermano sucedió á no tardar la enfermedad de su padre: «Cuando murió su hermano, escribe el P. Sallaberry, lo sintió, como es natural; pero cuando poco después, supo que su padre había tenido un ataque al corazón, tuvo un dolor tan profundo, que á pesar de su apacibilidad y conformidad religiosa, no pudo menos de manifestarlo y hablar de ello varias veces con cierto dejo de melancolía y dulzura al mismo tiempo, que ostentaba bien á las claras que tenía el corazón lacerado, y tanto más cuanto que se le había fijado la idea de que habiendo dicho los médicos *que podía vivir algún tiempo*, era señal manifiesta de que estaba muy grave. »Después vendrá mi madre, me dijo un día, porque estando ya débil y enferma, temo que no podrá resistir el golpe». Y claro está, la preocupación de si su padre estaría grave, ó si habría tenido otro ataque, ó si habría ya muerto con efecto, junto con el temor de lo que podría acaecer á su madre, le traía hondamente acongojado por más que se esforzaba por recibirlo todo como venido de la mano de Dios, y se conformaba, de hecho, con su divina voluntad. Tuvo especial consuelo en recordar las cristianas virtudes de su difunto padre y la serenidad con que murió, recibidos todos los sacramentos, despidiéndose

de todo el mundo, con todas aquellas señales, en fin, que hacen consoladora la muerte de un cristiano, porque indican que ha sido preciosa en el acatamiento del Señor. Cumplió como buen hijo, pidiendo oraciones por él, y dando sobre todo grandes señales de agradecimiento á todos los que le mostraban algún interés por el alma de su padre, y le ofrecían penitencia, buenas obras, comuniones, misas, rosarios; y á todos tuvo algo que agradecer, porque todos le ofrecieron algo y algunos mucho».

«Cuando yo me enteré, cuenta el P. Alberto Risco, de la muerte de su padre, díjele cómo había ofrecido al Señor por él todas mis obras satisfactorias mientras estuviese en el purgatorio, si ya no es que el Señor le había recibido en el cielo, como se podía colegir de su cristiana muerte: el hermano, agolpándosele el llanto que apenas podía reprimir, me dijo: «No sé, carísimo, cómo expresarles á todos mi gratitud y créame que me es grandísimo consuelo el que mi padre haya muerto estando yo entre tales hermanos que tanto se han interesado por su alma».

Amaba Luis entrañablemente á todos cuantos habían tenido sobre él, alguna sombra de autoridad. De los superiores que tuvo en el siglo, hizo grato recuerdo nombrando uno por uno todos sus profesores de primera, segunda y tercera enseñanza, en el *Ego*, ó informe, que de sí presentó al

entrar en el Noviciado. De los que tuvo en la Compañía nada digamos. Bastaría por toda prueba al amor y confianza ilimitada con que se ponía en sus manos, no sólo en las cosas de obligación, pero aun en las de supererogación, sin limitación de ninguna especie, aunque le hubiesen de costar heroicos y extraordinarios sacrificios, como lo verá quien lea lo que dejamos dicho de su abnegación y obediencia.

En una hojita suelta, que debía tener siempre á la vista, dice, entre otras cosas, lo siguiente:

„No admitir contra los superiores pensamiento alguno y contestar á las tentaciones, fomentando el amor á ellos”.

En el Triduo de Renovación, Junio de 1904, es aun más explícito. „Rechazar, escribe, decididamente cualquier pensamiento que pueda hacer disminuir en mí el amor y confianza en mis superiores. Me aplicaré, si falto, la penitencia para las faltas culpables en la oración”.

Pero donde más á fondo conocimos su piedad tanto filial como fraterna, fué en sus conversaciones. Leemos en un fragmento de carta copiado por *El Porvenir*:

„De sus mayores hablaba siempre con amor y con encomio; pero nunca sabía uno cuál era el preferido, aunque á las claras se veía que todos tenían en su corazón un lugar preeminente”.

„De éstos, (de los Congregantes), conser-

vaba el Hermano tan buenos é imperecederos recuerdos cuanto en lo humano es posible. Porque hablaba de la Congregación con el cariño y amor de un hijo, y ponderaba con emoción y gratitud cuanto le debía. Con todo interés y muestras de consuelo, se acordaba siempre de los días en que iba á visitar los presos de la cárcel, y celebraba mucho tener noticias de los trabajos de los congregantes...”

»¡Con qué cariño se acordaba no sólo de sus padres, sino también de los profesores y superiores que había tenido en el Seminario, y en el Colegio de los Sagrados Corazones, en el Noviciado, Veruela, en todas partes! ¡Y con cuánta loa siempre! Era el Hermano un encanto».

No hay en estos pasajes la menor exageración: y no sólo hablaba muchas veces, con dulce y suave entusiasmo, de los Superiores en ellos mencionados, sino de los que tuvo en la Universidad, en el Colegio de San Luis, en Tortosa, en todas partes. Pocos jóvenes se hallarán que se den tan buena maña para hablar bien, y sin ofensa de nadie, de sus padres, de sus hermanos, de sus amigos, de sus mayores, como el H. Goycoolea: máxime si tenemos en cuenta que al mismo tiempo que no omitía los elogios, no recargaba jamás los colores con el prurito de dar importancia á lo que iba diciendo, defecto en que se puede incurrir con tanta facilidad en el decurso de una

conversación animada y familiar. Por eso no nos extraña lo que dice el P. Audí en carta de 30 de Enero 1905, porque temas por el estilo eran muy usuales.

»Díjome entre otras cosas, dice el P. Audí, que era una verdadera dicha el tener en la Compañía Superiores tan caritativos, tan prudentes y santos como los que Dios nos ha concedido. »Verdaderamente, decía casi con estas palabras, ellos son de hecho nuestros verdaderos padres, y siempre que aćudo á un superior con una consulta, y aun con cualquier tontería, siempre me dejan plenamente satisfecho y consolado, sea cualquiera el estado en que se encuentre mi espíritu. ¡Qué dicha la nuestra, Padre!...» y siguió elogiándome á cada uno de nuestros actuales Superiores.

## CAPÍTULO XVII

Caridad fraterna.— Modelos que se propuso imitar.—  
Método y medios para fomentar la caridad.— Voz  
unánime de sus Hermanos en religión.

**L**A virtud característica del H. Goycoolea, es la caridad. Por eso dice muy bien el P. Raggi: «De un modo muy singular me cautivó siempre su exquisita y fina caridad para con Dios y su santísima Madre, para con sus hermanos y personas seglares». Hemos tratado ya de su caridad para con Dios: veamos ahora cómo y con cuánta eficacia cumplió el segundo precepto de la ley de gracia, tan semejante al primero de amar á Dios sobre todas las cosas, y por el cual, dice el Señor, se han de distinguir sus discípulos, la caridad fraterna. Ninguna virtud costó al H. Goycoolea tantos desvelos como ésta; ninguna le hizo sufrir tanto; ninguna tampoco le proporcionó más ratos de solaz, ni más intensos y puros goces: porque en punto á caridad fraterna era delicadísimo:

tocarle en esto era tocarle en la niña de los ojos, causarle profundas heridas que no se restañaban fácilmente, no porque le quedase alguna aversión, que de esto era absolutamente incapaz, sino de puro sentimiento y dolor interno, de pura tristeza y melancolía que le dominaba, de sólo pensar que la caridad fraterna hubiese sufrido en lo más mínimo. No pocas veces pasaba días y semanas enteras meditando planes con que dar pábulo á la caridad fraterna. Era en esto sistemático; y aunque flexible en los medios, en el fin era inflexible; y si en aquéllos cedía fácilmente, de éste no se desviaba jamás un punto.

En esto, como en todo procedió con orden, constancia, método. Se propone lo primero, no causar á nadie el menor disgusto. "No contradecir, ni zaherir, ni molestar en recreo, ni mucho menos, corregir á alguno por ninguna causa". (Ejerc. 1903). Lo segundo, complacer en todo á los demás: "No hablaré, en lo posible, de mí ni de mis cosas con mis Hermanos; sino más bien de las suyas y procuraré ingeniarme para hacer amenas las conversaciones y darles gusto". (Triduo, Enero, 1904).

Leemos en *El Porvenir*: "Tenía en esto un ojo de lince; tanto, que era menester andar con cuidado para no verse cogido por la mano. De una intuición extraordinaria para conocer el carácter de cada uno, sabía amoldarse á todos, tratando á cada uno se-

gún sus afecciones y modo de ser. Cualidad admirable, de cuyos buenos resultados fuimos todos partícipes».

Lo tercero, no dar ni formarse juicios que pudiesen redundar en daño de otro.

»Tendré gran cuidado en no dar ningún juicio menos favorable de nadie».

»En recreos tener cuidado de no hablar, por nada, menos bien de otro. No celebrar chistes, que puedan herir á otros». (Ejercicios, 1904).

Era por el contrario, muy propenso á enterarse de las buenas cualidades de cada uno. Si alguien elogiaba á otro y no le había de sonrojar, lo comunicaba al interesado, buscando siempre la concordia y unión de las voluntades.

»Nunca, dice el P. Ferreres, le oí quejarse de nadie, y varias veces le oí palabras de agradecimiento para con sus Superiores, Profesores, Enfermeros, etc., ponderando su mucha caridad...» »El que era tan caritativo con todos y hallábase siempre tan pronto para servir á cualquiera de sus Hermanos, sentía muchísimo ocasionarles la menor molestia. La última noche que durmió en su aposento (la del 16 al 17 de Enero), debió sentirse mal desde las primeras horas de la noche, y no quiso llamar al H. Enfermero, ni á nadie, hasta que tocaron á despertar. Me consta, por habérselo oído á él, que sufrió mucho aquella noche».

Todos sus compañeros, connovicios y

condiscípulos hablan con especial encomio de la caridad del H. Goycoolea.

„Cuando estaba en filosofía, y después en este curso (1904-5), dice el P. Buenaventura Teixidor, me llamaba á veces mi P. Ministro, aludiendo al viaje. Llamábame también alguna vez con denominativos cariñosos; pero, desde que observó que yo lo llevaba algo á mal, nunca más me llamó de aquel modo.

Me pidió dos veces, que cuando no me viniese mal, le enseñase el modo de registrar un misalito, de que se servía para oír la santa misa. La primera vez le dije que estaba algo ocupado; y la segunda vez, habiéndole dicho que viniese, cuando quisiese, que se lo enseñaría, como pasase algún tiempo sin venir, se lo recordé y me respondió que no había venido para no molestarme.

„En Veruela, refiere el P. Vives, fuimos compañeros de aposento y corría todos los días antes de empezar el estudio, para arreglarme los libros y quitar el polvo de mi mesa. Al ver esto, empecé á tomar represalias. Traíale el agua ó barría el aposento los días que á él le tocaba. Entendió la cosa, y ya no me tocó más la mesa.

„Un día, cuenta el P. Risco, tuve necesidad de tomar de la biblioteca de los Padres algún libro sobre la vida de Santo Tomás: le dije que me buscase uno: era esto como á las 7 de la mañana y antes de un cuarto de hora, estaba con dos ó tres libros en la

puerta de mi cuarto. Yo le indiqué que aquéllos no me servían tanto como alguno que se ciñese á la vida misma del Santo, pero que no corrían prisa. Antes de media hora estaba con dos libros en francés que trataban efectivamente de la vida de Santo Tomás.—Bien, repuse yo, pero eso de francés... en fin creo que lo que no sepa traducir, ya lo sacaré por el contexto. Despidióse el H. Goycoolea sin que yo sospechase que se le ocurriera el traerme otros. Pero á él sí se le ocurrió; al poco rato estaba de nuevo en mi cuarto con una vida de Santo Tomás en castellano».

„El sábado 14 de este mes, escribe el P. José Audí con fecha 30 de Enero de 1905, salí á paseo por última vez con nuestro H. Luis, con el objeto de servirle de intérprete, y visitar algunas familias del pueblo, para las que había recibido saludos del P. Estanislao Soler. Un trato fino y atento podía no parecer el más adecuado para con estas sencillas gentes; y sin embargo, las virtudes sobrenaturales que en nuestro hermano resplandecían, su mucha caridad y celo le ganaban desde luego el cariño de estos buenos paisanos, que él, como buen Jesuíta, sabía referir á mayor gloria de Dios. Visitó en efecto conmigo á algunos labriegos del pueblo, por primera y última vez; y fué tal la buena impresión que recibieron del Hermano, que tan luego como se sintió enfermo (se enteraron, no sé cómo,

de su enfermedad), rogaron á Dios por su salud, y así que corrió por el pueblo la voz de que había muerto un Jesuíta, vinieron á preguntar si era aquel Padre americano, pues no recordaban su apellido; y al recibir la noticia afirmativa, me daban el pésame con las lágrimas en los ojos, añadiéndome que su fina caridad les había robado el corazón, una sola vez que le habían hablado; y esto, decían, que no hablaba nuestra lengua».

El H. Juan Rebull, sub-bedel de los teólogos, mientras vivió entre ellos el H. Goycoolea: »Era tal, dice, su agradecimiento por el más insignificante servicio que se le prestaba, que traía confundidos á los que tenían que servirle en alguna cosa.

Durante su enfermedad, se acordó de enviar su felicitación á los Hermanos, así filósofos como teólogos, que hacían su fiesta onomástica el día de San Sebastián».

Concluiremos este capítulo con las siguientes palabras del P. Luis Capitán, quien después de referir algunos hechos citados ya antes, prosigue de esta manera:

»De estos actos de caridad, como digo, nada ostensible y pública, tenía muchos el buen Hermano, que la virtud mal puede esconderse de tal manera, que no venga á sentirse su fragancia. Y para terminar con este punto de la caridad sólo indicaré una observación que á nadie he oído, pero que me parece muy cierta. Pocos son los privilegiados por llamarlos así, que no merecen

el ser alguna vez censurados ó criticados en algo, sea por lo que fuese; uno de estos pocos fué nuestro Hermano. A ninguno oí nunca ni la menor queja, ni el menor *pero* del Hermano y esto, unido á su hermoso carácter natural, es á mi juicio tal vez la causa, de lo sentida que ha sido su muerte entre todos los de casa. Oí á un Hermano que no había visto en la Compañía una muerte tan llorada y sentida, y de mí puedo asegurar lo mismo y eso á pesar de ir acompañada de tantos y tantos motivos de sólido consuelo”.

## CAPÍTULO XVIII

Enfermedad. — Testamento. — Últimos sacramentos. —  
Agonía y muerte. — Exequias: duelo general. — ¿Ofre-  
cióse á morir por N. P. General?

**D**ESDE muy joven padecía Luis del estó-  
mago, como lo hemos ya indicado. Á  
esto se añadía una dilatación cardíaca, que  
reconocieron los médicos en Buenos Aires,  
pocos días antes de embarcarse Luis para  
Europa. Enfermedades fueron éstas, que si  
no le impidieron trabajar como un hombre  
sano, fueron parte, y no pequeña, para que  
no gozase jamás de una salud muy robusta,  
sino más bien adoleciese de continuos acha-  
ques, los cuales al par que ejercitaban su  
paciencia, acrecentaban sus méritos y le dis-  
ponían insensiblemente para una muerte san-  
ta y mucho más temprana de lo que todos  
hubiésemos podido pensar.

En Tortosa le fué muy bien del estómago; pero mal del corazón. Sea que el mal siguiera su natural desarrollo, ó que la enfermedad y muerte de su hermano Alberto, seguida de la de su padre, ó que todas estas causas se aunasen con su constancia y fidelidad en vencerse y dominar sus afectos, el hecho es que durante varios meses menudearon los ataques al corazón. De noche despertaba sobresaltado y se levantaba de la cama, para sosegar la marcha excesivamente acelerada con que circulaba la sangre.

Algún tiempo antes de caer enfermo, hablando con él un Hermano en su aposento, notó que sudaba, á pesar de que la noche era muy fría: «Carísimo, le dijo, yo me muero de frío y usted suda? Usted no está bien! Ah! replicó el H. Goycoolea, esta máquina se descompone; este corazón no anda bien; dentro de poco me entierran. Si supiera usted qué ratos paso. Hace ya una temporada, que casi no puedo dormir».

Era ésta muy mala señal: porque su gran fortuna era un felicísimo sueño.

De esta mala temporada mejoró el Hermano; volvió á recobrar el sueño, y aunque algo débil, parecía seguir su marcha ordinaria, cuando el domingo 15 de Enero, al salir del Catecismo de Roquetas, sintió en la puerta de la Iglesia un *pinchazo en la garganta*. Era éste el primer anuncio de las anginas. El lunes se sintió algo destemplado. La noche del lunes al martes la pasó mal, y

al amanecer le llevaron á la enfermería. Des de luego se manifestó la angina, que no presentaba, según dictamen de los médicos, carácter de gravedad. No obstante, siguiendo aquélla su natural desarrollo, hubo día en que el enfermo no podía pasar absolutamente nada. El martes 24 se había vencido esta dificultad, pero en cambio se interesó el corazón, mostrándose absolutamente rebelde á los esfuerzos de los médicos: y como le tomó debilitado y exhausto, no fué posible atajar el mal.

Una vez en la enfermería, el primer cuidado del Hermano había sido para una confesión general, como quien presentía que aquélla iba á ser la última: y el miércoles por la mañana, viendo que podía tomar algún alimento, pidió el Santo Viático. Diósele una forma sin consagrar que pasó perfectamente; y quedamos en que, por la tarde se le administraría el Viático. "Aquella misma mañana, dice el P. Ferreres, tal vez para prepararme él al golpe de su muerte, que estaba tan cercana, aunque yo no lo sospechaba siquiera, me dijo con una suavidad santa: Padre, he pedido el Viático al P. Rector.—Á lo que le contesté: Pues, no está para tanto, hijo; aunque con esto nada se pierde. Y ¿qué le ha contestado el P. Rector?—Me ha dicho que tal vez me lo darán esta tarde..."

La noche anterior ya el Hermano se había dado cuenta del estado en que se hallaba, como lo demuestran los siguientes datos

apuntados por el H. Parellada, que estuvo encargado de velarlo.

»Noté en nuestro carísimo H. Goycoolea durante la mitad de la noche que le velé, una muy cierta persuasión de que moriría muy pronto; y no menor conformidad con la voluntad de Dios; pues que al verme dijo: *Siento, Carísimo, tenga que molestarle; pero muy pronto me tengo que morir*, y añadió: *hágase, Señor, tu voluntad*. Esto mismo repitió varias veces durante la noche.

A veces, después de haber dormido un rato, despertaba como sobresaltado y entonces se encomendaba á Dios con mucho fervor.

Mostrábase muy agradecido á cualquier servicio que le prestaba, y no sabiendo cómo agradecermelo, me decía, mirándome con mucha dulzura: *Dios se lo pague*.

A veces me decía: *Sufro mucho, Hermano, sufro mucho. ¡Dios mío, ayudadme!*

Esto es lo poco que de las horas que estuve á su lado puedo recordar».

Hablando con el P. Rector, Luis Adroer, el miércoles por la mañana, dijo el H. Goycoolea: »Es terrible, Padre, presentarse delante del Señor!» y corrigiéndose á sí mismo añadió: »¡pero, si es nuestro Padre!»—El Padre le consoló animándole con las promesas de Jesucristo: *El que lo dejare todo por mi amor, tendrá el ciento por uno en la tierra y después la vida eterna*». El Hermano sólo hablaba de pecados veniales y del Purgatorio; ni

mostró tampoco la menor inquietud; antes una paz admirable, como quien había conseguido ya del Señor la *gracia de bien morir*.

Consignaremos aquí un hecho que nos ha conservado el P. Ferreres y que prueba, no menos el amor del H. Goycoolea á la Compañía hasta la muerte, que el desprendimiento de ésta y su nunca desmentido celo por la salvación y perfección de las almas. «Pocas horas antes de morir, dice el P. Ferreres, dijo al P. Rector: Padre, *muero sin testamento y yo deseaba que todos mis bienes fueran para la Compañía*.—Dijole el P. Rector: *Muera tranquilo, que ya veremos lo que pueda hacerse sobre esto*. Lo sé por el P. Rector».

Nada hubiese costado al Padre, sin más inconveniente que alguna fatiga del Hermano, y sin hacer injuria á nadie, llamar notario y testigos y hacer constar en forma esta última voluntad de Luis: pero pesaba más ante el Padre un momento de bienestar del paciente que todos sus bienes temporales, y por eso dió de mano á sus derechos sobre aquéllos. Ejemplo hermoso, en que luchan de consuno, el agradecimiento de Luis y el desprendimiento de su madre la Compañía; y en que no sabemos qué admirar más, si la generosidad de aquél ó el desinterés de ésta.

Á la una de la tarde, se le administró el Viático y la Santa Unción.

El P. Manuel Sauras, que acompañó como acólito al R. P. Rector en la administración de los últimos sacramentos, refiere lo acaecido en los siguientes términos: „Luego que llegamos, dice, con el Santísimo Sacramento, noté que el enfermo juntaba las manos delante del pecho, aunque algo caídas, y dirigía los ojos muy abiertos hacia el copón. Mientras rezábamos las preces de rúbrica en la administración del Santo Viático y Extremaunción no sólo contestaba á todo el enfermo, sino que aun se adelantaba á los acólitos y á los Padres y Hermanos presentes, y empezaba antes de acabar el R. P. Rector.

. . . . .

Advertí, mientras recibía la Santa Unción, que el semblante del Hermano no era muy diferente del que solía tener antes de meterse en cama. Aunque mucho más natural y hermoso quedó después de muerto.

Al recibir los santos sacramentos, respiraba con alguna dificultad y fuertemente, como si estuviera fatigado, mas tenía tan completo el juicio y tan cabal el uso de los sentidos, que se acordaba mejor que yo de lo que hay que contestar á las oraciones, que preceden y siguen á la Santa Unción».

Apagada ya la sed de Luis, como dice la necrología publicada días después en el *Correo Ibérico*, por estrechar en su corazón el cuerpo santísimo de Cristo, y ungidos sus miembros con el santo óleo, exclamó con

satisfacción: *Ahora, Señor, ya me puedo morir*. Pidió el crucifijo y besó sus cinco llagas. Repitió lenta y sosegadamente la fórmula de los votos religiosos. Tomó la sotana y después de besarla con devoción y cariño: *Gracias, dijo, Dios mío, porque me trajiste á tu Compañía, y gracias sobre todo, porque muero en ella*».

Á la una y cuarto vino el P. Espiritual, Juan Ribera, á aplicarle la indulgencia plenaria para la hora de la muerte. Estaba el Hermano tan sobre sí, que, á la propuesta del Padre accedió en el acto, diciendo con manifiestas señales de gratitud y alegría: «Está bien, Padre; pero asegurémonos bien. Dígame V. R. qué condiciones se requieren para ganarla. Sepamos antes lo que hacemos». — «Lo mejor y más seguro, dijo el Padre, es hacer un acto de contrición, no sólo perfecta, sino también fervorosísima». — Entonces juntando las manos y elevando los ojos al cielo, dijo con todo el fervor de su alma: *Concededme, Señor, un acto de contrición no sólo perfecta, sino también fervorosísima*.

Acto continuo le aplicó el P. Ribera la indulgencia para la hora de la muerte y empezó aquella tiernísima escena, de que nos hablan el P. Vives y el P. Sallaberry en los fragmentos copiados por *El Porvenir* y varias otras cartas y escritos inéditos que tenemos á la vista. Copiaremos varios de ellos por ser de sumo interés y porque, es-

tando, como están, impregnados de la atmósfera que respirábamos por aquellos días, nos dan una exacta idea de lo que entre nosotros sucedía y de nuestro estado de ánimo al asistir á la muerte y á las exequias más sentidas y lloradas, de cuantas hemos presenciado desde que estamos en la Compañía.

»Desde que se le administró el Santo Viático y la Extremaunción, dice el P. Vives en carta á la madre de Luis, el resto de su vida fué una escena tiernísima. Constantemente lo atendía un Padre, además del Hermano enfermero y otros. Habiendo entrado uno de los Padres para velarlo y hacerle compañía, él, con un corazón siempre cariñoso y agradecido, le dió las gracias por la visita; y como para no molestarlo con la conversación, el Padre se pusiera á rezar el oficio por su salud, el fervoroso enfermo en un arranque de devoción comenzó á hablar en abrasados coloquios con Cristo Nuestro Señor, y tomando entre sus manos el crucifijo que tenía pendiente del cuello, lo cubría de besos, besando con especialísimo fervor las santas llagas, preparándose para morir con una serenidad admirable. Lo que más repetía era la fórmula de los votos, renovándolos muchas veces; y para demostrar en esto que sabía lo que hacía, exclamaba. *Voveo paupertatem, sí, paupertatem; voveo castitatem, sí, castitatem; voveo obedientiam, sí, obedientiam. Gracias, Dios mío, porque me habéis*

*concedido la perseverancia en la Compañía hasta la muerte. ¡Qué dicha poder morir en la Compañía de Jesús! Gracias á Dios que yo he perseverado».*

Hizo un acto devotísimo de reparación ofreciendo por sus faltas los méritos de Nuestro Señor Jesucristo; se entretuvo largo espacio en ternezas con la Santísima Virgen; miraba á cuantos le rodeaban, con ojos que mostraban expresión de gratitud, y repetía sin cansancio las jaculatorias que rezaban los presentes. Suplicó después al Hermano enfermero que le acercase la sotana; y al tomarla, dando gracias á Dios por la gracia de la vocación y porque le había dejado entrar en la Compañía y porque le concedió, además, la perseverancia hasta la muerte, la besó con cariño y muchas veces. Al mismo Hermano le pidió, momentos antes de morir, que le compusiera la ropa interior y lo dejara preparado para expirar; *porque así*, dijo, *no tendrán después trabajo*; y diciéndole el Hermano que no pensara en eso, se sosegó, y enseguida, tras una ligera expectoración, entró en agonía. Esta fué breve, quieta y enteramente tranquila. En ese punto el Padre Espiritual logró sacarle el crucifijo que tenía aferrado entre las manos para dárselo á besar; pero ya sus labios no tenían movimiento, esta fué la señal de su fin. Su cadáver, después de recitados los oficios, fué conducido al cementerio en hombros de sus Hermanos, entre los cuales nos contábamos

sus antiguos compañeros, discípulos y connovicios. Conservó la apacibilidad de su rostro más de dos días, y un ligero sonrosado embellecía su semblante angelical».

»El Padre que lo asistía, añade el P. Sallaberry, adivinando el próximo desenlace, le sugirió la aceptación de la muerte indulgenciada por Pío X con indulgencia plenaria, para que él la repitiera nuevamente, y así lo hizo; pero al llegar á las palabras *æquo ac libenti animo suscipio*, él, lleno de fervor, exclamó *libentissimo*; aunque luego repitió: *libenti* para conformarse con la fórmula».

Con fecha 28 de Enero de 1905, escribía el P. José Ubach al P. Cayetano Puig, director de la Congregación de María Inmaculada y San Luis Gonzaga de Barcelona: »El miércoles último se nos murió nuestro carísimo H. Goycoolea de un ataque que le dió al corazón, de lo cual estaba ya amenazado hacía muchísimo tiempo. Ha tenido una muerte verdaderamente envidiable y tan santa como su vida. Muy poco tiempo hemos podido conocerle los teólogos, y sin embargo, es increíble el sentimiento que en todos ha causado su muerte y la general demostración de simpatía de que ha sido objeto el Hermano después de muerto. Tanto ha sabido ganarse el afecto de todos con sus virtudes, especialmente con su extremada caridad, con su abnegación, con su delicadeza de conciencia, que se traslucía en su modo de obrar, y con su trato lleno de afabilidad y

de prudencia. Tuve el consuelo de presenciar sus últimos momentos y lo considero como una grande dicha, pues asistí á la muerte del justo, á la muerte de quien poseía una de las almas de mejor índole que he conocido. Su vida llena de virtudes, aquilatadas con los dolores físicos y morales de que ha sido víctima, especialmente desde hacía una temporada, ha sido una santa preparación para una muerte todavía más santa... Durante su breve enfermedad solía yo visitarle cada día. No habiéndole visitado el miércoles por la mañana, fuí á verle á las dos y cinco minutos, y ¡qué terrible sorpresa no recibí, cuando le hallé ya sin conocimiento, con el rostro cadavérico, agonizando, rodeado del R. P. Rector que le hacía la recomendación del alma, del P. Espiritual que le sugería continuas jaculatorias y le dió de nuevo la absolución dos minutos antes de expirar, y de otros Padres y Hermanos, que de rodillas, al rededor del lecho imploraban el auxilio del Señor! Su agonía fué dulce y muy corta. A las 2 y 13 minutos entregaba su preciosa alma á Dios y volaba á las mansiones del cielo, donde no cabe duda que goza de una eterna dicha, dejándonos á todos con el gran consuelo, sí, de su edificantísima vida y muerte; pero con profundísimo dolor por la pérdida de un hermano de inestimables dotes de virtud y de talento, que daban las mejores esperanzas para la Compañía. Muchas lágrimas, crea, Padre, muchas

lágrimas se han vertido, no sólo por los que desde mucho tiempo habían sido sus compañeros, sino también por los que aun en los escasos meses que hemos gozado de su compañía, hemos podido respirar el ambiente perfumado de pureza, caridad y piedad, de que estaba impregnado su trato: muchas lágrimas se han vertido y muchas más se han reprimido y ahogado en lo más secreto del corazón. Ruegue él á Dios por los que hemos admirado sus virtudes».

El viernes 27 de Enero contemplamos por vez primera vacío en la clase de teología el extremo de un escaño. Era el sitio del H. Goycoolea. Esperamos unos instantes con profundo silencio la llegada de nuestro profesor el P. Pedro Vidal. Hízonos este un breve elogio de nuestro difunto discípulo, recordando como motivos que nos inducían á llorarlo las cualidades naturales y las virtudes que todos reconocíamos en él y que hacían de él una esperanza para la Compañía. Mas debe consolarnos, añadió, el premio de que goza en el cielo, y la seguridad de que seguirá desde allí con atención nuestras empresas y trabajos. Notó particularmente que había Dios santificado al H. Goycoolea por medio del padecimiento interior, y que de ello se daba cuenta el Hermano, como se traslucía en su especial devoción á Nuestra Señora de los Dolores, y en su hermosa poesía, premiada en Santiago de Chile, en el certamen del año jubilar de la Inmaculada,

Todos escuchábamos al Padre con los ojos bajos, sin atrevernos á cruzar mutuamente una mirada, y haciendo esfuerzos para cohibir las lágrimas, cosa que muchos no pudieron conseguir.

Entramos luego en la clase de derecho canónico. El profesor, P. Juan Bta. Ferreres, se vió apurado para poder hablar: el llanto le cortaba las palabras. «Aun no está sepultado», nos dijo del Hermano. No intentó decir más, ni lo hubiera conseguido á causa del dolor y lágrimas. Comenzó, como pudo, la explicación, y él y nosotros hubimos de hacernos mucha violencia para llegar al término de la clase. Por lo que hace á la clase de moral, dice el P. Sallaberry:

»El Padre Ferreres, al empezar la clase de moral el 27, se sentó en su cátedra, y nos habló del H. Goycoolea con la muda elocuencia de Cristo sobre el sepulcro de Lázaro: porque bajó la vista, y después de medio minuto de silencio sepulcral, se echó á llorar, y pudimos muy bien decir con los vecinos de Betania: *Ecce, quomodo amabat eum*. Nunca me olvidaré del espectáculo de un hombre tan eminente llorando como una madre por la muerte de su hijo. Al fin añadió, como furtivamente, estas textuales palabras: *Igitur, satagamus esse sicut frater noster fuit; et mori sicut ipse mortuus est*; y salió con la vista baja sin poder dominar las lágrimas. Tributo fué éste que muchos le pagamos.

Veamos ahora por un fragmento de una carta escrita al P. Fernando Vives, por la Srta. Rosa Jaraquemada, prima de nuestro Luis, la impresión que en la familia produjo tan sensible desgracia.

»¡Qué días de tan grandes sufrimientos nos tiene preparados Nuestro Señor! Ha sido un duelo general en nuestra familia; pero, después de su Madre, para nadie ha sido como para mí. Mi Mamita no sabe nada: tiene ya 93 años y conviene que lo ignore por toda su vida, para no exponerse á un fatal resultadô.

Bien puede comprender V. el dolor de mi corazón. Fué Lucho para mí, único hermano, yo le quería como á tal; tenía en él mi íntima confianza. Cuando yo abrí los ojos á la vida, él tenía sólo cuatro años, y así crecimos juntos en esta misma casa. ¡Qué cúmulo de lágrimas me arranca su recuerdo! A pesar de que era todo mi gusto que él fuera sacerdote y yo se lo decía siempre *desde aquellos tiempos*, fué para mí un golpe de muerte su partida de Chile. Constantemente se me viene á la mente aquel día tan amargo, cuando lo ví salir de nuestra casa para siempre entre los torrentes de mis lágrimas. ¡Quién iría á pensar que era la última vez que lo iba á ver! Nunca perdía la esperanza que lo trajesen alguna vez. Perdone los borrones, porque es imposible contener mis lágrimas. ¡Ni siquiera sabía que estuviese enfermo! ¡No verlo siquiera por última vez!

Con vivo interés he leído las cartas de V. ¡Cuánto le agradecemos su bondad! ¡Qué impresión tan triste; pero á la vez tan consoladora me ha producido su última! Comprendo que para V., que vivió como nueve años en su compañía, habrá sido muy dolorosa esta separación. Ya él había llenado la medida de santidad que Dios le exigía y así su Justicia Infinita lo sacó de este mundo, posando su mano sobre nuestros corazones...

Le suplico me haga un favor: quisiera tener algo muy íntimo de Lucho. Su crucifijo me gustaría *más que todo*; pero tal vez no lo conseguirá. En este caso, desearía su rosario, algún escapulario que tuviese puesto, ó cualquier cosa bien inmediata de su uso, cilicios, disciplinas, ó con que haya muerto. No deje de hacerme este favor; acuérdase de mi cariño por él.

Después le escribirán de casa de mi tía Irene, pues tienen motivo para tanta gratitud con V. Mucho ha sufrido mi tía Irene. A mi tía podrían mandarle la sotana que el pidió para besarla.

Mis respetos á sus Superiores y agradecimientos por sus bondades con Lucho.,

... Le envió los agradecimientos á nombre de todos, mientras le escriben" (1).

Los Hermanos Teólogos y Filósofos quisieron velar su cadáver en la antesacristía, durante la noche del 25 al 26 de Enero; y lo

(1) Santiago, Marzo 3, 1905.

hicieron turnándose de ocho en ocho, cuatro de cada facultad. Cada turno rezaba á coros el oficio de difuntos; el rosario entero, y ejercitaban otros actos de piedad privados, cada uno según su devoción.

Rezado el oficio de difuntos por toda la comunidad del Jesús á primera hora de la mañana del jueves 26 de Enero, asistimos al santo sacrificio de la misa, que ofreció el P. Rector por el eterno descanso de nuestro difunto Hermano. Su cadáver vestido con sotana y sobrepelliz, juntas ante el pecho las manos que estrechaban un crucifijo y un rosario, con rostro alegre, hermoso y fresco, como si estuviera vivo, estaba expuesto en la sacristía. Varios Padres y Hermanos y los niños que suelen servir las misas en nuestra Iglesia, se acercaban á él, y lo miraban y volvían á mirar, pareciéndoles imposible que estuviese muerto, y experimentaban con su vecindad algo de aquella singular emoción, que atrae á los fieles cristianos hacia los despojos mortales de los Santos. Vimos á quien después de cerciorarse á su parecer de que estaba solo y de que nadie le observaba, tocó el rosario de su uso en las manos del Hermano. «Yo iré, decía *con júbilo* uno de aquellos jovencitos, yo iré á ocupar su puesto en la Compañía de Jesús». Próximo ya á ser admitido, no tardó en entrar en ella.

Entre siete y ocho de la mañana salían por la puerta principal de la Iglesia hacia la

plazoleta de enfrente dos largas filas de religiosos vestidos con roquete; tras éstos el cadáver conducido en brazos de sus Hermanos, después los ministros del Señor con los ornamentos de rúbrica, y un numeroso grupo de Padres y Hermanos de manteo. Honda impresión de tristeza anublaba los rostros de todos. Con paso grave, y alternando los versículos de los salmos prescritos, atravesamos las calles del Jesús. Al llegar á las afueras del pueblo, se cantó el último responso, volvió hacia la Iglesia la cruz procesional, y el H. Goycoolea siguió el camino del cementerio, acompañado de muchos de sus Hermanos.

En el cementerio se dió orden de no enterrarlo hasta aparecer indicios de descomposición. Su muerte, no debida á gérmenes infecciosos, sino á una lesión mecánica del corazón, sus pocas carnes, la rigurosa abstinencia á que le obligaron las últimas fases de la angina, la baja temperatura del invierno, y un viento norte extremadamente seco, fueron causas que pudieron concurrir á mantenerlo incorrupto más tiempo que de ordinario. Lo cual unido á la actitud modestísima del cadáver, á la santa alegría que hermozeaba su rostro, en que parecía reflejarse la felicidad de que goza su alma en la gloria, y á la general estima y cariño á que se hizo acreedor en los catecismos por su dulce amabilidad y por sus virtudes, hizo cundir entre los campesinos de la huerta la

voz de que había muerto un *Padre santo*, cuyo cuerpo se conservaba milagrosamente inmune de corrupción en el cementerio. La mañana del viernes comenzaron las visitas, y creciendo la fama, fueron aumentando de tal manera que pudo escribir el P. José Audí: «El sábado 28 á las tres *post meridiem*, ó sea 7 horas después de cerrado el nicho, que guarda los restos de nuestro querido Hermano, pasando por delante del cementerio encontré la plazuela llena de gente de Roquetas, que me preguntaron si se podía ver al *Padre santo*; dije que no, y se fueron desconsolados. Si el domingo 29 aún hubiera estado insepulto, decíame una familia del Jesús, Tortosa y Roquetas se despueblan para venir á visitar los restos venerandos del Padre».

Por más que los Padres se empeñaron en no dar importancia á estos rumores, fundados únicamente en la falsa idea de que se conservaba incorrupto milagrosamente, no los pudieron impedir. Antes crecieron tanto, que á no haberlo enterrado á tiempo, hubiese concurrido en corporación el pueblo del Regués, distante como una legua del Jesús. La impresión en el pueblo fué muy saludable. Dios Nuestro Señor se valió de este medio para convertir á un blasfemo, que lloró sus pecados ante el cadáver del Hermano.

Todavía en Junio, el día de la Ascensión, que en 1905 fué el primero de aquel mes,

acompañando yo unos niños que habían hecho la primera comunión á ver el pequeño monumento de la Inmaculada erigido en el huerto del Jesús, al divisar uno de ellos la fotografía del H. Goycoolea, que estaba colocada á los pies de la Santísima Virgen, *quién es éste, me preguntó?—El H. Luis Goycoolea, aquel padrecito que murió este año, y que la gente iba á ver al cementerio.—Y ahora es santo, no es verdad?—Creemos que está en el cielo; santo no ha dicho todavía la Iglesia que lo sea.—Pero lo será?—No sabemos; al Papa y á la Santa Iglesia toca definirlo.*

Nos llama la atención la siguiente cláusula del P. Ferreres: «Como en aquellos días estaba gravemente enfermo N. M. R. P. General, preguntábamos por él con sumo interés. De las palabras que me dijo uno de estos días, deduje que él se había ofrecido á Dios para morir en vez del R. P. General. Tres días después de la muerte del Hermano, el sábado 27 de Enero, dije esto mismo al R. P. Rector, Luis Adroer, quien me contestó: ese mismo convencimiento saqué yo de sus palabras tal vez el mismo día». Lo que el Hermano dijo al P. Rector, fué lo siguiente: «Se mueren hombres tan útiles para la gloria de Dios y aquí estamos viviendo los que no servimos para nada».

Si es verdad que se ofreció, ha muerto el H. Goycoolea mártir de la caridad, y mártir del celo apostólico, porque contrajo su últi-

ma enfermedad ejercitando el Santo ministerio de enseñar la doctrina cristiana, y teniendo el mérito de ofrecer su vida en holocausto por un hombre, á quien creía útil para la universal Compañía. El P. General aunque sanó entonces, murió algún tiempo después de la misma enfermedad; pero esto no quita el mérito del Hermano. — Concluimos esta obra, con las mismas palabras con que el P. Estanislao Soler acaba su hermosa necrología, en el número tantas veces citado, de *El Porvenir*:

«Muy amargo nos es hoy el decir que ya no existe; pero quédanos aún el inefable consuelo de pensar que un chileno, un alumno del Colegio de los SS. CC. y del Seminario, un congregante de la Inmaculada Concepción y San Luis Gonzaga, un amigo y servidor de los pobrecitos presos, ha ido al Viejo Mundo y esparcido allí fragancia suavísima de virtud con resplandores de talento, que no se extinguirán tan fácilmente. Sirva este recuerdo de eficaz estímulo á todos, y en especial á la Juventud, que bien lo hemos menester; sirva de noble ejemplo á los congregantes, entre los cuales tan gratos recuerdos dejó y tantas amistades. Aprendamos á vivir como buenos congregantes de la Virgen, para conseguir igual muerte.

«Ayer nos enseñaron á morir Rafael Irrázaval Correa, Joaquín Walker Valdés y Arturo Brandt Alvear; hoy es Luis Goycoolea Walton. Ojalá que al terminar nuestra

carrera, se pueda escribir de nosotros lo que de este último se ha escrito: "recibido el Viático y la Santa Unción, dijo con mucha entereza: *ahora ya estoy arreglado; ahora me voy contento; ya no tengo más que desear*".

A. M. D. G.

## APÉNDICES

## SOMBRA Y LUZ

Una noche estival... Cual siempre, á solas,  
A tristes pensamientos entregado,  
Luchaba con las olas  
De la aciaga tormenta del pasado,  
Vagaba sobre el huerto florecido  
La noche azul, en soñadora calma...  
Se deslizaba el tiempo no sentido.  
¿Sabe de tiempo el ave, cuando el nido  
Halla deshecho en centenaria palma  
Y mirándole al pié se queja y llora?  
También el corazón tiene una hora!  
Hora de eternidad que hay en el alma!

En hondo anhelo, en ansia misteriosa  
De un bien soñado, el corazón esquivo,  
El alma suspiraba, cual la hermosa  
Castellana en la torre silenciosa  
Por el que vió una vez: gentil cautivo.

¡Podrá faltar la luz al medio día!  
La ronca tempestad al Oceano!  
Aún á la mujer la poesía!  
Mas no busquéis un corazón humano  
Que, en sigilo, no arrulle la armonía  
De un soñado ideal siempre lejano!

Absorto y triste abandoné á su empeño  
Al pensamiento mío;  
Mas la mentida realidad del sueño  
Vino á ahondar el lóbrego vacío...  
Y el triste corazón llamó á las puertas  
Cerradas del recuerdo, y se acercaron  
Con las alas abiertas  
Las sombras de los días que pasaron.

Levantaron sus frentes pensativas,  
Coronadas de eternas siempre-vivas  
Las memorias de ayer: los embelesos  
Con que despierta al corazón del niño  
Aquel primer cariño  
Casi empapado en los maternos besos.

El primer desengaño, siempre cruento,  
La primera ilusión desvanecida,  
¡Hoja de otoño que arrebató el viento!  
La fe perdida, la perdida calma,  
Las primeras traiciones de la vida,  
Que al hombre cuestan la mitad del alma.

Los recuerdos pasaron  
Con su triste y sublime poesía;  
Pero siempre en las sombras que poblaron  
Un instante con luz del medio día.  
Hondo vacío el corazón sentía...

Y me puse á pensar: "¡Ah si la triste  
Vida mezquina, que en dolor acaba,  
No siempre fuese del dolor esclava!  
¡No fuera la ventura sólo un nombre!  
Decid, cielos ¿No existe  
El dulce amor? ¿Al corazón del hombre  
Por ansias infinitas consumido,  
Pudo serle negada  
La verdad del amor, si una enramada  
Las aves tienen donde hacer su nido?

Ahuyentando mis locos desvaríos  
Besó mi frente la aromada brisa,  
Y avancé por los árboles sombríos...  
Y al punto, en la indecisa  
Penumbra de la noche  
Oí sonar una argentina risa;  
Y burlón y cruel como un reproche  
Repitió el eco, al corazón amargo:  
"¿Vais buscando al amor? ¡Pasad de largo!"

De súbito arrancado á mi honda pena,  
"Verdad, clamé, un sueño es la ventura!  
Y es esta sed que al corazón apena  
¡El ansia del placer! ¡El ansia impura!"

Y en loco torbellino  
Miré pasar errante las naciones;  
Con la fatal ceguera del destino,  
Alumbrando en la noche su camino,  
Con la quemante luz de las pasiones,  
Y entre los labios la canción liviana,  
Como bacantes de una edad pagana.

Con el horror que causan los vestiglos,  
Aborrecemos la memoria oscura  
Que nos legaron los pasados siglos;  
Y lloramos, no obstante nuestros males,  
Sobre la vieja y grande sepultura  
De sus grandes y viejos ideales!

"¡Mísera sociedad! Vas desterrada,  
Como el mendigo rey, el ciego Edipo,  
Que entre sombras eternas, pavorosas  
De la mano de Antígona vagaba  
Con nostalgia de luz, sin otro equipo,  
Que el jirón del recuerdo con que hilaba  
Las formas y colores de las cosas!

¿Cuál es el Dios que adoras? — Derruídos

Del templo están los seculares muros,  
Sólo en la sombra hundidos  
De los callados ángulos oscuros  
Los pájaros del cielo hacen sus nidos,  
Y en medio está, descolorida y muda,  
La aciaga diosa en el altar: — la duda.

Los lazos del amor puro y bendito  
Que ata el dolor cristiano,  
Riego de bendición de lo infinito,  
Hoy los ha roto el corazón humano.  
El hombre, sólo en la tormenta aciaga,  
Sabe el tesoro del dolor que acopia;  
Porque es la salvación del que naufraga;  
La playa del recuerdo es playa propia.

¡Oh bendito el dolor grande y sublime!  
De la existencia en el perpetuo invierno  
Es llama que calienta y que redime;  
La imagen del placer pronto se olvida;  
El lazo del dolor es siempre eterno:  
¡Ah no huyáis del dolor que os dió á la vida!

Dije y volviendo al triste pensamiento  
De mis noches de penas matadoras,  
Que las horas absorben un momento  
Como absorbiera un siglo en pocas horas,  
Por anhelo indecible consumido,  
„¡Luz!“ exclamé, y al punto en la enramada  
En el marco del huerto obscurecido  
Cual blanca garza que abandona el nido  
Brotó la luz en pálida alborada.

Entonces ví por el jardín sombrío  
Venir un hortelano;  
Cuajaba sus cabellos el rocío;  
En su pálida frente  
Sonreía un albor; la herida mano  
Sobre el abierto pecho, lacerado,

Mostraba el corazón resplandeciente  
Por círculo de espinas coronado.

Absorto en su hermosura,  
Le ví pasar por la alameda obscura...  
La luz clareaba en el confín del huerto,  
Al propio corazón miré entretanto,  
Y hallé en la soledad de aquel desierto  
Luz en el alma, y en los ojos llanto.

## II

### EL DESPERTAR DE AMÉRICA

#### I

A impulsos del dolor, por el camino  
Aspero de la sierra, á pasos lentos,  
Saliendo de la patria peregrino  
A solas con sus tristes pensamientos,  
Traspone, en el sosiego de la tarde,  
El alta cuesta el indio mejicano,  
Y dibuja la luz, que débil arde,  
Su negra sombra en el confín lejano.

Mas, al tocar la cima de aquel monte  
No hollado aun de intrépido extranjero,  
Se detiene á mirar el horizonte  
Con el afán de un largo adiós postrero.

Mira la patria allí: verjel de flores  
Que acaricia una eterna primavera,  
Y que mece, cantando sus amores  
El fiero mar que ciñe su ribera...

Sobre el plácido valle ha descendido  
La noche azul, en soñadora calma...  
Ay! piensa el indio que del dulce olvido  
Aún no bajan las sombras á su alma!

Y cual suspira el viento en la arboleda,  
Por la alta sierra, al espirar el día,  
Se oye su voz que resonando queda  
Con amoroso acento: "Patria mía!"...

## II

Hundióse entre las sombras el paisaje;  
Llegó la noche á la alta serranía,  
Y absorto aún en su dolor salvaje,  
Sentado el indio en el peñón yacía.

Cuando, de pronto, en la extensión lejana,  
Extraño resplandor que alumbra y ciega  
Despunta, cual la luz de la mañana,  
Y todo el monte en la alborada anega.

Y á la vez, junto al indio embebecido  
En su dolor, hermosa criatura,  
Que acaso de las peñas ha nacido,  
Muestra de pie su celestial figura.

Un espléndido albór orna su frente,  
Como el nimbo de luz la sien del santo,  
Y el rostro, que cautiva dulcemente,  
Es majestuoso y tierno como el llanto.

Por sus alas de nieve circundado,  
Cual blanca estatua, el celestial portento  
Inmóvil, junto al indio, se ha quedado,  
Bajo el pórtico azul del firmamento.

Se alza, de pronto, el indio en sus abrojos  
Y, al ver de luz la soledad radiante,  
Pensando que el dolor nubló sus ojos,  
Revela el estupor en su semblante.

Mas le envuelve la luz como en el día,  
E inquieto está con el terror en lucha,  
Cuando una dulce voz que le extasía  
Le dice blandamente: "Escucha! escucha!"

Y ante el ángel que al indio se presenta,  
Con indecible asombro, cual no pudo  
Nunca el hombre sentir, huir intenta,

Mas se queda luchando absorto y mudo.

Y levantando el ángel dulcemente

La mirada al azul: "Me envía, exclama,

Un poderoso Rey!" y vibra ardiente

Su voz, como la luz que el monte inflama.

"Mas allá de las nubes, donde mora

"Una eterna quietud, sobre el espacio

"En que se mueve el Sol que el indio adora,

"Se levanta su espléndido palacio.

"El rigé los destinos soberanos

"De la tierra, solícita á sus leyes,

"Y porque son hechuras de sus manos,

"El derriba los pueblos y los reyes.

"Desde el trono de luz en que se sienta,

"Fijó los ojos en tu patria un día,

"Que solitaria, hermosa y opulenta

"En medio de los mares se dormía.

"Y vió la selva, el caudaloso río,

"Las extensas y fértiles praderas,

"Y al indio sin más ley que su albedrío,

"Que vivía doquier como las fieras.

"Y en el inmenso amor en que se agita

"Aquella eterna llama redentora,

"Al que en las sombras del error dormita,

"Despertar quiso á celestial aurora.

"Y con voz misteriosa, en el profundo

"Silencio de la noche, el Oceano

"A un hombre de otras zonas muestra un mundo,

"En apartados mares, soberano.

"Y esta hermosa región el indio hoy llora

"Esclava de los hombres de otra raza...

"No gima el indio que el camino ignora,

"Que á su patria gentil el cielo traza!"

El ángel dijo, y se esparció su acento

Como en ondas de luz, y suspendido

Al escucharle, en mudo arrobamiento,

Daba el indio sus penas al olvido.

Mas, con nuevo fervor, cual si sintiera

El hálito de Dios sobre su frente,

Fijos los ojos en la azul esfera,  
El ángel prosiguió con voz ardiente:

„Solo es eterno Dios! El mundo pasa

„Como sombra á sus ojos soberanos!

„Si hoy con ardiente llama los abraza,

„Que dobleguen la frente los humanos!

„Es el soplo de Dios!... Quién la medida

„Tiene del porvenir!... Ciegue de espanto

„La soberbia del hombre confundida!

„Dios solo es sabio, omnipotente y santo!

„El indio, de la patria desdichada,

„No lllore ya la miserable suerte:

„El que sacó los mundos de la nada,

„Hará brotar la vida de la muerte!

„Oh mundo entre dos mares escondido!

Clama el ángel en pos arrebatado,

„Incensario de Dios, aún no encendido,

„A las olas del mar abandonado!

„Bella mansión de espléndidas riberas!

„Tierra virgen, hermosa y desdichada,

„Que, en sombras, sin amor, durmiendo esperas,

„Despierta! que ya luce la alborada!

„Dios á los hombres de otra raza envía

„De las remotas playas del Oriente;

„Ellos traen la luz del nuevo día

„Y el agua bautismal para tu frente!

„Tuyo es el porvenir!... Junto á las ondas,

„Nueva generación verán los mares,

„Que surgirá viril de entre las frondas

„De tus sombríos bosques seculares!

„Y tus campos de vastos horizontes

„Al progreso darás que en tí ya anida,

„Y turbará el silencio de tus montes

„Y de tus bosques vírgenes, la vida!

„Y activos, y valientes y cristianos,

„En tus bosques, moradas hoy de fieras,

„Unidos ya los hombres como hermanos,

„Desplegarán al aire sus banderas!

„Glorioso porvenir á las naciones

„Que has de engendrar, el cielo les legara;  
„Lleno tu suelo está de ricos dones,  
„Es valiente tu raza, y Dios te ampara!  
    „Mas, sea Dios tu Rey! su amor, tu enseña;  
„Adórenle tus hijos reverentes...  
„La historia de los siglos te lo enseña:  
„Grandes los pueblos son que son creyentes!”  
    Y cual se borra el día, y anochece  
Y se hunde en la sombra el horizonte,  
El ángel del Señor desaparece,  
Y en las tinieblas se sumerge el monte.  
    Y, de pronto, el indígena arrancado  
A su dulce estupor, por infinito  
Y doloroso afán arrebatado  
En salvaje carrera, lanza un grito.  
    Y como ruge el viento en la arboleda  
Cuando la tempestad enturbia el día,  
Se oye su voz, que resonando queda  
Con indecible acento: „Patria mía!”

LUIS GOYCOOLEA WALTON.

Declamada por Arturo Fernandez Pradel, el 26 de  
Diciembre de 1896, en la repartición de premios del  
Seminario Conciliar de Santiago de Chile.

### III

AL ILMO. SEÑOR D. RAMÓN ANGEL JARA

*Obispo de San Carlos de Ancud (Chile)* (1)

En un rincón del mundo adormecida,  
Virgen región del suelo americano  
Entreabre sus senos á la vida  
Y guárdala entre arrullos, circuída  
La inmensa soledad del Oceano.

Su pompa desplegó naturaleza  
En aquella región agreste y sola,  
Cuyas selvas de exótica belleza  
Oyen turbar la paz de su grandeza  
Sólo al sugir del viento y de la ola.

Gente inculta en gran parte todavía  
Las anchas playas y sus montes puebla;

(1) El Ilmo. Sr. D. Ramón Angel Jara, de vuelta del Concilio Latino-Americano, se detuvo unos días en Barcelona, dejando en nuestro Colegio de la Capital del Principado Catalán recuerdo imperecedero de sus virtudes. En este tiempo hizo una visita al Monasterio de Nuestra Señora de Veruela, donde moraba á la sazón entre otros jóvenes jesuitas el H. Goycoolea. Y ¿no había éste de pulsar la lira en obsequio del Sr. Jara, más que fuese deprisa y corriendo?

Que aquella raza intrépida y bravía  
Sentada está, sin conocer el día  
De la ignorancia en la ominosa niebla.

Ancud ¡milagros del amor divino!  
Corona es hoy de tu grandiosa historia;  
Que al contemplar su mísero destino,  
Otras glorias dejando en tu camino,  
Esa quisiste por tu sola gloria.

¿Y quién se admirará si ha conocido  
Tu corazón abierto á toda pena  
A toda compasión del afligido,  
Tu noble corazón de amor herido  
Por el dolor y la desgracia ajena?

Grande porción de niños desvalida,  
El sanguinario monstruo de la guerra  
En la triste orfandad dejó sumida,  
Y á salvar su inocencia con su vida  
Te impulsó Dios; y te aplaudió la tierra.

Miró Valparaíso amenazante  
Al monstruo del horrible socialismo,  
Y tu celo invencible echó al instante  
¡Secretos del valor de un padre amante!  
Puente de salvación sobre el abismo.

Y aquel bárbaro pueblo en sus enojos  
Quiso cortar tu espléndido camino,  
Mas pagando con rosas los abrojos  
Tú le miraste con piadosos ojos,  
Salvaste y convertiste al asesino.

Mas ¿quién podrá contar las matadoras  
Faenas de tu vida? ¿y aquel celo  
Que en ansias de su amor devoradoras,  
Del alta noche en las calladas horas  
Solo tenía por testigo al cielo?

Mas ¿de dó tal aliento? ¿cómo opreso  
De la labor, tu esfuerzo no cedía?  
Es que á aliviar al corazón su peso  
Una sagrada sombra, en dulce exceso,  
Tierna como las lágrimas, venía.

Y en nimbo de azucenas regalado  
Apacentando con amor tu vista,  
En el pecho de Cristo reclinado  
En tan íntima unión, tan sin cuidado  
Véas al amante Evangelista!

Y en el pecho de Cristo deponía  
Tu corazón, sus ansias y sus males;  
Y en él también tu espíritu bebía  
Como bebe la humilde Compañía,  
La fuerza del amor en sus raudales!

Y así osténtas también entre tus manos  
La gloria de mi Madre, peregrina  
Y ofreces al amor de mis hermanos  
En medio de esplendores soberamos  
Su mismo celo y caridad divina.

*Veruela, Octubre 1899.*



Y el astro, que corona los mundos de oro y grana,  
Ya asoma en Israel.

¡Aurora esplendorosa, que alumbras la ribera,  
Ceñida de jacintos, del límpido Jordán;  
Cuán presto desatada tu lumbre placentera  
Judá, la Palestina, la humanidad entera  
Tus rayos llenarán!

Un hombre que á los cielos semeja, se avvicina;  
Su frente majestuosa circunda un resplandor;  
Hay algo en su mirada que alegra é ilumina;  
Parece que la tierra florece, si camina...

¡Jesús es hombre y Dios!

El mar en la tormenta, cuando habla, se serena;  
La muerte retrocede; los pueblos van tras él:  
Es sol que da la vida y es gozo que enajena  
Por eso al escucharle vencida Magdalena

Derríbese á sus pies.

¡Oh día de las almas, aun veo que de lejos,  
Después que obscura nube cubrió tu resplandor;  
Envías á los lindes del mundo tus reflejos,  
Y á pueblos y naciones absortos y perplejos

Despiertas al amor!

¡Apóstoles de Cristo! ¿qué fuerza creadora  
Enciende en vuestros labios relámpagos de luz?  
Y en Juan son como lumbre de paz restauradora,  
Y en Pablo cual torrente de fuego que devora

Y arrastra hacia la Cruz?

¿Quién eres, luz divina, que alumbra y que no ciega,  
Incendio que penetra y abrasa el corazón?

¿Quién eres tú, que el hombre vencido se te entrega?

¿De dónde bajas, dios, que alcanzas do no llega

La espada, ni el valor?...

Extático contemplo tu espléndida figura:  
Tus ojos son raudales de vida y juventud;  
Magníficos encantos coronan tu hermosura...  
¡Oh reina poderosa, descendes de la altura

Vestida de la luz!...

De Dios la imagen veo doquier en lo criado:  
Los mares nos recuerdan, Señor, tu inmensidad;

El palio azul del cielo de lumbres adornado  
Tu gloria; el alto monte de nieve coronado  
Tu eterna majestad.

La noche tus arcanos; la luz tu excelsa vida...  
Mas tú, palabra ardiente, que llevas en tu ser  
La fuerza que subyuga y el rayo que intimida,  
Cual chispa de sus senos potentes desprendida,  
Remedas su poder.

Señor, los corazones tú mueves y manejas;  
Los tienes en tus manos, los hombres tuyos son...  
¡Oh reina de las almas! en esto á Dios semejas:  
Tú hieres á los hombres, los vences y los dejas  
Trocado el corazón.

Te admiro y ambiciono, oh espléndida elocuencia;  
En labios del apóstol tu fuerza es salvación:  
Sé pues de quienes tienen las almas por herencia,  
Antorcha con que alumbren del hombre la existencia,  
Guiándole á su Dios.

¡Desciende á nuestros pechos, que en nieblas secula-  
[res.

Naciones hay que duermen privadas de la cruz!  
¡Desciende, que se pierden las almas á millares!  
¡Y esperan las llevemos quizás lejanos mares  
El nombre de Jesús!

V

Á MARÍA

¡Oh Madre del Amor encantadora!  
Aunque en solio de estrellas asentada  
Tiende desde esa altura una mirada  
A un grupo de estudiantes que te adora!

Tú eres el sol que el horizonte dora  
Del alma á tristes sombras desterrada,  
Cuando á tu luz divisa la morada  
De la hermosura eterna su señora.

Eres la musa tú que nos inspira.  
¿Qué podrá, pues, brotar de nuestra lira  
Sino un perpetuo canto á tu belleza?

Pues si eres musa tú, la lira es tuya;  
Si sol del ideal, justo es que huya  
La humana sombra do la luz empieza.

## VI

### A LA VIRGEN DE LOS DOLORES

Cuando en solio de estrellas, en la altura,  
Te contemplan mis ojos, Madre mía,  
Y veo que ante el sol de tu hermosura  
Con un suspiro se estremece el día,

Celeste gozo el corazón me inunda;  
Hiérenme tus divinos resplandores:  
Pero es más viva aún y más profunda  
La herida que me causan tus dolores.

Más madre me pareces, cuando miro  
Que de dolor el alma hecha pedazos,  
Estrechas con un íntimo suspiro  
El cuerpo de tu hijo entre tus brazos.

Ay! madre de mi amor! perdona y deja  
Que penetre en tu pecho dolorido  
Y guste aquel dolor que no se queja,  
Ni hallar puede en lo humano su gemido.

¡Oh historia de dolor callada y honda!  
¿Quién hay que al contemplar tu cruel destrozo

De sus íntimos senos no responda  
Movido á compasión, con un sollozo?...

Hermosa me pareces coronada,  
Oh dulce reina, en la mansión del día;  
Pero junto á la cruz desamparada,  
Me pareces, oh Madre, ser más mía.

Que en esa obscura noche de dolores  
Te miro por mis culpas sumergida;  
Llorando estás por mí... ¡Madre, no llores!  
Si vida te quité, toma mi vida!

## VII

### A LA VIRGEN DEL PILAR

¡Oh Madre! quién me diera  
La dicha del apóstol regalada,  
    Cuando de la alta esfera  
    Bajar á la ribera  
Te vió del Ebro en claridad bañada.

¡Oh venturoso instante!  
La noche por los cielos ya regía  
    Su carro de diamante,  
    Cuando una luz radiante  
Los bridones turbó, cegó la guía.

Se oyó un himno sonoro,  
Lleno de encanto y celestial pureza:  
    Y al armonioso coro  
    Sobre los ejes de oro  
Suspendida quedó naturaleza.

Y como en sombra hundido  
El hondo valle, tras la enhiesta loma  
    El hombre embebecido  
    Contempla, y sin sentido  
La majestad con que la luna asoma.

De la margen vecina  
Ve elevarse una imagen dulce y pura  
Santiago: á él camina,  
Y todo se ilumina  
Al suave resplandor de su hermosura.

Contéplala avariento;  
No osa arrojarse, extático, de hinojos:  
No le robe el aliento,  
No turbe el pensamiento  
La dicha que gozando están los ojos

„¡Oh! si, por fin exclama,  
„Madre del Salvador, siempre bendita!  
Si ya mi pecho te ama  
Con tal amor, ¡qué llama  
No prenderás en él con tu visita!”

Oh noche deleitosa,  
Noche callada y llena de dulzura,  
Sobre un pilar se posa  
La gloria y duerme ociosa  
Ignorando la tierra su ventura!...

Ondas del manso río,  
Que murmurando vais nuestras querellas!  
Viento de otoño frío,  
Que por el bosque umbrío  
Vas cantando á la luz de las estrellas!

Callad... Como la aurora  
Sobre el pilar de jaspe resplandece  
La cándida Señora,  
Su faz encantadora  
Le asemeja al rosal cuando florece.

Su voz es tierna y suave  
Y al dulce amor de la oración convida;  
Voz que al arrullo sabe,

Con que acaricia el ave  
A los polluelos á que dió la vida.

„!Hijo! dice, en memoria,  
Esta mi imagen, y el pilar te entrego:  
Ella sea tu gloria.  
Y signo de victoria  
Sobre este reino aún gentil y ciego.

Y tú sobre esta orilla,  
Que el Ebro lento con sus ondas baña,  
Levanta una capilla,  
Al mundo maravilla,  
Prueba de inmenso amor le sea á España.”

Miró al hijo risueña  
Y se perdió su imagen adorada...  
Junto á la dulce enseña  
El apóstol aún sueña,  
Al despuntar la luz de la alborada.

¡Oh cara y dulce historia!  
Oh recuerdo que el alma me enajena!  
Si no está aquí mi gloria  
¡Oh tierra, vil escoria,  
Qué tienes que á los ojos no dé pena!

¡Ay dicha apetecida!  
¡Madre, mi solo amor! deja de hinojos  
Hoy un favor te pida:  
Huya de mí la vida,  
Porque puedan hallarte ya mis ojos.

## VIII

### VÍCTIMA INMACULADA

#### I

Alma, ven al Calvario. Aún te aguarda  
El amor enclavado en duro leño...  
¡Larga tu ausencia ha sido!... Ay! cuánto tarda  
Tu vuelta á tu amador y solo dueño!...  
Manchada está tu frente, y desgarrados  
Tus vestidos por zarzas de pecados...

¿Qué fué de tí?... ¡Oh esclava envilecida  
Por la secreta culpa! aún te espera  
La regeneración, la nueva vida...  
No huyas del dolor: antes que muera  
El amor en la cumbre solitario  
El dolor amarás... ¡Ven al Calvario!

Hundido está en tinieblas todo el monte;  
Ya Cristo, del madero está pendiente;  
Y en la sombra que cierra el horizonte  
„¡Muere! muere!“ á Jesús grita la gente,  
Mientras á aquella multitud deícida  
El dice con los ojos: „¡Soy la vida!“

La ingrata muchedumbre que apiñada  
En el monte ennegrece aquella escena,  
No entiende lo que dice esa mirada  
De compasión por sus desdichas llena:  
¡Ríe, Jerusalén! blasfema el santo!  
En tu ruina lloró: ¡pagas su llanto!

Sangre divina por el leño corre;  
La de Jesús, de sus abiertas manos  
Y desgarrados pies, para que borre  
Las culpas de los hombres, sus hermanos:  
¡Ríos da amor fecundaréis la tierra  
Pero no el corazón que el hombre os cierra!

La tierra beberá tu sangre, ¡oh Cristo!  
Y en este monte crecerá la yerba!  
El hombre la desdeña aunque la ha visto  
Brotar por él en tu pasión acerba...  
No te conoce el hombre por quien mueres:  
¡Noche del corazón, ¡ay del que hieres!

Mas ¿no eres tú, Señor, la creadora  
Palabra de la eterna Omnipotencia,  
Que al vibrar encendió la blanca aurora,  
Mientras daba á las cosas la existencia?  
¡Haz que en la noche cruel de tus dolores  
El hombre sepa ver tus resplandores!

¡Verbo del Padre y substancial figura!  
¡Belleza eterna, sol de lo Increado!  
Que con velo de sangre has ocultado  
El vivo resplandor de tu hermosura  
Quién eres diga al hombre que lo ignora,  
La fé de una mujer corredentora.

La fe de una mujer y dulce Madre  
Que encienda el frío corazón del hombre.  
¡Palabra eterna! resplandor del Padre!  
Señala á esa mujer! pronuncia un nombre

Que al mundo el alba suspirada sea:  
¡La aurora, oh Verbo, de las almas crea!

II

Alma, ven al Calvario. Un Dios propicio  
En él, por tí muriendo está de amores  
¡Ven al monte del santo sacrificio!

Entre esa obscura nube de dolores  
¡Qué sólo está Jesús!... Su pie llagado  
Ni aún toca la tierra;  
El cielo... á sus lamentos ¡ay se cierra!...  
¡Qué solo está aquel Dios Crucificado!  
Velando su agonía  
Está al pie de la cruz sólo María.  
¡María! oh dulce nombre!... Mas ¿quién eres,  
Afligida Señora?  
Junto á ese duro leño, dí, ¿qué quieres?...  
¡Resplandores de aurora  
Veo en tu frente pura!  
¡No sé si eres un Dios, ó creatura!  
Eres la Madre, sí, del Nazareno;  
Le llevaste en tu seno,  
En tu seno de virgen, no manchado;  
Y de dolores y de oprobios lleno,  
Ahora tú lo ves crucificado.  
Inmenso es tu dolor, triste, Señora,  
Las olas de la mar tienen barrera;  
Mas la aflicción que el alma te devora  
No tiene ni descanso, ni ribera.  
¡Oh, encanto de las almas! Flor bendita  
A cuyo dulce nombre  
Todo materno corazón palpita  
Y á cuyo aroma virginal el hombre  
De la muerte del vicio resucita!  
Virgen por Jehová profetizada

Del mundo en el Edén; que no podía  
Sino en él por un Dios ser anunciada  
La gloria de la tierra, la alegría  
De la raza de Adán, la Inmaculada!

¡Tú las tormentas de la vida calmas  
Con solo tu presencia bienhechora!  
¡Tú eres la luz del día de las almas!  
¡Ay! é inclinas ahora  
Al peso del dolor tu casta frente,  
Lirio del valle, inmaculada rosa!  
¡Tan pura! tan hermosa  
Y al par tan inocente!...

¿Qué te ha hecho, Señor, la dolorida  
Virgen de Nazareth?... ¡Darte la vida!  
¿Porqué crucificarla en pago quieres  
En la mística cruz de sus amores?  
¿No bastan ¡ay! tu sangre y tus dolores?  
¿No es bastante esa cruz en que tú mueres?

¡Mira! mira á esa Virgen desvalida!  
¿No es ésta á quién llamabas amoroso  
Tu única paloma, tu querida?  
¡Ah! ¿no la hablabas como amante esposo  
Y á tu pecho divino la llamabas?  
¡Qué amor, Señor, el tuyo que de lleno  
Como ola amarga caes en su seno  
Y el corazón de destrozarle acabas!

¡Ven á mí, mi paloma! ven, mi amada,  
¡Ven!; y en el alto Líbano, á la sombra  
De los gigantes cedros, le decías;  
Serás hoy por mi mano coronada!  
¡Ay! qué corona es ésa de dolores  
Que pusiste en su frente inmaculada!...  
Pálida está; marchitas ¡ay! las flores  
De su tierna mejilla,  
Por tí, oh amante esposo, comparada  
Al tornasol de suave tortolilla:

Están los tristes ojos anegados  
En fuentes de dolor, que tú has abierto  
En sus senos sagrados;  
¡Aquellos ojos, astros del desierto!  
¡Esos ojos humildes é inocentes  
De castas y mansísimas miradas,  
Por tí, en frases ardientes,  
Como palomas blancas y bañadas,  
Por más blancas, en leche, celebradas!

¿Las ves ahora? El mar de la amargura  
Su corazón inunda; pero calla  
La Madre sin ventura,  
Porque expresión á sus tormentos no halla.  
¡Oh, historia de no oída desventura!  
El corazón de Madre tierno y fino,  
El amor infinito y abrasado,  
El Hijo que está en cruz. Hijo divino;  
Y ¿quién le crucifica? .. el vil pecado.  
¡Escena de dolor, callada y honda!  
¿Quién hay que al verte, convertido el gozo  
En aflicción profunda, no responda,  
Movido á compasión, con un sollozo?  
Pero la triste Madre no se queja:  
Reprime el llanto, ahoga su gemido...

¡Ay! Madre, deja, deja  
Que bendiga tus penas conmovido!  
Cuando pase el invierno, coronada  
Habrás de ser en la mansión del día;  
Pero junto á esa cruz desamparada  
Más madre me pareces y más mía!

Alma que en el Calvario  
Llorando estás la cruz de esa Señora,  
Comprende que el dolor te es necesario.  
No hay mancha en esa Virgen bendecida,  
Pero ha sido escogida  
Para ser con Jesús corredentora.

Ella es el alba, deseada aurora,  
De donde nace el sol de lo Increado,  
La mujer á los siglos prometida,  
A cuyo tierno y maternal cuidado  
Ha de ser en custodia hoy entregado  
Sobre el Calvario el árbol de la vida.

Consumación de su sagrado oficio  
Es su cruz, cruz secreta, cruz de amores:  
Porque no hay redención sin sacrificio,  
Ni expiación sin vía de dolores.  
Por eso el corazón que brota flores,  
Hundida lleva penetrante espada,  
Y aquel seno fecundo,  
Aquel virgíneo inmaculado seno  
Que dió el panal de la dulzura al mundo,  
El sólo de amarguras está lleno;  
Por eso está en su cruz crucificada  
La víctima de amor inmaculada.

### III

Le da el dolor al hombre el bien primero  
De la dulce existencia, á él ve unida  
Su entrada al triste valle en que es viajero...  
¡Ah! no huyáis del dolor que os dió la vida;  
Como sombra después al hombre sigue  
Por la agria cuesta que conduce al cielo;  
Y si el hombre el falaz placer persigue,  
Halla el dolor por término á su anhelo.  
¡Oh ciega humanidad! que desconoces  
Aquella necesaria compañía!  
Por senda de trabajos ó de goces  
Será el dolor tu sombra ó bien tu guía.  
¡Mísera humanidad! vas como Edipo,  
El ciego rey, de dolorosa historia,  
Que sin trono, ni hogar, ni más equipo  
Que el jirón del recuerdo en su memoria,

Guiado por Antígona vagaba  
Sumergido en tinieblas pavorosas;  
Mientras que á solas en su mente hilaba  
Las aparentes formas de las cosas.  
¡Oh ciega humanidad! tu anhelo sueña  
Los goces de la tierra por que ansía:  
Solo el dolor la realidad te enseña,  
Solo el dolor á la verdad te guía!

Solo cuando padeces en tí entras  
Y mientras de tu origen te olvidabas,  
Siguiendo á tu dolor, al fin te encuentras,  
Y tu origen y fin de ver acabas.

Y ese dolor que en tu alma sacrifica  
El odio, la ambición, la sed de gloria,  
Ese noble dolor te purifica  
Y te ciñe el laurel de la victoria.

¡Oh, bendito el que es justo, si padece,  
Y bendito el culpado, cuando gime!  
Porque el dolor al justo le engrandece  
Y al que cayó en la culpa le redime.

¡Oh, bendito dolor! dolor sagrado  
En que un Dios manifiesta sus amores  
Y es el rescate santo que ha pagado  
Por mi alma la Madre de Dolores!  
¡Salve, cruz del dolor! árbol de vida!  
Si fuiste expiación impuesta al mundo,  
Fuiste de un Dios clemente bendecida:  
¡Por eso eres, dolor, siempre fecundo!

¡Alma, mira á Jesús! Aquel tormento  
Que le causa un dolor casi infinito,  
Siente que se lo aumenta un pensamiento,  
El hombre, del Edén aún proscrito.

Su corazón refleja sus torturas  
En otro corazón amante y tierno  
Y se duplican penas y amarguras  
En el cristal del corazón materno...

Mira la Madre al Hijo, silenciosa...  
Ella á su seno, huerto de delicias,  
Infante le estrechaba temblorosa  
Y el niño devolvía sus caricias...

Después en Nazareth ella bendijo  
De sus rudos trabajos los abrojos...  
¡Ay! contemplaba trabajar al Hijo.  
Besándole en silencio con los ojos.

Y con adoración de humilde esclava  
Y con materno é íntimo embeleso  
Del corazón las fibras le enviaba  
Al darle con los ojos cada beso...

Y de tres duros clavos le ve ahora  
De ese cruel madero allí pendiente,..  
¡Ay! calla resignada la Señora,  
Pero un dolor inmenso en su alma siente.

También le mira el Hijo: triste y serio  
El rostro, la contempla... ¿Qué medita  
Allá en su corazón? Otro misterio  
De la bondad de Dios, que es infinita!

Tiene Jesús un pensamiento fijo:  
Al pródigo no olvida el dulce Padre...  
»¡Mujer! dice de pronto, ese es tu Hijo!»  
Mostrando á Juan, y á Juan. »Esa tu Madre!»

Como la aguda hoja de una espada  
La palabra de Cristo hendió aquel seno  
Que fué su lecho y virginal morada  
Y en ese instante, de misterios lleno.

Como aquel día — ¡día de ventura! —  
En que al arcángel ruborosa oía,  
Sintió en su corazón la Virgen pura  
Que era Madre y al hombre concebía!

¡Concepción del espíritu! portento  
Del Verbo Creador! ¿quien te comprende?  
Un maternal y nuevo sentimiento  
El corazón de aquella Madre enciende.

¡Oh, corazón para el amor fecundo!  
En él María, Madre de Dolores,  
Siente que estrecha y que preserva á un mundo;  
Que es ya madre común de pecadores.

En su materno sentimiento abraza  
Los hombres todos, hijos de sus penas;  
Como la de Jacob será su raza  
Comparable del mar á las arenas.

Los cielos pasarán, la árida tierra  
Yacerá como altar que mano impía  
En vasto templo devastado aterra,  
Y durará la raza de María!

¡Oh venturosos hombres que recibe  
Esa Madre Purísima por hijos!  
En medio del dolor con que os concibe  
Aún siente maternas regocijos!

Porque ya suyos sois; que os ha comprado  
A precio de un dolor que á todo alcanza:  
¡A su materno manto cobijado  
Feliz quien ponga en ella la esperanza!

IV

Alma que has comprendido  
El precio del dolor sobre el Calvario,  
¡No olvides que el dolor te es necesario!  
¡Mira á ese monte santo! ese es el nido  
En que tengo yo puestos mis amores  
¡Oh! que dulce es vivir allí escondido,  
Sintiendo de María los dolores,  
Junto á esa cruz bendita  
Refugio y redención de pecadores!

¡Haz que siempre en mi pecho lleve escrita  
Santa montaña, tu amorosa historia!  
Del Hijo y de la Madre los abrojos  
Presentes siempre estén en mi memoria,  
Siempre en mi corazón y ante mis ojos!

Sagrado monte! ¡perennial colina!  
Dos cruces veo en tí que amo y adoro:  
¡Solo ellas quiero sean mi tesoro!  
En la una la víctima divina  
Por el hombre, perdón pide á su Padre;  
Lleva en el corazón, ¡ay! enclavada  
La otra, nuestra Madre  
La víctima de amor inmaculada.

Luis GOYCOOLEA S. J.

## IX

### NOVENA DE LA CONFIANZA EN EL PURÍSIMO CORAZÓN DE MARÍA

Señor mío Jesucristo...

#### ORACIÓN:

¡Oh Corazón Purísimo de María, santuario de la adorable Trinidad, trono real de nuestro Rey Jesús, lirio de Inmaculada pureza y celestial fragancia, hoguera de encendido amor, abismo incomprensible de humildad, mar inmenso donde afluyeron por mi culpa todos los dolores! ¡Oh Corazón Inmaculado de María, Corazón de la Madre de Dios y de mi dulce Madre! venero de todo bien, puerto de toda aflicción, á Vos me acojo, y á Vos acudo lleno de confianza, en la necesidad en que me encuentro. ¿De quién sino de Vos he de alcanzar su remedio, que sois el arca de la alianza que encierra los tesoros del Señor? Vos sois, sí, la luz y el sostén de mi esperanza, como sois las delicias de mi alma y el centro de mis amores. ¡Oh Corazón de María, semejante sobre todo otro al Corazón divino de Jesús, como él compasivo en gran

manera, dignaos ablandar la dureza de nuestros corazones, y haced que del todo se conviertan al Corazón divino del Salvador. Infundidnos el amor de nuestras virtudes, inflamadnos en el sagrado fuego en que de continuo ardáis, y despertad en nosotros una confianza ilimitada en la maternal solicitud con que veláis por los hombres. Encerrad *en Vos* la santa Iglesia, y custodiadla. Sedle siempre dulce asilo y torre inexpugnable contra los ataques de sus enemigos. Sednos á nosotros vía por donde caminemos á Jesús, y canal, por donde recibamos todas aquellas gracias, que son á nuestra salud eterna necesarias. Sednos auxilio en las necesidades, solaz en las aflicciones, en las tentaciones defensa, en las persecuciones refugio, y en todo peligro ayuda. Mas sedlo señaladamente en el postrer combate de nuestra vida en la hora de la muerte, cuando el infierno todo se levante para hacer presa en nuestras almas, en aquel tremendo instante del que depende nuestra eterna salvación. Entonces, ¡ah! entonces, oh piadosísima Virgen, hacednos sentir la maternal ternura de vuestro immaculado Corazón, y su grande poderío para con el divino de Jesús, y abridnos un seguro asilo junto á la fuente misma de misericordia, para que allí permanezcamos con Vos, por las eternidades de la gloria. Y en tanto ¡oh Corazón Purísimo de María, á quien desde hoy elijo por el único objeto de todos mis amores en unión del Corazón divino de Jesús, haced que sepa confiar en Vos, enseñadme á amaros, y otorgadme la gracia que fervientemente os pido, si es de la mayor gloria de Dios y bien de mi alma. Amén.

### CONSIDERACIÓN

Antes de pedir la gracia que deseas alcanzar, detente á considerar, siquiera por cortos instantes, una de las nueve siguientes antífonas que le reza la Iglesia, y alentada con esta consideración la confianza, espera alcanzarlo todo de su maternal y compasivo Corazón.

I.—Oh Corazón admirable de María Virgen, de toda alabanza dignísimo, en Vos el Padre ha constituido el reino de su predilección.

II.—Eligióla y predestinóla desde toda la eternidad el Unigénito del Padre, para prepararse en su Corazón digna morada.

III.—Bienaventurado el Corazón de María, Madre de Dios, sagrario del Espíritu Santo, en el que habita la plenitud de la caridad.

IV.—Bienaventurado tu Corazón, oh María, fuente viva de bendición, abismo de gracia, horno de amor, trono de la divina voluntad.

V.—Campo lleno de olor es el Corazón de María, en el cual está escondido, no solo el tesoro de los ángeles, mas aun todo el tesoro de Dios Padre. Feliz el que vende cuanto tiene para comprar aquel campo.

VI.—Oh Madre amable, feliz te llamarán todas las generaciones; porque miró Dios la humildad de tu Corazón, y te encontró según el Corazón suyo.

VII.—Bienaventurado tu Corazón, oh María, espejo clarísimo de la vida de Cristo, é imagen perfecta de su pasión y muerte.

VIII.—Toda la gloria de la hija del rey de dentro nace. Todos los bienes emanan del tesoro de su Corazón.

IX.—Bendito sea tu Corazón santísimo, en el cual están escritos los nombres de todos los elegidos; y en el cual haced, oh María, que también se grave profundamente el mío.

## PETICIÓN

Acordaos, oh piadosísima Virgen María...

Oración al Corazón de María por la conversión de los pecadores:

Oh Madre clementísima, refugio de pecadores, yo os suplico por los dolores de vuestro compasivo Corazón,

y por la muerte de vuestro amado hijo Jesús que alcancéis á todos los pecadores del mundo, muy en particular á los que arrastran á otros al pecado con el escándalo ó con perversas doctrinas, gracia abundante para que sinceramente se conviertan. Acordaos también de las pobrecitas almas de los infieles, á quienes no ha llegado aún la luz del evangelio. Amen.

Corazón compasivo de María socorred á los pecadores é iluminad á los infieles.

Corazón de Jesús, Corazón del sumo sacerdote, dadme un corazón sacerdotal, que todo inflamado en amor vuestro se ofrezca y consuma por la salud de las almas. Amen.

ÿ. *Exulta in omni corde, filia Jerusalem. rñ. Rex Israel in medio tui.*

#### OREMUS

*Clementissime Deus, qui ad peccatorum salutem, et miserorum perfugium Cor Immaculatum Mariae divino Cordi Filii ejus Jesu Christi charitate et misericordia simillimum esse voluisti, concede ut qui hujus dulcissimi et amantissimi Cordis memoriam agimus, ejus intercessione ac meritis secundum Cor Jesu inveniri mereamur. Per eundem Dominum nostrum Jesum Christum filium tuum, qui tecum vivit et regnat in saecula saeculorum. Amen.*

IMPRIMATUR:  
**Antonius Iñesta, S. I.**

Praep. Prov. Arag.

---

VICARIATO GENERAL  
DE LA  
DIÓCESIS DE BARCELONA

---

*Por lo que á Nos toca, concedemos  
Nuestro permiso para publicarse la  
obra titulada «Luis Goycoolea Walton,  
de la Compañía de Jesús», mediante que  
de Nuestra orden ha sido examinada y  
no contiene, según la censura, cosa  
alguna contraria al dogma católico y á  
la sana moral. Imprímase esta licencia  
al principio ó final de la obra y entré-  
guense dos ejemplares de la misma  
rubricados por el Censor, en la Curia  
de Nuestro Vicariato.*

*Barcelona 11 de Febrero de 1907.*

EL VICARIO GENERAL,

✠ RICARDO, Obispo de Eudoxia.

Por mandato de Su Señoría,  
Lic. José M.<sup>a</sup> de Ros, Pbro., Srio. Can.

IMPRIMATUR:  
**Antonius Iñesta, S. I.**

Praep. Prov. Arag.

---

VICARIATO GENERAL  
DE LA  
DIÓCESIS DE BARCELONA

---

*Por lo que á Nos toca, concedemos  
Nuestro permiso para publicarse la  
obra titulada «Luis Goycoolea Walton,  
de la Compañía de Jesús», mediante que  
de Nuestra orden ha sido examinada y  
no contiene, según la censura, cosa  
alguna contraria al dogma católico y á  
la sana moral. Imprímase esta licencia  
al principio ó final de la obra y entré-  
guense dos ejemplares de la misma  
rubricados por el Censor, en la Curia  
de Nuestro Vicariato.*

*Barcelona 11 de Febrero de 1907.*

EL VICARIO GENERAL,

✠ RICARDO, Obispo de Eudoxia.

Por mandato de Su Señoría,  
Lic. José M.<sup>a</sup> de Ros, Pbro., Srio. Can.

## ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
INTRODUCCIÓN . . . . .	9
CAPÍTULO I.—Infancia de Luis.—Bondad natural.—Inocencia de vida.—Estudios en el siglo . . . . .	11
CAPÍTULO II.—Energía.—Relaciones de Luis.—Entrada en el Seminario.—Vocación religiosa . . . . .	23
CAPÍTULO III.—Caridad.—Obras de celo.—Amor al pobre.—Entrada en la Compañía .	33
CAPÍTULO IV.—Llega al Noviciado.—Primera probación.—Es tentado y vence.—Amor á su vocación . . . . .	37
CAPÍTULO V.—Vida de novicio.—Distribución y ocupaciones del Noviciado.—Espíritu que en ellas le anima.—Mes de hospital.—Mes de Ejercicios.—Firmeza y temores.—Votos del bienio . . . . .	49
CAPÍTULO VI.—Viaje á Europa.—Caridad y obras de celo durante la navegación.—Estudios en Veruela y Tortosa. . . . .	75
CAPÍTULO VII.—Transformación de Luis en los estudios.—Tres épocas.—Laboriosidad y éxito en cada época.—Juicio de sus profe-	

sores.—Preocupaciones de Luis.—Método de estudio.—Esperanza de una raza.—Historia de Víctima Inmaculada. . . . .	85
CAPÍTULO VIII.—Fin de Luis en sus estudios.—Aficiones particulares.—Cultivo de las lenguas.—Aptitud para las ciencias.—Formación filosófica de Luis . . . . .	107
CAPÍTULO IX.—Catecismo: Córdoba, Veruela, Tortosa.—Obras de celo como novicio y estudiante de la Compañía . . . . .	117
CAPÍTULO X.—Lucha interna: temores, preocupaciones, escrúpulos.—Claridad de conciencia.—Lucha entre dos virtudes.—Promesa de escoger siempre lo más costoso. .	131
CAPÍTULO XI.—Obras y espíritu de abnegación.—Mortificación continua.—Espíritu de la regla: cuán bien lo entendió el Hermano.	141
CAPÍTULO XII.—Limpieza de corazón.—Esmero y empeño en los ejercicios de piedad.—Conversaciones espirituales.—Odio y desprecio del mundo . . . . .	153
CAPÍTULO XIII.—Devociones predilectas: Virgen Santísima, Corazón de María, San José, Santos de la Compañía.—Unión con Jesucristo . . . . .	163
CAPÍTULO XIV.—Observancia regular.—Los votos.—Indiferencia ignaciana.—Cómo la entendió Luis . . . . .	183
CAPÍTULO XV.—Unión con Jesucristo por la práctica de la humildad.—Aspiraciones de Luis en el ejercicio de la humildad.—Pasos que dió en este ejercicio.—Seguridad de su proceder. . . . .	191
CAPÍTULO XVI.—Piedad: amor á sus padres, deudos y Superiores. . . . .	201
CAPÍTULO XVII.—Caridad fraterna.—Modelos que se propuso imitar.—Método y me-	

dios para fomentar la caridad.—Voz unánime de sus Hermanos en religión . . . .	211
CAPÍTULO XVIII.—Enfermedad.—Testamento.—Últimos Sacramentos.—Agonía y muerte.—Exequias: duelo general.—¿Ofrecióse á morir por N. P. General? . . . . .	219

## APÉNDICES

I.—Sombra y Luz . . . . .	243
II.—El Despertar de América . . . . .	249
III.—Al Ilmo. Sr. D. Ramón Angel Jara . . . .	255
IV.—A la Elocuencia . . . . .	259
V.—A María. . . . .	263
VI.—A la Virgen de los Dolores . . . . .	265
VII.—A la Virgen del Pilar. . . . .	267
VIII.—Víctima Inmaculada . . . . .	271
IX.—Novena de la confianza . . . . .	281